ENCUADERNACION DE LA MINERVA
189 SAMANOI 191
BORRADOS A FUEGO

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket

COLECCION-DE-POESIA

ARTIAL TI

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7084
.A772

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041433476

1.50

COLECCION DE POESÍAS

POETAS DE LA AMÉRICA DE HABLA ESPAÑOLA

COLECCION

PQ7084
.A772

DE

POESIAS

ESCOJIDAS POR

ENRIQUE DE ARRASCAETA

MONTEVIDEO

EL SIGLO ILUSTRADO
LIBRERIA Y CASA DE PUBLICACIONES
DE
A. RIUS, EDITOR
157 -- CALLE SORIANO -- 157

EL SIGLO ILUSTRADO
IMPRENTA Y ENCUADERNACION
DE
RIUS Y BECCHI
152 -- CALLE SORIANO -- 154

1881

Esta obra es propiedad del compilador, quien se reserva todos sus derechos.

AL DISTINGUIDO ESCRITOR Y QUERIDO AMIGO

Doctor Don Luis Melian Lafinur

Entusiasta Vd., como yo, por la literatura americana, en nuestras pláticas frecuentes sobre ella, más de una vez hemos lamentado la escasez de libros apropiados para su difusion en la masa del pueblo nacional y extranjero.

Hará algunos meses dije á Vd. que había resuelto emplear algunos de mis ocios en preparar una coleccion de la parte poética destinada á llenar aquel objeto.

Conocedor Vd. de mi trabajo, no sólo me ha animado á proseguirlo con su aprobacion ilustrada, sino que, con una generosidad que me deja obligado, puso Vd. á mi disposicion aquellos de sus libros de que yo carecía.

Ha sido Vd., pues, hasta cierto punto, colaborador conmigo en este libro, y por ello su nombre y el mio deben ir en él unidos: yo ofreciéndolo á Vd. como un débil testimonio de gratitud y aprecio, y aceptando Vd. la humilde ofrenda con su reconocida benevolencia.

Montevideo, 9 de Julio de 1881.

Enrique de Arrascaeta.

AL LECTOR

Uno de los hombres que más han contribuído, con sus trabajos literarios, á hacer conocer, tanto en América como en Europa, las producciones y los nombres de notables poetas Americanos, es, sin duda alguna, el nunca bastante sentido literato Argentino, doctor don Juan María Gutiérrez, muy principalmente con la publicacion de la *Coleccion de Composiciones en verso, escritas por Americanos, en el presente siglo*, que con el título «América Poética» dió á luz en Valparaíso en 1846, en un grueso volúmen de 822 páginas.

Quince años despues, el literato venezolano doctor don José María Torres Caicedo, publicó en París, en series sucesivas, hasta 1868, tres tomos con el título «Ensayos Biográficos y de Crítica Literaria sobre los principales poetas y literatos Hispano-Americanos», en cuya obra insertó algunas de las más notables inspiraciones contenidas en la «América Poética» del señor Gutiérrez, y un considerable número de composiciones de bardos Americanos, que se habían hecho conocer y aplaudir despues de aquella publicacion.

Don José Domingo Cortés, boliviano, con el auxilio de aquellas Colecciones, la de Poetas Peruanos, Chilenos y Bolivianos de don Ricardo Palma, Peruano, impresa en París en 1865; de los Parnasos Peruano, Chileno y Boliviano, publicados por el mismo señor Cortés en Chile en 1871; sirviéndose ademas, de los diversos libros de poesías pu-

blicados hasta entónces por vates Americanos, siete años más tarde formó su gran Coleccion en un volúmen in-folio, que con el título de «América Poética» imprimió en París en 1875.

Cualquier inteligente que haya hojeado esta Compilacion ha de haber notado, no sin sorpresa, el escaso número de poetas Uruguayos y Argentinos que en ella figuran, cuando estas dos Repúblicas cuentan con tantos y tan inspirados cantores, como ha de haber observado, asimismo, que algunas bellas producciones se encuentran mutiladas, sin que por esto dejemos de reconocer que es la más copiosa colec cion de cuantas se han publicado hasta el dia.

Aparte de esta consideracion, todos esos libros, voluminosos los más, caros todos, sólo pueden ser adquiridos por personas acomodadas, aficionadas á las letras, circunstancia ésta que obsta poderosamente á que la levantada y rica poesía americana se difunda en las otras clases del pueblo, llevándole la alta enseñanza y moralidad que en general forma el fondo de ella, estando, por consiguiente, limitado hoy su conocimiento á un reducido número de personas.

Un libro, pues, que en pequeño volúmen contuviese las más bellas inspiraciones de poetas de toda la América de habla española, y que por módico precio estuviese al alcance de todos, era una necesidad sentida, desde hace tiempo, entre nosotros, y satisfacerla en lo posible ha sido el objeto que nos hemos propuesto con la presente coleccion.

Algo semejante fué, sin duda, lo que con recomendable celo, se propuso la señorita Anita J. de Wittstein con un volúmen en 8.º de «Poesías de la América Meridional», que publicó en Leipzig en 1867. Pero si se considera que este libro, escaso hoy, ha sido formado con producciones en su mayor parte tomadas de la «América Poética» del señor Gutiérrez, y se atiende á la fecha en que fué impreso, se reconocerá desde luego que faltan en él todos los poetas de las diferentes Repúblicas que se han distinguido despues de la aparicion de aquél.

Para la realizacion de nuestro propósito no quedaba otro

arbitrio que el que hemos adoptado, y es éste: reunir en un pequeño libro una produccion escojida de cada uno de los poetas de mayor fama de la América, entresacándolas con particular esmero, de las colecciones y libros citados y de otros publicados hasta el dia, y algunas que no se encuentran en ellos, de periódicos y revistas literarias, prefiriendo entre ellas, las que tratan asuntos históricos, filosóficos, ó descriptivos de la naturaleza americana, asuntos morales, ó religiosos, desechando, por no permitirlo la forma reducida que debe tener este libro, aquéllas que revisten las proporciones del canto épico ó la leyenda.

Como se ve, hemos seguido un procedimiento análogo al que emplearía un jardinero que se propusiese formar un ramillete con las más preciosas flores de un vasto y variadísimo jardin. Si los lectores encuentran el que ahora les ofrecemos, tan bello como fragante, nuestras aspiraciones quedarán cumplidamente colmadas.

Se notará en nuestra coleccion, mayor número de poetas uruguayos y argentinos que de las otras Repúblicas; pero razones hemos tenido para ello.

Es la una que habiéndonos propuesto popularizar entre nosotros las producciones de los poetas americanos, nos interesáramos en generalizar las de los escritores de ambas márgenes del Plata.

Es la otra la imposibilidad de dar cabida en nuestro libro á mayor número de autores, porque esto nos llevaría á formar un grueso volúmen, que es precisamente lo opuesto al objeto que hemos tenido en vista.

Otra razon más podríamos aducir y es que no dando lugar en esta coleccion á los asuntos eróticos, satíricos, ó que traducen impresiones individuales, por oponerse á ello la índole y destino que damos á este libro, no pueden figurar en él los nombres de los autores que han cultivado estos géneros de poesías.

Por lo demas, es de esperarse que una vez despertado y difundido el gusto entre la generalidad del pueblo por la poesía americana, los aficionados á ella procurarán adquirir un

conocimiento más extenso no sólo de las otras producciones de los poetas que se nombran en este libro, sino tambien de los otros que hemos omitido en él, por las razones ántes indicadas.

Creemos asimismo que este libro, por su poco volúmen, exiguo precio, belleza y sana enseñanza que contiene, puede servir para lectura y recitacion en los colegios y escuelas de la República.

Montevideo, 1881.

ENRIQUE DE ARRASCAETA.

POETAS URUGUAYOS

HIMNO NACIONAL

CORO

¡ Orientales, la patria ó la tumba,
Libertad ó con gloria morir !
Es el voto que el alma pronuncia,
Y que heróicos sabremos cumplir.

¡ Libertad, libertad ! Orientales,
Este grito á la patria salvó,
Que á sus bravos en fieras batallas
De entusiasmo sublime inflamó.
De este dón sacrosanto la gloria
Merecimos... tiranos temblad !
¡ Libertad en la lid clamaremos,
Y muriendo, tambien, libertad !

CORO

¡ Orientales, la patria ó la tumba! etc.

Dominando la Iberia dos mundos,
Ostentaba su altivo poder,
Y á sus plantas cautivo yacía
El Oriente sin nombre, ni ser.
Mas repente sus hierros trozando
Ante el dogma que Mayo inspiró,
Entre libres y déspotas fieros
Un abismo sin puente se vió.

CORO

¡Orientales, la patria ó la tumba! etc.

Su trozada cadena por armas,
Por escudo su pecho en la lid,
De su arrojo soberbio temblaron
Los feudales campeones del Cid.
En los valles, montañas y selvas
Se acometen con ruda altivez,
Retumbando con fiero estampido
Las cavernas, y el cielo á la vez.

CORO

¡Orientales, la patria ó la tumba! etc.

Al estruendo que en torno resuena
De Atahualpa la tumba se abrió,
Y batiendo sañudo las palmas
Su esqueleto, ¡Venganza! gritó:
Los patriotas al eco grandioso
Se electrizan en fuego marcial,
Y en su enseña más vivo relumbra
De los Incas el Dios inmortal.

CORO

¡Orientales, la patria ó la tumba! etc.

Largo tiempo con varia fortuna,
Batallaron liberto y señor,
Disputando la tierra sangrienta
Palmo á palmo con ciego furor.
La justicia, por último, vence,
Domeñando las iras de un rey;
Y ante el mundo la patria indomable
Inaugura su enseña y su ley.

CORO

¡Orientales, la patria ó la tumba! etc.

¡Orientales! mirad la bandera,
De heroísmo fulgente crisol:
Nuestras lanzas defienden su brillo;
¡Nadie insulte la imágen del sol!
De los fueros civiles el goce
Sostengamos, y el Código fiel
Veneremos inmune y glorioso,
Como el Arca sagrada Israel.

CORO

¡Orientales, la patria ó la tumba! etc.

Porque fuese más alta tu gloria,
Y brillasen tu precio y poder,
Tres diademas, ¡oh patria! se vieron
Tu dominio gozar y perder. (1)
¡Libertad, libertad adorada,
Mucho cuestas, tesoro sin par!
Pero valen tus goces divinos
Esa sangre que riega tu altar.

CORO

¡Orientales, la patria ó la tumba! etc.

De laureles ornada brillando
La Amazona soberbia del Sud,
En su escudo de bronce reflejan

(1) España, Inglaterra y el Brasil, que dominaron la primera desde el descubrimiento del Rio de la Plata hasta 1814; la segunda, seis meses del año 1807; y la tercera, desde 1817 hasta 1828, en que el país despues de una larga guerra sacudió la dominacion extranjera, y quedó independiente, constituyéndose en República.

(Nota del autor.)

Fortaleza, justicia y virtud.
Ni enemigos le humillan la frente,
Ni opresores le imponen el pié;
Que en angustias selló su constancia,
Y en bautismo de sangre su fe.

CORO

¡ Orientales, la patria ó la tumba! etc.

Festejando la gloria y el dia
De la nueva República, el sol
Con vislumbres de púrpura y oro
Engalana su hermoso arrebol.
Del Olimpo la bóveda augusta
Resplandece, y un sér divinal
Con estrellas escribe en los cielos,
Dulce patria, tu nombre inmortal!

CORO

¡ Orientales, la patria ó la tumba! etc.

De las leyes al númen juremos
Igualdad, patriotismo y union,
Inmolando en sus aras divinas
Ciegos odios y negra ambicion.
Y hallarán los que fieros insulten
La grandeza del pueblo Oriental,
Si enemigos, la lanza de Marte,
Si tiranos, de Bruto el puñal.

CORO

¡ Orientales, la patria ó la tumba! etc.

Francisco Acuña de Figueroa.

LA GLORIA

A don Félix de Azara

Tanto en el litoral del Plata como en el interior, en todas las estaciones, y más en verano, suele llover con muchos relámpagos, á veces tan continuos, que apénas hay intervalos de unos á otros, *y parece que está el cielo ardiendo.* Allí (en América) las sierras, los valles, llanuras, rios, cataratas y todo son tan grandes, que en su parangon las mismas cosas, en Europa, deben reputarse miniaturas y muñecos. En todo el continente americano son muy frecuentes los incendios de los bosques, sábanas ó pajonales, ora por la mano del hombre, ora por la electricidad que desenvuelve el excesivo calor. Estas quemazones sólo se detienen en los arroyos y caminos, extendiéndose tanto con el viento, como que yo caminé más de doscientas leguas muy al Sur de Buenos-Aires, sobre una campiña que principiaba á retoñar, y había sido abrasada de una vez.

(Azara, *Descripcion é Historia del Paraguay y del Rio de la Plata.*)

¡ Adelante !... ¡ adelante !... nada importa
Que, rasgando la bóveda del cielo,
Cual flamígera nube, ardiente velo
Amague al Universo devorar.

¡ Adelante ! ¡ adelante !... nada importa
Que zumbe el huracan, y en fiero embate
El rayo tremebundo se desate,
Y en sus hondos abismos ruja el mar!

No importa que en furioso torbellino
Se despeñe la inmensa catarata,
Y cubra con su sábana de plata
El bosque y la llanura hasta el confin.
No importa que la tierra tiemble ó ceda
Bajo la planta del audaz viajero,
Y no encuentre ni huella ni sendero
Que lo conduzca de su marcha al fin.

Él adelante seguirá, ¡ adelante !
Cruzando siempre con mayores bríos,
Selvas, desiertos, páramos y rios
Que absortos dejan alma y corazon.
El sol á plomo lanzará sus rayos...
Pero es en vano que al viajero asalten,
Que el aire incendien, y en la yerba salten
Sus mil lenguas de fuego en rebelion.

Él impasible cruzará los brazos,
Y aunque un instante le acongoje el fuego,
Firme y altiva su mirada luego
En el vasto horizonte clavará;
Y entre ardorosa nube de ceniza
El terreno pisando que áun humea,
Será el incendio su gloriosa tea,
Y él tras las llamas adelante irá.

¡ Siempre adelante !... Fétidas lagunas,
Negros vapores que la muerte exhalan,
Vampiros que con sangre se regalan,
Insectos que se aferran á la piel,

Sierpes que anuncian su presencia hiriendo,
Tigres hambrientos que la selva aduna,
Y que al trémulo rayo de la luna
Rebramando se acercan en tropel.

Bárbara tribu que se oculta aleve,
Y allí al cristiano vengativa acecha
Con la veloz envenenada flecha,
Que silba, hiere, pasa y no se ve;
Nada amedrenta ni detiene al fuerte
Varon heróico en su fatal camino:
Puede en él darle tumba su destino...
¡Mas no obligarle á desviar el pié!

Un impulso secreto, un misterioso
Instinto que invencible le domina,
Le arrebata, le impele y encamina
Do cumpla su mision triste, ó feliz.
Y cae, y se levanta, y cae de nuevo,
Y otra vez más altivo se levanta,
Y sigue sin temor, firme la planta,
Sereno el pecho, erguida la cerviz.

Acaso en premio de su afan arribe
De su ansiada esperanza al grato puerto,
Y á la posteridad legue cubierto
Su nombre de aureola divinal.
Y acaso ese demonio que persigue
Al genio y la virtud con furia insana,
Dé á su noble ambicion tumba temprana
Y á su memoria olvido perennal.

¡Esa es la gloria!... los que van tras ella
Su juventud arrojan en sus aras,
Dichas, placeres, ilusiones caras,
Cuanto atesora el alma y corazon.

Así tan sólo se fecunda y brota
Y se entreabre su espinoso lirio;
Porque la gloria es... nada... ó el martirio;
¡Es del ángel proscripto la expiacion!

Miéntras palpita el hombre, ella le pide
Toda la savia de la vida suya,
Y hace que ardiente sin cesar refluya
En la fragua del tiempo, el porvenir;
Porvenir que no llega sino cuando
El alma rompe su mortal cadena,
Y se remonta á la region serena
Entre nubes de rosa y de zafir.

Viene entónces la gloria, casta vírgen,
Que huye del hombre cuanto más la implora,
Y en su sepulcro se le entrega y llora,
Porque viviendo le negó su amor.
La tierra besa que sus restos cubre,
Y el puro llanto que á raudales vierte,
En luz y aromas y laurel convierte
La vil escoria que inspiraba horror.

Tú fuiste, ¡oh Azara! tambien escogido,
Tambien en tu losa gimiendo áun está
La gloria que un dia te vió decidido
Arrostrar las iras del gran *Paraná*.
Tu nombre aún repiten, al salvar las rocas,
Con salto gigante, *Guazú* y *Aguaray*,
Y al oirlo, es fama que en sus anchas bocas
Tiembla y se detiene su inmenso raudal.

La brisa que viene de la ignota *Pampa*
Trae una armonía dulce para tí,
Y hasta el indio bravo que en sus valles campa,
La oye alborozado con gozo infantil.

Gime el *Aconquija*, y en su blanca espalda
No borran las nieves tus huellas, feliz;
Paraguay no tiene para tu guirnalda
Suficientes flores en su gran jardin.

Uruguay, la tierra do vertió á millares
Sus más ricos dones pródigo el Señor,
Ostenta en su bella corona de azares
Tu nombre, diamante que á España robó.
Y cuando vil chusma traspasa la sierra
Por donde impetuoso corre el *Yaguaron*,
Cuentan que se rasga y asoma en la tierra
Brillante la línea que Azara trazó.

Las vírgenes selvas del *Chaco* salvaje,
Y los densos bosques del *Yí* y *Tucuman*,
Dicen que al nombrarte doblan su ramaje,
Y aromada lluvia de sus hojas cae.
Tiene el *Plata* un vago, colosal murmullo
Con que á veces cuenta su dolor al mar,
Y yo, que, poeta, comprendo su arrullo,
Sé que tu memoria nunca olvidará.

Llora por tí, Azara, porque tú no fuiste
Ni venal, ni torpe, ni déspota cruel;
Llora por tí, Azara, porque mereciste
La rica diadema que puso en tu sien.
¡ Digna y envidiable, fúlgida aureola,
Que alcanzó tu esfuerzo, virtud y saber!
¡ Déjame admirarla! . . . Tu gloria española,
Tambien de mi patria, de América es!

Alejandro Magariños Cervántes.

EL CHARRÚA [1]

Yo canto el ínclito esfuerzo
De la gigantesca raza
Que hiciera trescientos años
Pié firme frente á la España,
Llevando diversa suerte
A diferentes batallas;
Esa, no bien conocida
Ni áun aquí en su misma patria,
Pero que en hechos gloriosos
Se muestra, en ella, abultada,
Burilando en nuestra historia
Su nombre á punta de lanza,
Y la que tambien pudiera
Competir con la araucana,
Si Don Alonso de Ercilla
Fuese aquél que la cantara.
Esa, que siendo señora
De nuestra vasta campaña,
Con planta fácil, ligera,
Indómita, la paseaba,
O en sus boyantes canoas,
Sutiles, leves y largas,

(1) Introduccion puesta por vía de prólogo al frente del drama histórico del mismo nombre en cinco actos y en verso, original del autor de este romance, que es una verdadera joya literaria, entre otros méritos, por la exactitud de los rasgos antropológicos é históricos que en él campean.

(Nota del Dr. D. A. Magariños Cervantes.)

Nuestros arroyos y rios
A todas aguas sulcaba;
Esa, de pecho salido,
Ancha de hombros, de alta talla,
De cabeza firme, erguida,
De fisonomía animada,
Y cuya corva nariz
Copia era de la romana,
De cuerpo recto y flexible,
En ademanes, gallarda,
De breve andar altanero,
Y de nervuda pujanza;
Esa, que por todo traje,
A la cintura llevaba
Un tonelete de pieles,
Sueltas á fuer de sobadas,
Y un *quillapí*, que á los hombros
Por sobre el pecho anudaba,
Miéntras que su cabellera,
Negra, extendida, poblada,
Dejaba caer al descuido
Sobre el pecho, hombros y espaldas,
Y allá á nivel de la frente
En redondo la apretaba
Con un jiron de colores
Ancho y á guisa de faja;
Esa, de mirar severo,
De tez brillante y tostada,
Que el cuello, brazos, muñecas
Y tobillos se adornaba,
Lo mismo en fiestas que en lides,
Con ajorcas emplumadas;
Esa, que briosa en el llano,
En el aduar ó en la caza,
Airada, quieta, ó corriendo,
Traia consigo, por armas

Arco, carcaj, y en él flechas,
Y en la mano larga lanza,
Y *boleadoras* de á dos
Que á la cintura reataba;
Con éstas, al escondido
Tras de alguna espesa mata,
Atisbaba al avestruz,
Al guazubirá ó la gama,
Y alzándose de improviso
Al aire las revoleaba,
Y despedidas en jiros
Al animal alcanzaban,
Concluyendo su carrera
Cuanto le envolvian las *patas*;
Esa que del lazo hiciera
Serpiente negra, enroscada,
Que al desrizar sus anillos
Hasta la presa llegaba,
Para rodeársele al cuello
Y detenerla ó ahogarla;
Y la que tambien sabía
Desafiar, y que retaba,
E iba al campo, y cuerpo á cuerpo,
Esgrimiendo en él sus armas,
Lidiaba tenaz y fiera,
Llena de fe y esperanza,
Mas si el destino alevoso
Al trance la abandonaba,
Maldiciendo su destino,
Moría sin pedir gracia;
Esa, que al potro bravío
De aquella cria de España,
Dominándolo á su antojo,
Le quitara ó diera alas,
Tal ó como le placía,
Dueña era de su arrogancia;

Y, ó ya lo paraba inmóvil,
O agitándolo, volaba,
Pues con un leve bocado,
No de hierro, sí de *huasca*,
Como lo nombraba ella,
Trepándose á sus espaldas,
Iba en el crinado potro
Recorriendo la campaña,
Cruzando rios y arroyos,
Y bosques y hondas quebradas,
Y pantanos y *chircales*,
Y lagunas y montañas,
Siempre respirando brios,
Siempre vomitando saña,
Siempre blandiendo su pica,
Siempre soñando venganza,
Y sobre el fogoso potro
Al combate se arrajaba,
Y en él, allí, á los cristianos
De la América ó de España,
Con indomable entereza,
Aunque desigual en armas,
Arremetiéndolos, lista,
Bizarra los afrontaba,
Y les disputaba el campo,
Palmo á palmo, cara á cara,
Y golpeándose la boca,
Que espuma en copas manaba,
Con ella, al viento, entre gritos
Parte de su rabia enviara,
Miéntras el campo en su potro
Caracoleando rodeaba,
Mostrándoseles á todos;
Con él, y en él, con su lanza,
Donde una espada filosa
Embutida traia al asta,

Y cuyo aguzado extremo,
Húmedo en sangre cristiana,
Cada vez que se blandía
Rojas gotas salpicaba;
Que así iba, rebosando
Crudas y cerriles ansias,
Por todas partes, y en todas
Lidiando jadeante, airada,
Siempre ansiando el esterminio,
Nunca hastiada de matanza.
En fin, yo canto la tribu
Que hoy es polvo; ménos, nada;
Esa que fuera preciso
Para vencerla, acabarla.

Pedro B. Bermúdez.

POBLACION DE MONTEVIDEO

(Febrero de 1724)

I

Brillaba el sol en oriente,
Hiriendo el manto de nácar
Con que al nacer de sus rayos
Guarda el aurora la espalda,
Y de las olas y el suelo
La densa niebla ahuyentada,
Al descubierto su mole
Mostraba la alta montaña;
Allí en su base bramando
Se derrumbaban las aguas
Por sobre rocas inmobles,
En que soberbia descansa.
Desierta estaba la tierra
Sin una pobre morada,
Donde hoy, ¡oh! patria te elevas
Como paloma lozana
Que llega al pié de la fuente
Para bañarse en el agua,
Y satisfecha en la orilla
Posa y extiende las alas.
Todo en el húmedo suelo,
Todo en silencio callaba;
Túrbale sólo el estruendo

Que hace la mar en la playa,
Y de gaviotas voraces
La estrepitosa algazara
Cuando descubren la presa
Que en seco dejan las aguas.
Tal vez repente se muestra,
Como flotante fantasma,
Sobre peñon denegrido,
De algun charrúa la talla,
Y luego al punto desciende
De su insegura atalaya,
Miedo llevando en el rostro
Y más que miedo en el alma,
Pues ve á lo léjos, sin duda,
Venir del puerto en demanda,
Alzando montes de espuma,
Dos anchas naves cristianas.

II

Ya la mitad de su curso
El dios del Inca tocaba,
Aun las arenas quemando
Que humedeció la resaca,
Cuando un gran ruido las aves
Hizo volar en bandadas,
Que entre las peñas ocultas
O entre la yerba posaban,
Y luego al punto se vieron
Cruzar lijeros la playa,
En poderosos corceles,
Que ansiosos el freno tascan;
Bien ordenados guerreros,
De cuyas fúlgidas lanzas
Penden airosos listones
Con los colores de España.

Sobre un tostado revuelto
Que en propia espuma se baña,
De toda aquella cuadrilla
El noble gefe cabalga,
Y en su mirar atrevido
Y en su apostura gallarda,
Decir á todos parece:
« Don Bruno soy de Zabala »:
Recto y leal caballero
Del órden de Calatrava,
A quien el rey diera el mando
De las provincias del Plata.
Luego que en presta carrera
La leve arena cruzaran,
Clavó el caudillo en la cuesta
El pendon regio de España;
Y con mil flámulas bellas
Y con mil bélicas salvas
Le saludaron las naves,
Que ya en el puerto le aguardan.
Al viento dieron entónces,
Que mansamente soplaba,
Las no bien rejidas velas
De sus perezosas barcas.
En ellas nuevos guerreros
A tierra rápidos bajan,
Y á los ginetes sudosos
Contra sus pechos abrazan.
Solaz, por breves momentos,
Dióles Don Bruno Zabala;
Y al punto ordena que todos
Dejen las lanzas y espadas,
Y den comienzo á la empresa
Que tiene el rey ordenada,
Poblando aquellos contornos
En buen servicio de España.

III

Del sol los rayos postreros
Tiñen en rojo las aguas,
Que mil cambiantes despiden
Cuando la brisa las alza;
De las praderas vecinas
Suaves olores se exhalan,
Que margaritas rastreras
Del blando cáliz derraman;
Negras columnas de humo
De entre las peñas se alzan,
Que por el cielo adormido
El viento al fin desparrama;
Sobre la extensa ribera
Aquí y allí se levantan
Humildes chozas cubiertas
Con blandos mimbres y paja.
De tan endebles cimientos
Naciste, patria adorada,
Que ya los vates celebran
Como á colmena del Plata.
En el albor de la vida
Fué tu ventura harto escasa,
Pues te ligaron cadenas,
Y áun no sabias trozarlas.
Luego al mirarte más bella,
Te echó un imperio la zarpa;
Pero tus hijos, ya fuertes,
Te redimieron de esclava;
Y en mil combates terribles
Sangre fecunda brotara
Que de tu cuello por siempre
Borró esa pálida mancha.
Creciste entonce en riquezas,

Y en los saberes, sin trabas;
Que del progreso, do quiera
La libertad es el alma.
De la virtud por la senda
Mueve constante la planta,
Que si un momento tan sólo
De ese camino te apartas,
Serás al carro sangriento
De los tiranos atada,
O de potentes naciones
Por largos siglos esclava.

Adolfo Berro.

EL TIEMPO

Témate, ¡oh tiempo! viajador amigo,
Quien no tiene memorias, quien no espera.
Apresura tu rápida carrera:
Aunque tú haces morir, yo te bendigo.

Te llevas en cada hora una tristeza,
Traes en cada minuto una esperanza,
A cada nuevo sol, en lontananza,
Una ilusion del porvenir empieza.

Si destroza tu mano bienhechora,
Su destruccion consagra, y en la puerta
De una mansion por el amor desierta,
El serafin de los recuerdos llora.

Tuya es la religion del sentimiento,
Que para siempre al corazon conserva
Una huella de un pié sobre la yerba,
El timbre de una voz hiriendo el viento.

Tuyo es el musgo que á la ruina viste,
La flor nacida en la muralla rota,
La yedra fiel que junto al tronco brota,
El llanto dulce y la sonrisa triste.

La poesía, de tu mano asida,
Va por la tierra consolando el duelo,

Hada gentil, que en su mision del cielo,
Rasga el cendal para vendar la herida.

¡Tiempo, amigo del bien! al alma llena
De un paraíso, en sus melancolías
Tú le presentas los soñados dias
Del horizonte en la region serena.

¡Padre de la esperanza! con sus galas
Deja un momento que al dolor encante;
El Eden de la vida está delante:
Llévame al porvenir sobre tus alas.

Juan Cárlos Gómez.

EL CEMENTERIO DE ALEGRETE

(En la noche)

Los que en las dichas de la vida ufanos
Corréis jugando su azarosa senda,
Ceñidos de fortuna con la venda,
Que os muestra eternos sus favores vanos;

Los que de risas y venturas llenos,
Orlada en flores la altanera frente,
Cruzáis por esta rápida corriente,
Que en barca de dolor surcan los buenos;

Los que libáis en la nectárea copa
De los placeres sus delicias, suaves
Como los trinos de doradas aves,
Como los besos de una linda boca,

Volved la espalda á la suntuosa sala,
De orgullo y oro y corrupcion vestida;
Venid á este salon, á que os convida
La muerte, ornada de su eterna gala.

Venid á este salon, á cuya puerta
Mal grado tocaréis en algun dia;
Aquí de los vapores de la orgía
Vuestra alma libre se verá despierta.

Y es bueno conocer una posada
A que hemos de llegar precisamente,
Ya se marche en carroza refulgente,
Ya arrastrando entre zarzas la pisada.

Y es útil levantar esas cortinas,
Que la heredad envuelven más preciosa,
Y del que planta solamente rosa,
Y del que coge solamente espinas!

Y es justo contemplar lo que nos queda
De todos los regalos que da el mundo,
A los que estamos en dolor profundo,
Y á los que ensalza la voluble rueda!

¡Oh! no tardéis los favoritos de ella!
Lujo hay tambien en el palacio helado:
Cada astro le es un arteson plateado,
Cada horizonte una columna bella.

Allí está el leño redentor del hombre,
Trono de un Dios y de su sangre lleno;
Y de esas tumbas en el yerto seno,
Hay riqueza y poder, beldad y nombre.

Todo es sublime, como el Dios de todo,
Y de su lampo la verdad os alumbra;
La eternidad en pompa se columbra
Sobre humana soberbia que ya es lodo.

Lodo, y no más, dichosos de la tierra,
Seremos y seréis! ¿Es un consuelo
Que nos permite compasivo el cielo
A los que el templo de fortuna cierra?

Sí, que en dolor el alma desgarrada,

Al reino de la muerte nos llegamos,
Y en su espejo infalible divisamos
Que gloria, pena, dicha, todo es nada!

Sí, que en este lugar se os ve temblando
Palidecer entre congoja y miedo,
Y del manto del tiempo el viejo ruedo
Con mano desperada asegurando!

Quisierais detenerle en su carrera,
Que os arrastra tranquila y majestuosa,
Y al batir de su pié, se abre la fosa
Que inevitable al término os espera!

Y si de regia pompa precedido
Llega á esa puerta el ataud fastuoso,
Es que el mundo, que os fué tan engañoso,
Os arroja de sí con gran ruido.

Y si se alza altanero un monumento,
Para albergar vuestro despojo helado,
De la humanal prudencia es un legado
Que á la soberbia manda el escarmiento.

Y si preces sin fin se oyen en coro
A la fúlgida luz de mil hachones;
Es remedar sin fe las oraciones,
Para pedir á vuestras arcas oro.

¿Lo dudáis? Preguntad al prócer fiero
Que entre mármol y bronce allí reposa,
Al Creso que encubre aquella losa,
Al bravo que aquí duerme con su acero.

¿A dónde está el poder, dónde la gloria
Que en tanto de la tierra era preciada?

Dó la opulencia que brilló envidiada?
A dónde el himno audaz de la victoria?

¡Todo pasó cual humo disipado,
Todo pasó! pero quedó el olvido...
¿Y en la tumba infeliz del que ha sufrido
Un instante ese bien habrá faltado?

Ahora... volved á vuestro mundo hermoso,
Y en medio del festin y sus cantares,
Incensad de fortuna los altares,
Envueltos en su brillo esplendoroso.

Adormeceos en sitial dorado,
De la lisonja al embriagante acento:
Caigan virtud y honor para el contento
De quien en noble cetro está apoyado.

Hollad al débil si piedad os pide,
Y al mísero que gime en vuestra sala,
No le deis ni áun las sobras de la gala
Que donde quiera vuestra planta mide!

Alzad la espada sanguinosa y fuerte,
Que doma al pueblo, esclavitud sembrando,
Y de las leyes el altar pisando,
Poblad la tierra de orfandad y muerte!

Que yo, sobre las tumbas recostado,
De vuestras dichas y poder me rio;
En la justicia del Señor confío,
Que sólo el que la ofende es desgraciado!

Melchor Pacheco y Obes.

LA AZUCENA

Para el álbum de la señorita E. M.

Sobre la siniestra orilla
Del caudaloso Uruguay,
Donde á la mirada brilla
Tanta y tanta maravilla
Como en sus sábanas hay;

De una gota del rocío
Que riega la selva amena,
En una aurora de estío,
Al dulce arrullo del rio,
Nació una blanca azucena.

Enamoradas las brisas
De tan primorosa flor,
Entre ella y las ondas lisas
Divagaron indecisas
Én la ovacion de su amor.

Y ora las etéreas alas
Cruzan recogiendo galas
Para brindar á su ninfa,
Ora estremecen la linfa
Con los besos de sus alas.

Pero triunfó la azucena

Con su hechicero candor,
Que hasta el céfiro encadena;
Y de perfumes colmena
Fué el cáliz de aquella flor.

Siempre que el alba lucía,
Sus pétalos entreabría
Tímida, al puro solaz
Que en los acentos bebía
De la amorosa torcaz.

Y el techo de espesa rama
Dábale grato sopor,
Quebrando la intensa llama
Que en tibia lumbre derrama
Sobre el cáliz de la flor.

Así, del bosque á la sombra,
Sobre la lozana alfombra
De trébol y césped blando,
La flor que mi verso nombra
Va su existencia gozando.

Gala de la verde loma
Que fecunda el Uruguay,
Las brisas le dan su aroma,
Sus arrullos la paloma
Y su sombra el *ñandubay*.

Mas, ay!... ¿qué mano indiscreta
La expone al rayo del sol,
Que nada en su ardor respeta?...
¡A ella, que en la selva quieta
La ofendiera el arrebol!...

Oh!... si del roble la sombra

No la proteje hoy allí,
La flor que mi verso nombra,
Verá rodar por la alfombra
Su pureza de alelí!...

Porque el vértigo social,
Como rudo vendabal,
Amaga ya su existencia,
Y hasta la más pura esencia
Trueca en hálito letal!...

Porque el seductor arrullo
De la hipócrita lisonja,
Tiene un sonoro murmullo,
Que con hidrópico orgullo
La incauta beldad esponja.

¡ Guay de la azucena hermosa
Si los perfumes prodiga
De que su cáliz rebosa!...
¡ Guay de tanta mariposa
Que sus encantos hostiga!...

¡ Guay de la turba falaz
Que aspira á su rico aroma,
Y la circuye voraz,
Como el águila rapaz
A la inocente paloma!...

Que si del ábrego adverso,
¡ Ay! no la proteje Dios,
La flor que nombra mi verso,
Verá su pétalo terso
Marchito y árido en pos!...

Pero ya torna á su nativa selva
La blanca flor del plácido Uruguay;
Oh! vuelva al seno de sus lares, vuelva
Al lado de la tierna madreselva
Y á la sombra del regio *ñandubay*.

De oliente trébol y de césped blando
La verde alfombra la reclama allí;
Y las brisas, de amores suspirando,
Van guirnaldas de aromas preparando
Para brindar á su querida hurí.

Allá la aguardan cándidos amores;
Funesto halago y esplendor acá;
Allí trinan canoros ruiseñores,
Y aquí zumban los cierzos bramadores,
Que huye su planta por ventura ya.

Oh! torne, torne á su nativa selva
La blanca flor del plácido Uruguay;
Vuelva á sus lares, que la lloran; vuelva
Al lado de la tierna madreselva
Y á la sombra del regio *ñandubay*.

Heraclio C. Fajardo.

Buenos Aires, Diciembre 27 de 1859.

AL MONUMENTO

ELEVADO EN LA FLORIDA EN CONMEMORACION DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL

(Poesía premiada con medalla de oro)

¡Pára, cálido sol, tu raudo vuelo!
Que la onda brillante
De benéfica luz que adorna el suelo
Con la espiga y la flor, ciña radiante
Ese grupo de mármoles y bronces,
Barrera levantada al hondo olvido,
Y alto padron de gloria
Donde graba el esclavo redimido
La primer frase de su libre historia!
Truene el ronco cañon, no ya de muerte
Mensajero fatal; su acento augusto
Al amor de lo grande y de lo justo
Eleve el corazon del hombre fuerte.
Vibre en el viento el cimbalo sonoro:
En armonioso coro
La voz de los levitas, retumbando
Bajo las anchas bóvedas, difunda
Allá en el templo el cántico ferviente;
Y miéntras, vuelto en vaporoso velo,
Del turíbulo ardiente
En lentas nubes el incienso humea,
Aquí, bajo la bóveda del cielo,
La plegaria del pueblo alzada sea!

¡Dios y la libertad! Tal era el grito
Que el corazon de Lavalleja henchía,
Cuando el bravo proscrito
A la victoria rápida y segura
Su indómita falange conducía.
¿Lavalleja clamé? Grande figura,
¿Por qué no estás aquí? ¿Por qué el Eterno
Los dias de los héroes no prolonga
Áun más allá del término marcado
Á la vida vulgar? ¡Ah! yo te viera
Sobre ese frio pedestal alzado,
Con el roto giron de tu bandera,
Trémulo el brazo, trémula la planta,
Ornar esa columna
Que la justicia á la virtud levanta.
Yo te saludo, veneranda sombra
(Y las lágrimas saltan á mis ojos
Cuando mi voz te nombra).
Si allá, en el éter que circunda el suelo
Donde yacen sepultos tus despojos,
Tu espíritu flotante se pasea,
Al contemplar el pueblo que apiñado
Ese mármol rodea,
Al fruto de tus obras consagrado,
Séate dulce la gloriosa ofrenda,
No ménos justa porque fué tardía;
Y desde el éter, de tu amor en prenda,
Á tu patria tu espíritu sonría!
¡Salve otra vez, el bueno entre los buenos,
Y para mí el mejor!.... Si entusiasmado
En la homérica historia me absorbía
De tus ínclitos hechos,
No era sólo el valor lo que veía!
Bravo te hallé cuando en la ansiada arena,
Del primer paso al estampar la huella,
Con los tuyos juraste

« Salvar la patria ó perecer por ella».
Héroe te vi de Sarandí en la pugna,
Lanzando á la carrera tus bridones,
Animado de aliento soberano,
Gritar á tus legiones:
«Carabina á la espalda y sable en mano».
Pero áun más grande y noble
Te pude contemplar! .... Cuando tu frente,
Con el laurel de la victoria orlada,
Inclinaste tranquila y reverente
En el recinto de la ley sagrada,
Y el invencible acero
Con digno continente depusiste
Ante esa misma ley.... ¡cuánto creciste!
Tú fuiste, sí, el primero
Que dejó, entre nosotros, en la historia
Esta leccion á la futura gente:
«Para alcanzar los timbres de la gloria,
«No le basta al soldado ser valiente.»
En láminas de bronce burilado,
Mirad ahí del inmortal caudillo
El nombre venerado:
Con él están sus ínclitos campeones,
Y allí, á la par, nuestro primer Senado,
. . . . . .
Salve, ilustres varones,
Y tú tambien, inolvidable dia!
. . . . . .
El valor y el saber, ¡oh, patria mia!
Aquí, bajo este sol, sobre este suelo
Fundaron tus destinos soberanos:
Al recordarlo, aquí, bajo este cielo,
¡Descubramos la frente, ciudadanos!
Por fin, lo ves alzado
Ese padron de honor, bella Florida!
¡Tardo recuerdo del favor gozado,

Porque el dolor hasta el deber descuida!
Mármol, granito y bronces
Relatan un poema en sus labores:
Las memorias de entónces
Aparten del artista y sus primores
La plácida atencion del pensamiento;
Bronce, mármol, granito,
Despierten de virtud el sentimiento
Y eleven nuestra mente al infinito,
Porque *Él* estaba allí: sin *Él*, ¿qué fuera
La obra de los hombres? ¡Polvo inútil
Que, flotando en espacios sin espacio,
En abismos de sombra se perdiera!
Con *Él*, todo se viste y se colora,
Y en las formas eternas de la idea
Sobrevive la fuerza creadora,
Aunque de polvo el instrumento sea.

. . . . . .

Vivos están los hechos de los héroes!
¿Qué importa que, cegado
El odio vil por la pasion, los tuerza?
Pocos, inermes eran,
Y triunfos alcanzaron sobrehumanos.
¿No sabéis el secreto de su fuerza?....
¡Todos eran hermanos!
Pura fraternidad, hija divina
De un Dios de amor y sacrificio santo,
Fruto feliz de la sin par doctrina
Que alienta el corazon y endulza el llanto:
Tú eres la roca inmoble
Donde el torrente mugidor se estrella;
Tú eres el fuerte roble
Que entre el furor del huracan descuella,
Sin que el furor del huracan lo doble!
El amor es la union, ella la fuerza,
Y en ese incontrastable fundamento,

En medio los embates que la acosan,
La humana sociedad halla su asiento,
Y *honor*, *poder* y *libertad* reposan.
¡Necio aquél que pretenda,
Tejiendo el interes y el egoísmo,
Cubrir su prole con instable tienda!
En su infecundo anhelo,
¡Ay! será en vano que prolijo imite
De la fraternidad la trama santa:
Va laborando en hielo
Que el primer sol de la pasion derrite,
Ó el primer golpe del dolor quebranta.
¡Dios y la libertad! Allí aspiremos
El aura de verdad que nos anime
Delante de ese noble monumento,
Que en nuestras almas el respeto imprime,
De un Génesis divino el pensamiento,
De la fraternidad la idea fecunda;
¡Que el gérmen puro derramado al viento,
Fertilizando nuestras almas, cunda!
Fraternidad—el estandarte sea
Que muestre á nuestros hijos el camino
Do en cada paso aproximar se vea
El ideal de su feliz destino;
Y si un dia, tal vez, desfalleciendo
Con el polvo y el sol de la jornada,
Sienten que su valor va decayendo
Y que se dobla su cerviz cansada,
Vengan aquí, pregunten á ese mármol
Cuánta es la fuerza que en la union se esconde,
Y escuchen en la voz de los recuerdos
Lo que el pasado al porvenir responde.

Aurelio Berro.

INMORTALIDAD

Et l'homme, l'homme seul, oh sublime folie,
Aú fond de son tombeau croit retrouver la vie!

LAMARTINE.

Plugo al Señor en su alta omnipotencia
Formar el sol, la tierra, el mar y el cielo,
Y á todo cuanto existe, dió existencia
Con expresar su divinal anhelo.

Dijo entonce á los séres: «Animaos»,
Y al eco de su voz todos vivieron;
A los astros les dijo: «Iluminaos»,
Y con brillante luz resplandecieron.

Desde entónces el campo brotó flores,
Y las flores perfumes exhalaron,
La selva se pobló de ruiseñores,
Que en los bellos arbustos anidaron.

La fiera que en el bosque nace altiva,
El pez que cruza el fondo de los mares,
El reptil que entre céspedes se esquiva,
La tórtola de lúgubres cantares,

La aurora con sus mágicos celajes,
La noche con su manto de tinieblas,
Las nubes que se agrupan en paisajes,
Las lluvias, los torrentes y las nieblas;

El arroyuelo y su fugaz murmullo,
La cascada bullente y saltadora,
La brisa que remeda un blando arrullo,
La tempestad horrible y destructora,

Todo brotó á la voz omnipotente
Del Dios habitador de las alturas,
Cuando, en los altos juicios de su mente,
Vida y sér concedió á las criaturas.

Pero por más que la creacion asombre,
No le bastó al Señor su obra grandiosa:
Quiso á su imágen que naciera el hombre,
Y dióle un alma grande como hermosa.

Le dotó de razon é inteligencia,
De creador y atrevido pensamiento,
Y le dió una mision en su existencia,
De que debe dar cuentas un momento;

Mision sublime, digna, esclarecida,
Que lo eleva en la turba de los séres;
Mision de sacrificio en esta vida,
Para en otra esperar gloria y placeres.

Los que vivís felices en el mundo,
Y la dicha cifráis en vanos goces,
Y os parecen los años un segundo,
Años que en el placer ruedan veloces;

Los que del vicio emponzoñada el alma,
Blasfemáis del honor y la pureza,
Y aunque ostentáis una ficticia calma,
No os atrevéis á erguir vuestra cabeza,

El disoluto en cuyo pecho arde

De torpes vicios la pasion impura;
Los que de ateos por hacer alarde,
Nada esperáis tras de la tumba oscura;

Todos, todos en fin, los que han vivido,
Degradando del alma la grandeza,
Ni su mision sublime han comprendido,
Ni que la vida en el sepulcro empieza.

El hombre nació al mundo inteligente,
Para emplear en el bien su inteligencia;
Para legar á la futura gente
Un recuerdo inmortal de su existencia.

El que su vida terrenal no sella
Con actos que ennoblezcan su memoria,
El que no deja tras de sí una huella
De valor, de virtud, talento ó gloria,

Desaparece de la humana vida,
Cual la hoja que arrastra la cascada;
Y su losa, entre tantas confundida,
Del viajero no alcanza una mirada.

Virtud, valor, talento, que de un nombre
Hacéis un timbre de eternal ejemplo,
Vosotros eleváis triunfante al hombre
De la inmortalidad al sacro templo!

¡Bendito del que al polvo ha descendido
Con alma grande, exenta de vileza!
¡Bendito del que á tiempo ha comprendido
Que la existencia en el sepulcro empieza!

Fermin Ferreira y Artígas.

EL NIÑO

(Traduccion de Víctor Hugo)

¡ Allí el turco ha pasado !....
Allí, como huracan de sangre y duelo,
El rastro de sus pasos ha dejado
En ruinas y en escombros sobre el suelo.
Chio, la isla de los dulces vinos,
De montañas y valles ondulada;
Chio, la de los bosques de carpinos,
Que se ufanó en las aguas retratada,
Ora del turco so el poder impío,
Semeja en medio al mar peñasco umbrío.
Bajo el bárbaro azote del tirano,
Que de duelo y de luto la ha cubierto,
Es su antiguo esplendor recuerdo vano,
Es su suelo feraz yermo desierto.
Sus hijos ¿dónde están ?.... Nobles cayeron
En la lid desigual y funeraria,
Y hoy no turba en su sueño á los que fueron
Planta humana en la playa solitaria.
Pero allí, junto al muro
Del soberbio palacio derruído,
Un tierno niño, candoroso y puro,
Pálido y dolorido,
Apoyado en un árbol de oxiacanto,
Inclina la cabeza, ahogado en llanto.

—Pobre niño, desnudo y pesaroso,
A quien hirió con su furor la suerte,
Huérfano ¡ ay! acaso, sin reposo,
Dí: ¿ qué puede en tu duelo distraerte ?
Dulce niño inocente,
¿ Qué busca tu ilusion en sus afanes ?
Porque asome el placer sobre tu frente,
Y en lujo de alegría te engalanes,
Y mueran tus congojas,
Yo te daré el regalo que tú escojas.
¿ Qué quieres porque vuelvan tus cabellos
A embellecer en bucles arreglados
La blanca espalda que se ornó con ellos ?
Ora desaliñados
Como hojas de sauce caen llorosos,
Yendo á empañar tu frente con sus ondas,
Y tus azules ojos, tan hermosos,
Se velan ¡ ay! bajo sus hebras blondas.
¿ Qué es lo que puede disipar, criatura,
De tus pesares la tormenta oscura ?
¡ Ah! ¿ qué puede alegrarte, pobre niño ?
¿ Quieres la flor que se suspende airosa
Sobre el pozo de Iran hondo y sombrío,
La flor de lis, más bella que la rosa,
Azul como tus ojos,
Cuyo azul al del cielo diera enojos ?
¿ O la fruta del árbol admirable
Que un caballo á galope tardaría
Cien años con empeño perdurable
Para cruzar su sombra y no podría ?....
¡ Ah ! di si sonreirás dándote el ave
Que al bosque anima con la voz más suave !...
¿ Qué quieres, inocente criatura,
Para reir y prorrumpir en canto,
Para arrojar de tu alma la tristura,
Y de tu faz la palidez y el llanto ?

¿Quieres la bella flor maravillosa?
¿Quieres la fruta del tubá sabrosa?
¿O acaso el ave de pintadas alas?....

—Amigo, el niño griego me responde,
Quiero pólvora y balas!

José Sienra Carranza.

LA VERDAD Y LA GLORIA

Al pié de un monumento destinado
Para ostentar la estatua de un guerrero,
La Verdad y la Gloria se encontraron,
Llorosa aquélla, de crespon cubierta;
Ésta radiante de hermosura y fausto.
—¿Por qué te encuentro aquí, dijo la Gloria,
Vistiendo luto y derramando llanto?—
—Vengo á admirar la necedad humana,
Contestó la Verdad.—
—El caso es raro!
La Gloria replicó, pues yo he venido
A coronar la estatua de un soldado,
Que ya en los brazos de la turba llega,
Y elevada será con entusiasmo.
—¿Conoces bien al hombre cuyas sienes
Vas á ceñir con tus divinos lauros?—
—No tan bien como tú, que hasta el arcano
Tu mirada penetra luminosa;
Pero ese pueblo que le ensalza tanto,
Sus victorias recuerda con orgullo,
Y me pide que al ídolo admirado
Abra las puertas de mi templo augusto.
Dicen que el bien amó con fuego sacro,
Que adoraba á su patria cual ninguno,
Que era en la paz virtuoso ciudadano,
Y rayo vengador era en la guerra;
Que presintiendo de su suelo patrio

Un destino glorioso,
La espada se ciñó de un Alejandro,
Cien pueblos subyugó bajo sus leyes,
Y cien reyes le trajo como esclavos.—
—Para tanto alcanzar ¿qué fué preciso?
Preguntó la Verdad.—
—Tú que el engaño
No conoces jamas, dímelo al punto.—
—Escucha, pues, y júzgale entretanto.
Hijo de la ambicion y el esterminio,
Donde plantaba su corcel el casco,
Un torrente de sangre aparecía
Del formidable acero centellando,
La chispa del incendio todo abrasa,
Pueblos, ciudades, templos y palacios.
¿No ves la huella do se marcan hondos
De sus legiones los sangrientos pasos?
¿Qué ves allí? Destrozos y ruinas,
Muerte, orfandad, desolacion y llanto.
La Gloria, que esto oyó, se irguió severa
Tendió sus alas, se perdió en lo alto.
Entónces la Verdad, justa, indignada,
Derriba al suelo el monumento vano,
Y á la turba volviéndose tranquila,
Así le dice con acento airado:
—Si siempre mi opinion se consultara,
¡Cuánto laurel el pueblo pisoteara!

Ramon de Santiago.

UN RECUERDO AL CLUB UNIVERSITARIO

En medio de las luchas aciagas y enervantes
Que un tiempo sostuvieron el pueblo y el poder,
Diez años hace apénas que un grupo de estudiantes
Fundaba los cimientos del templo del saber.

Diez años hace apénas; destacan del cimiento
Columnas de granito de espléndido valor,
Formando de la patria el digno monumento,
Su página de gloria, su galardon mejor.

Cuando hace medio siglo un Código nos dieron
Los próceres aquellos que hoy guarda el ataúd,
Cual dignos ciudadanos, en él instituyeron:
Sólo hay dos gerarquías: talentos y virtud.

La juventud ilustre que cimentó este templo,
Esa doctrina santa bien supo comprender,
Y de los viejos próceres para seguir su ejemplo
Le instituyó por lema: virtudes y saber.

Yo, admirador del genio, saludo en este dia
Los que tan justa fama supieron adquirir,
Pidiéndole á mi lira tan sólo una armonía
Para cantar la gloria que alumbre el porvenir.

Preciosa es la conquista; los ecos de la ciencia
La bóveda del templo hoy hacen resonar,

Mezclándose á sus voces raudales de elocuencia,
Y de inspirados bardos el plácido cantar.

¡ Salud á los que cumplen con férvida constancia
Aquel precepto santo de la Constitucion,
Que encierra un anatema lanzado á la ignorancia,
Que fuera una deshonra de la Oriental Nacion.

¡ Oh juventud que marchas en pos de tu destino,
Buscando los reflejos fulgentes de la luz,
¿ Qué importa que de espinas te siembren el camino,
Si, al fin, de las tinieblas tú rasgas el capuz ?

Difunde la enseñanza, porque ella es la simiente
Que estirpa de los pueblos la torpe esclavitud,
Y un dia los poetas, al coronar tu frente,
Podrán decirle al mundo, pulsando su laúd:

«Mirad cómo se eleva al templo de la ciencia
Con paso magestuoso la gran generacion,
Llevando por diadema su vasta inteligencia,
Por luminosa antorcha la luz de la razon.

«¡ Salud á los obreros que en hora bendecida
Fundaron los cimientos del templo del saber!
Su hermoso monumento ya es obra concluída:
Las ciencias y las letras no pueden perecer.»

Alcídes De-María.

Á LA ESCUELA

(En el dia de la Reparticion de premios)

Al cruzar por el árabe desierto,
Fatigado y sediento el caminante
Crêe distinguir á veces, á lo léjos,
Las lozanas palmeras del oásis.

Y apresura su marcha; pero en vano
Sigue con paso rápido adelante,
Porque es un espejismo el que persigue,
Es un falaz y seductor miraje.

Y tú tambien, ¡oh patria! cuántas veces,
De tu existencia en el continuo oleage,
Soñaste con hallar en lontananza
La realidad de un ideal brillante!

Lo buscaste unas veces por la guerra,
Por la guerra de hermanos implacable,
Que siembra por do quiera muerte y luto
Y que cosecha lágrimas y sangre!

En la union aparente de tus hijos,
Lo buscaste otras veces; pero en balde!
Con fuerzas y elementos antagónicos,
La dicha, el bienestar, todo es instable.

Lo buscaste por fin en la parálisis
De la desesperacion y la impotencia,
En la paz silenciosa de las tumbas,
En la vida sin alma del poeta.

Y por do quiera realidad amarga
Hallaste, en vez de seductor miraje,
Porque dejabas vivo siempre, siempre,
El maléfico gérmen de tus males,

La causa de tus lágrimas sin término,
El monstruo que roía tus entrañas,
El veneno sutil que por tus venas,
Secándolas, corría: ¡la ignorancia!

¡La ignorancia! Fantasmas y tinieblas,
El corazon sin sentimientos nobles,
La mente sin ideas, el espíritu
Envuelto en larga, perdurable noche!

II

¿Lleváis acaso el alma entristecida
Por la anemia mortal del desencanto?
¿Apagóse la luz de la esperanza
Al soplo de tormentas que pasaron?

¿La noble fe del corazon valiente
Muerta cayó, como el herido pájaro,
Arrojando quejidos que los vientos,
Sin oirlos siquiera, se llevaron?

¿En la atonía de un dolor sin nombre,
Yerto en la tumba contempláis á Lázaro,
Sin esperanzas de que vuelva Cristo
Con su mágica vara á levantarlo?

Grabáis con el buril del desengaño
Las palabras fatídicas de Dante,
Y patria, libertad, progreso, gloria,
Todo os induce á murmurar: «Lasciate»?

Venid, venid á contemplar el cuadro
Que se ofrece á la vista entusiasmada,
Y veréis cómo baja de los cielos
El ángel bienhechor de la esperanza.

Viene con esos niños que á millares
Como un emblema de inocencia pasan,
Como promesa de mejor futuro,
Como prueba segura de bonanza;

Viene con los que vienen libertados
De la noche sin fin de la ignorancia;
Viene con los que fueron redimidos
Por el santo Jordan de la enseñanza.

Son las niñas de hoy, las hijas tiernas
Que el ala maternal cubre y calienta;
Las madres de mañana, en cuyo espíritu
Y en cuyo corazon la escuela siembra.

Son los niños de hoy, los hijos tiernos
Que áun bajo el palio paternal caminan;
Y son los ciudadanos de mañana
Que en la escuela se forman á la vida!

Con ellos viene el porvenir: miradlo!
El porvenir con sus brillantes galas:
Para los oprimidos, el consuelo!
Para los abatidos, la esperanza!

Yo te saludo, ejército invencible

De la fecunda é inmortal cruzada!
Yo te saludo, escuela, noble escuela,
Que matas en su gérmen la ignorancia!

¡Foco inmenso de luz, astro divino
Que iluminas el cielo de la patria;
Fuente de paz, de bienestar, de gloria;
Redentora del mundo, marcha, marcha!

José Pedro Varela.

EL TRABAJO

La aurora de la vida
Empieza para el arte.
La union le hará potente
Del mundo en la extension.
Sin el trabajo, hermanos,
Que tanta luz reparte,
No habría á la familia
La santa proteccion.

Agítese el martillo,
Que es cetro prepotente.
Con ese va la idea,
Que encarna la virtud.
¡Obreros, al trabajo!
Vuestro taller es templo
Do la honradez se anida
En plácida quietud.

¡Obreros, al trabajo
Con fe y perseverancia!
Volved á vuestras casas
Cubiertos de sudor.
¿Qué importa la fatiga
Si el alma está contenta,
Si el pan es amasado
Con verdadero amor?

¡Obreros, al trabajo!
¿Qué importa la fatiga
Si vuestros hijos duermen
Al ruido del taller?
No desmayéis, hermanos,
Que la labor obliga.
¡Obreros, al trabajo!
Ya empieza á amanecer.

Eduardo Górdon.

LA GUERRA

—¡ Oh nube que recorres el desierto!
¿Qué ves en la cuchilla, en la llanura?
—¡ Allí del prócer el cadáver yerto,
Allá el vivac con su mesnada impura!

—¡ Oh tierra inculta del fecundo llano!
¿Cuál es tu surco y tu abundante riego?
—¡ La tibia sangre del caído hermano
Y del vivac el dilatado fuego!

—Fulmina, hórrida nube, el rayo ardiente;
Y tú la lava, profanada tierra,
Para abatir la abominable frente
Del sanguinario genio de la guerra!

Cárlos María Ramírez.

LOS TREINTA DINEROS

Si por treinta dineros, que á la cara
Le arrojaron los jueces con desprecio,
Vendió una noche el miserable Júdas
Al sublime maestro,

Hoy séres viles, á la luz del dia,
Titulándose apóstoles del pueblo,
Venden su pluma y su conciencia venden....
Quizá por mucho ménos.

El cobarde judío, avergonzado
De su traicion, y arrepentido luego,
Por propia mano se infligió el castigo
De su crímen horrendo.

Y los venales escritores, nunca
Sienten rubor al recibir el precio
De sus aplausos: las monedas toman,
Impúdicos, riendo!

Protervo fuiste al negociar la sangre
Del venerando mártir galileo;
Ésos que venden su conciencia y pluma,
Son, Júdas, más protervos!

Más probidad y más honor tuviste,
Vil Iscariote, en tan remotos tiempos,

Que honor y probidad en los actuales
Tienen los fariseos!

Tú, despues de la infamia, te colgaste;
Los otros cuelgan una cruz al pecho,
Y se deleitan al sonoro ruido
De los treinta dineros.

Washington P. Bermúdez.

¡PATRIA MIA!

I

¿De dónde vienes, pabellon sagrado,
Bicolor, de mi patria?
¿A dónde vas? ¿Qué buscas? ¿Quién te envía?
¿Acaso el alma de la patria mia,
En tus pliegues radiantes escondida,
Viene á templar mi pecho acongojado,
Viene á inflamar mi inspiracion dormida?
¿No peleabas ayer? ¿Hoy no peleas?
¿No acabo de escuchar el vocerío,
El fatal alboroto
Que entre el polvo y el humo se levanta,
Do tu giron flotaba
En angrentado, desteñido y roto?

Genio inmortal que riges las batallas,
Tú tambien, como bueno,
Tú, radiante de paz, puro y sereno,
Al fin luchando para el bien te hallas!
¡Gran Dios, cuánta alegría!
Casi no te conozco, patria mia.
Ese giron de tu bandera roto
Que se ostenta del bien en el torneo,
Mi corazon ensancha;
Hoy en la fe del patriotismo creo;

Yo cantaré la aurora en que te veo,
Yo lloraré la sangre que te mancha.

Patria, feliz me siento;
Tu nombre en mi alma es abrasado rayo
Que funde un corazon, forjando un mundo
De entusiasmo, de fuego y de cariño.
Para cantarte á tí.... ¡soy uruguayo!
Para llorar por tí... ¡me siento un niño!
Y si el lloro pueril ante el recuerdo
De una patria adorada
Viene á mezclarse á la chilena gloria,
Tambien verá su historia
Con la de un pueblo varonil trazada:
Si legaron á Chile sus mayores,
Con el sér de la edad la fria calma,
Mi patria nació jóven; su ardimiento,
Crímen fué de su edad, no de su alma.

II

Sonó la redencion de un continente:
Un rumor de cadenas que se roen
Se oyó confusamente,
Cual gérmen de tormenta
Que nace, crece y que fatal revienta.
El siniestro presagio
Fermentó, reventó, tembló la esfera,
Al ver que aquel volcan, hecho pedazos,
Mostró en su cráter y en su lava hirviente,
Que alentaba en su seno, en vez de esclavos,
Cada pedazo una nacion de bravos;
Y de aquella vorágine potente,
Sér colosal, que concibió un delirio,
Fundida en los crisoles del martirio,
De América surgió la libre frente.

Mi patria allí nació: tambien tú, Chile,
Peleaste como bueno;
Mas en el campo de la lucha noble
Dejaste todo el odio de tu seno.
Tu herencia recogiste, y sobre el Ándes
Plantaste tu vivac; cesó la lucha,
Tu gloria no fué efímera; no lampos
De dicha te alumbraron:
Tu potro sofrenaste,
Y sin riendas cruzó libre tus campos;
Y tu casco, tu adarga, tu celada,
Tu lanza enmohecida,
Colgados en tus árboles frondosos,
Al arado y al riel dejaron paso;
Y el férreo anulador de la distancia
Unió tu idea del oriente á ocaso.

La estrella de la paz sobre la frente,
Y el vapor revolcándose, mugiendo
Bajo tu pié, domesticado y mudo,
Tranquila la conciencia,
Escribiste en tu escudo:
DIOS Y LA LIBERTAD; PAZ Y CREENCIA.
Con fe en el porvenir, lleno de vida,
Miraste con la frente iluminada
La frenética y loca polvareda
Que en lucha fratricida
Levantaba de pueblos desgraciados,
Entre horror y baldones,
El nefando tropel de los bridones.
Esa, Chile, es tu historia;
Quien tiene corazon, la llama gloria.

Pabellon bicolor! habla á la patria;
Haz que cesen los odios que la oprimen;
Has visto libertad, viste su fruto;

¡Ah! no es valor el que alimenta el crímen!
La paz le exige su filial tributo.
Dile que al fin comprenda
Que hay un pueblo viril sin sangre y luto.
Comprenderlo sabrá la patria mia.
¡Qué! en su frente ¿no arde
Una chispa de fe? Quien no la alienta,
Es un pueblo cegado, es un cobarde.
Y cobarde.... ¡jamas! Guarde el olvido
Un pasado que fué, y en él se pierde;
Pasado criminal que infama y mancha
Al rencor que cegado le recuerde.
Los culpados ¿dó están? Ya no nos toca
A nosotros hablar; ¡miente el que falle!
Un crímen á otro crímen amontona:
La patria los perdona;
Olvide el corazon, el labio calle;
Y un pasado de sangre vergonzoso,
Que cruzó envenenando nuestro suelo,
No empañe un porvenir que luce hermoso!
Y si hubo criminales.... ¡juzgue el cielo!
Y si un pueblo de glorias se alimenta,
Conquiste gloria, no rencor y muerte;
Los triunfos y victorias
Que de época infeliz la patria cuenta,
Fueron glorias de horror... no fueron glorias!
¿Qué buscas descompuesta y jadeante
En ese campo de funesta lucha?
Mira que acecha tu desgracia el crímen,
Tente un momento... la ambicion te escucha!

. . . . . .

¡Esclavitud!.. delira quien te nombra.
¡Cuán dulces ante tí son guerra y muerte!
Ante tí se levanta en tropa inerte
De nuestos padres la tremenda sombra.
¡Ah, nuestros padres! Al legarnos patria,

Nos legaron su indómita altiveza
Y un lecho de laureles
Donde en sueño de paz y noble orgullo,
Reclinemos radiantes la cabeza.

¡Durmamos ese sueño de los pueblos,
Para soñar de Dios y del trabajo
En las santas victorias!
Duerman en nuestros pechos los recuerdos
De las sangrientas glorias,
Como duermen los rayos en las nubes
Cuando flotan serenas,
Cual duerme la tormenta entre las ondas
Cuando murmuran palpitando apénas,
Como duerme en la vida
El gérmen de la muerte.
¡Ay del que turbe el sueño de los pueblos
Y esos recuerdos de valor despierte!

El salmo legendario de la gloria
Nuestra cuna arrulló con rudas notas,
Y con cadenas rotas
Trazó la libertad sobre los campos
La heróica introduccion de nuestra historia.
El mundo, patria mia,
El sello de esa gloria ve en tu frente.
Puedes dormir el sueño de los pueblos....
Puedes soñar un porvenir radiante,
Que el bautismo de sangre de la gloria
Te lo dieron tus padres, y es bastante.

Si arranqué de mi lira tu desgracia,
El mundo comprendió que tu cabeza
Se inclinó ensangrentada
Bajo tu misma varonil audacia,
Bajo el peso fatal de tu grandeza.

¡Libre te ostento ante la faz del mundo!
Tu nombre con orgullo,
Hago que grande entre mis labios vibre.
¡Lloré las faltas de una patria jóven!
¡Canté las glorias de una patria libre!

Juan Zorrilla de San Martín.

INSPIRACION

Leves alas quisiera el pensamiento
Para cruzar esferas,
Para rasgar el tul de los celajes,
Y mecido por ondas lisonjeras
Llegar con almo aliento
Al zenit entre diáfanos paisajes.

Y eres tú, inspiracion, la que te elevas
Hasta el Olimpo, abierto
A arrobos puros, entre etéreas galas,
Y la que nunca niegas
Al peregrino, en su vivir incierto,
Tus mil doradas alas.

Lo que en su afan doliente
El alma pide á la perenne fuente
De amor, que ha percibido
Cerca de sí como fanal radioso,
Es de consuelo un eco repetido,
Y es de esperanza un rayo luminoso.

Y en cada arranque de febril anhelo,
Por sorprender un fallo del destino,
Hay un eco divino
Que responde á las ansias de la duda,
Y el alma en su desvelo
Tiene una voz que á su dolor acuda.

Salmodia más sublime
Que los cantos del hombre desiguales:
Aquí es el aura que en las selvas gime....
Allí es el suave, voluptuoso halago
De los aéreos cendales
Que en su linfa retrata el manso lago....

Ora es del tenue ambiente
El susurro en la tarde del estío....
Ora son las mil notas deleitosas
Del ave, que del rio
Deja la márgen por volar sonriente
A su bosque de mirtos y de rosas....

Fija la mente en nacarada nube
Que cruza errante los tendidos cielos,
La envidia cuando sube,
La sigue cuando corre,
Y los prismas que forma con sus velos,
De la mente no hay niebla que los borre.

Como flotantes hilos, los ensueños,
En busca de armonías,
Se desatan en cánticos risueños,
Y un ritmo se oye que alentarlos quiere,
Cuando el sol nace en los serenos dias....
Cuando en la tarde muere....

De la luna los lánguidos reflejos,
Del sol los ígneos rayos,
Los ecos de la noche en su misterio,
Las brisas que suspiran á lo léjos....
Todo ¡ah! vierte su imperio
Sobre el alma en sus tímidos desmayos;

Lo vierte el pajarillo en sus gorjeos,

Si en la flexible rama dulce entona
Sus tiernos devaneos
De férvida alegría,
Cuando los triunfos de su amor pregona,
Al saludar el dia....

Y el alma enagenada,
De su embeleso en el feliz delirio,
Alcanza una deseada
Chispa del áurea luz que reverbera
En el vergel del arrayan y el lirio
Y en los espacios que el azul vistiera.

Las aves, las auroras,
Las orlas de arrebol y las estrellas,
Las flores y las brisas,
Son de un mundo mejor las precursoras;
Y en sus gentiles huellas,
Van perfumes, destellos y sonrisas.

Con sus acordes de eternal belleza,
Arrulla á las mortales
La fiel naturaleza.
Todo en sus cantos es rumor amigo,
Todos son en su luz puros raudales,
Todo en su seno es de su bien testigo.

Se esfuerza el alma por subir triunfante,
De íntima pena en que el dolor la encierra,
Hacia el eden de su ilusion bendita;
Y en su lucha constante,
Se apasiona y se aferra
Al noble sentimiento que la agita.

Quiere alcanzar la cumbre,
Y al iniciar la suspirada senda,

Bajo un dosel de nítidos colores
Tibios rayos de sol le dan su ofrenda
De delicada lumbre;
Su paso alfombran del pensil las flores....

¡Oh inspiracion!... Corriente
De una luz divinal, hálito blando
Del céfiro naciente:
Si aquel concento en que tu genio exhalas,
En el mundo has de ir siempre infiltrando,
Jamas pliegues tus alas.

Luis Melian Lafinur.

Montevideo, Setiembre 6 de 1879.

SOMBRA Y LUZ

(De Víctor Hugo)

Mirad: los niños en redor; la madre,
Tan juvenil y rozagante, entre ellos
Una hermana mayor más bien parece.
En medio de sus juegos, agitada
Está, cual si sus cifras misteriosas
Viese girar en la urna del destino....

A su lado las lágrimas se enjugan
Y brilla la alegría: su alma noble
Tan inocente resplandor irradia,
Que de sus rayos al traves pasando,
La vida presa de cuidados graves,
En gracioso ideal se transfigura!

Siempre los sigue su mirada ansiosa,
Ya Enero, en el hogar, en sus placeres,
Al calor de la lumbre los reuna;
Ya sobre ellos el céfiro de Mayo
Agite el pabellon de verdes hojas,
Que con su sombra á reposar invita.

Cuando al pasar, á veces, un mendigo,
Mira en sus manos un juguete hermoso,
Que excita su apetito devorante,
Allí la madre está: bástale sólo,

Para hacer del juguete una limosna,
Y un ángel de su niño.... una sonrisa!

Y yo, que tengo ante mis ojos madre
É hijos que, llenos de candor, retozan
Como blancas palomas en la arena,
¡Oh! siento palpitar el pecho mio,
Y, disipadas las espesas nubes,
Entreabrirse los pliegues de mi frente.

Agustin de Vedia.

LA GOLONDRINA Y LA FLOR

Cómo y cuándo, no lo sé;
Pero en un libro encontré
De una bella golondrina
Esta historia peregrina,
Que en la memoria guardé.

Al venir la primavera,
En un ameno pensil
Brotó una rosa hechicera,
Que reina de la pradera
Proclamaron otras mil.

La brisa suave, amorosa,
Hasta su cáliz llegó;
A la flor enamoró
Con expresion temblorosa;
Pero la flor no la oyó.

En vano tambien cantaron
Los pájaros sus amores,
Y, despreciando á otras flores,
En vano en torno volaron
Los pintados picaflores.

Quizas ella no entendía
Aquel lenguaje de amor,
Y más bella, cada día

Su rojo cáliz abría
Y era su encanto mayor.

Buscando dónde posar,
Una alegre golondrina
Vió, por acaso, al pasar,
A la rosa purpurina,
Y.... no pudo ya volar.

Tambien la rosa miró
A la avecilla parlera,
Y sobre el tallo tembló,
Y suave aroma exhaló
Su cáliz por vez primera.

Una, bella y ardorosa,
Y la otra, tierna y amante,
La golondrina y la rosa
Se amaron de aquel instante
Con ternura candorosa.

La golondrina albergó
Junto al rosal de su amada,
Y al lucir una alborada,
La rosa, cuando la oyó,
Se puso más encarnada.

De entónces, con trinos suaves
Y gorgeos seductores,
Le cantaba sus amores
Con envidia de las aves
Y con celos de las flores.

Y la rosa, que sentía
Fuego de amor inocente,
Su cáliz rojo entreabría

Y su perfume esparcía,
Embalsamando el ambiente.

Mas un dia amaneció
La atmósfera tempestuosa,
El cielo azul se nubló,
Y con tristeza así habló
La golondrina á la rosa:

«Adios, flor mía, me voy;
Adios, flor de mis desvelos;
Ya vienen los crudos hielos,
Y á huir de tu patria estoy
Condenada por los cielos.»

Y partió! Con tal encanto
Se amaban, se amaban tanto,
Que, al partir la golondrina,
De la flor bañóse en llanto
La corola purpurina.

Despues de un año volvió
La avecilla más amante;
A la pradera voló,
Y con piar anhelante
A su hermosa flor buscó.

Vió bellas, muy bellas flores
De suavísimos olores
Y de color carmesí,
Encendidas en amores;
Mas su flor no estaba allí.

Tal vez de pena murió,
Creyéndose ya olvidada,
O el huracan la arrastró,

O quizas, de ella prendada,
Una mano la arrancó.

Y partió el ave, y la vieron
Que iba loca de pesar,
Tal, que gimiendo al volar,
A las flores que la oyeron
Hizo de pena llorar.

La historia, cual está aquí,
La encontré, siendo muy niño,
En un libro que leí;
Y con singular cariño
De memoria la aprendí.

Tan sólo porque allí había
Flores y aves, encontré
Bella la historia aquel dia,
Pues de amores no entendía,
Ni sabía lo que sé.

Hoy miro tantos amores
Que son como aquéllos fueron,
Y tantos que bien quisieron,
Cuyos sueños, como flores,
En un invierno murieron.

Y á veces se me imagina
Y pienso que fué verdad
La historia tan peregrina,
Que aprendí en aquella edad,
De la triste golondrina.

Luis Piñeiro del Campo.

LA IGUALDAD

¿Dónde está la igualdad? Yo no la veo
En el bien material de la fortuna,
Ni en el afan insomne del deseo,
Ni siquiera al nacer se ve en la cuna.

¿Dónde está la igualdad? En las remotas
Edades de la historia, sólo admiro
El esclavo y señor, dorios é ilotas;
Despues, patricios y plebeyos miro.

¿Dónde está la igualdad? Acá, uno inerte;
Más allá, quien se crêe predestinado,
Nobles y siervos, la altivez del fuerte
Y la abyeccion del sér desheredado.

¿Dónde está la igualdad? Yo no la veo
En el bien material de la fortuna,
Ni en el afan insomne del deseo,
Ni en la historia siquiera, ni en la cuna.

Y ella debe existir. Este incesante,
Este insaciable, halagador anhelo,
No es el hijo de un sueño delirante:
Debe ser realidad en este suelo.

Si no está del pasado en el camino,
Ni en el bien material ni el nacimiento,

Ni en la muerte siquiera, la adivino
En el mundo inmortal del pensamiento.

. . . . . .

Hacer á la ignorancia cruda guerra,
Descorrer de la vista el velo denso,
Arrancar sus secretos á la tierra
Y al mar y al aire y al espacio inmenso;

Explorar del espíritu el arcano,
Elevarse hasta Dios y comprenderle,
Y al tierno niño, del saber humano
Fecundísimos dones ofrecerle....

¡Ahí está la igualdad, púdica diosa,
Que se envuelve en el manto de una idea,
Y vuela, nivelando presurosa,
Como nivela al bosque la marea!

. . . . . .

El saber al pigmeo lo levanta;
Ante él el poderoso se doblega;
El espíritu sabio se agiganta
Y á la más alta cumbre fácil llega.

¡Ahí está la igualdad! Y va hacia ella
Quien del saber esparce la simiente.
¡Ahí está la igualdad! Sigue su huella
Quien al estudio encaminó su mente.

. . . . . .

Es el mundo moral campo ondulado:
Acá llanura, más allá montaña,
Y en el medio el abismo. Un viento helado
Impele la pasion cual débil caña.

Es nivel la instruccion, que siempre eleva
Al espíritu humano á altas regiones,
Do la ciencia á la mente la luz lleva,
Do la razon domina las pasiones.

El fanatismo religioso espira,
Ya libre alza su vuelo la conciencia,
Ya el esclavo al señor igual se mira....
¿Quién causa ese progreso? Ved: ¡la ciencia!

¡Ahí está la igualdad! Yo no la veo
En el bien material de la fortuna,
Ni en el afan insomne del deseo,
Ni siquiera al nacer se ve en la cuna.

¡Ahí está la igualdad, púdica diosa,
Que se envuelve en el manto de una idea,
Y vuela nivelando presurosa,
Como nivela al bosque la marea!

Anacleto Dufort y Álvarez.

EL TAMBOR DE SAN MARTIN

Con los héroes de todo un continente,
La muerte ha hecho sacrílego botin!
Pero áun lucha con ella frente á frente
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,
El anciano Tambor de San Martin!

Los lacayos se arrancan la librea.
«Termine, gritan, nuestra suerte ruin;
Sea nacion independiente, sea,
La colonia infeliz!»... Y á la pelea
Tambien corre el Tambor de San Martin!

Escala, nuevo Aníbal, las inmobles
Montañas, un brillante paladin;
Y se enardecen los campeones nobles
Al vibrante compas de los redobles
Que lanzaba el Tambor de San Martin!

Allá van los bizarros batallones!....
Y en Maipo, en Chacabuco y en Junin
Deshacen las ibéricas legiones,
Arrollando artilleros y cañones
Al toque del Tambor de San Martin!

Cuentan que, en lo más recio de un combate,
Incendia una granada al polvorin!...
Firme y de pié, su fibra no se abate,

Y entre montañas de humo, el parche bate,
Impasible, el Tambor de San Martin!

Jóven y hermoso, en Lima y sus afueras
Lucía su uniforme y su espadin,
Su airoso porte y bélicas maneras,
Crujiéndole las botas granaderas
Al rumboso Tambor de San Martin!

¡Qué tiempos! ¡Qué aventuras! ¡Cuantas *cholas*
De alma angélica y tez de serafin,
Suspiraban llorosas, mustias, solas,
Porque oyeron las dulces mentirolas
Del galante Tambor de San Martin!

Enfermo yace el invencible atleta,
Relegado de un pueblo en el confin;
Ya no hay dianas, ni toque de retreta....
¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martin!

¡Veneracion inspira! El tierno niño,
El jóven, el soberbio mandarin,
Y la dulce beldad de tez de armiño,
Todos saludan con filial cariño
Al glorioso Tambor de San Martin!

Por él son hombres libres los ilotas....
¡Y lleva un traje de raído brin!
Vive en un rancho, y en lugar de botas,
Miserables y rústicas ojotas
Sólo lleva el Tambor de San Martin!

¡Pan y ropas y techo al veterano
Escapado al sacrílego botin!
¡Patria de Monteagudo y de Belgrano,

Proteccion, proteccion para el anciano
Y olvidado Tambor de San Martin!

Que se yerguen las sombras inmortales
De los bravos de Maipo y de Junin,
Y estrechan, con abrazos fraternales,
Necochea, Las Heras y Arenales,
Al ilustre Tambor de San Martin!

Victoriano E. Montes.

LA ESCUELA DE LA ALDEA

Cual nunca hermosa, como siempre bella,
La luz del nuevo sol, iluminando
El cuarto de la pálida doncella,
Parece que, jugando,
Rubor tuviera de vivir con ella;
Sus tibios resplandores
La conversan de amor y de ventura;
Mas dócil al deber, aquella hechura,
De perfeccion y de virtudes llena,
Abandonando el lecho, á Dios las manos
Eleva piadosa, y de su boca,
Rogando con fervor por sus hermanos,
Salen frases dulcísimas, sentidas,
Capaces de ablandar la dura roca
Donde mueren las olas escondidas.

Los ojos elevando
Con esa fe sencilla,
Hija de los que sueñan, esperando
Siempre, con ilusiones de ventura,
Pensaba la doncella,
Sola, triste, sentada
En el umbral de la feliz morada.
Murmullo de caricias infantiles
El hilo interrumpió de su querella,
Y siempre hermosa, como nunca bella,
Con muestras de afeccion y de cariños
Un beso dibujó, sin aspavientos,
En las frescas mejillas de los niños.

Las gárrulas endechas
Del ruiseñor cantando en la enramada,
Las hojas que, deshechas,
El vendabal arrastra; la balada
De la tórtola triste, son lecciones
De aquella natural filosofía
Que una vírgen modesta, dia á dia
Enseña sin discursos ni oraciones.
Del padre que muriera combatiendo,
Conserva con cariño la divisa,
Y hablando á aquella raza de pigmeos,
Vagando en su semblante una sonrisa
Cuyo bosquejo en vano diseñara,
Les muestra los trofeos
Que más de uno conquistar soñara.

Así, sin aparato,
La escuela de la aldea,
Jugando mucho y conversando un rato,
La pálida doncella regentea,
Y diz que su lenguaje, asaz discreto,
Risueño y persuasivo,
No hay nadie que le escuche sin respeto,
Ni triste que no encuentre lenitivo.

Cruzando la cuchilla,
Los niños van alegres á la escuela.
Madurará el trabajo esa semilla
Que con el viento de los años vuela,
Y volverán al trasponer la aurora
Hombres hechos tal vez, jamas esclavos;
Consolarán el duelo del que llora,
Defenderán la patria como bravos.

Joaquin de Salterain.

AL SOL DE LA LIBERTAD

En la inauguracion del monumento á la Independencia de la República

Sol inmortal que fúlgido te ciernes,
Cual pabellon radioso,
Sobre el ámbito hermoso
De la uruguaya tierra !
Si en el pecho se encierra
Viva el ansia, y ardiente
É infinito el anhelo de ensalzarte,
La voz, para cantarte,
Débil, ¡ oh sol ! se siente.

Sol de los libres, foco escintilante
Que en rayos mil te espandes por la esfera;
Tú, cuya imágen presta á mi bandera,
De gloria y luz el símbolo arrogante,
Atiende, ¡ oh sol ! amante
Al bardo que alza el humildoso ruego,
Pidiendo inspiracion á tu almo fuego;
Acaricia su frente
Con un destello de tu luz ardiente,
Y á influjo poderoso
De tu beso de amor, la clara estrella
Del estro irradie su fulgor en ella.

Sol de la libertad, fuente divina

De luz hermosa, catarata inmensa
Que, bañando la frente alabastrina
Del Ándes gigantesco, en dos océanos
El raudal difundiste de tu lumbre,
Llenando sus destellos
De mágico fulgor la noche triste
De la oprimida América! elevado
En la celeste cumbre
Donde se ostenta tu esplendente gloria,
Te saludan ufanos
Mil héroes inmortales en la historia
Y sus hijos, hoy libres ciudadanos!

El fuego del valor y el patriotismo,
A tu influjo nació en aquellas almas
Que admiraron al viejo continente
Por la alta abnegacion de su civismo,
El esfuerzo potente
Con que rompieron duros eslabones,
Luchando cual leones
En medio del furor de la batalla,
Entre torrentes de letal metralla
Y el humo embriagador de los cañones.

La gloria de Moreno,
De San Martin, Bolívar y Belgrano,
De los grandes patricios
Que desde el Plata al Orinoco, lleno
El pecho varonil de amor de patria,
Flamearon el pendon republicano
Por alcanzar los dulces beneficios
De la alma libertad; la pura gloria
De aquellos que, gritando: «Independencia»,
De victoria en victoria,
Abatieron la odiosa prepotencia
Del altivo opresor, de tí nacida

Fué, ¡oh sol esplendoroso! cuyo rayo
El genio fué y la inspiracion de Mayo.

Y Artígas el insigne, el indomable
Caudillo, cuyo brazo
Azote justiciero
Fué para el lusitano y el ibero,
De tí la fuerza recibió potente
Para blandir la espada inquebrantable
Con que abatió del déspota la frente.

Tu rayo enardeció la resistencia
De tantos héroes que, de patria al grito,
Lidiaron por la cara independencia;
Y las Piedras, Cerrito,
Mil otros escenarios
De acciones dignas de perpetua fama,
Iluminó tu llama,
Y fué su nombre con tu fuego escrito.

Sólo tú dar aliento
Pudiste, ¡oh sol de glorias inmortales!
Al noble corazon y al pensamiento
De treinta y tres ilustres orientales;
Aquéllos que, impelidos por la idea
De redimir la patria, á la pelea
Con sublime entusiasmo se lanzaron,
Segando con su acero
Las huestes del intruso brasilero.

¡Cómo hermoso tu disco brillaría
Aquel glorioso dia
En que el suelo feliz de Arenal Grande
Las huellas te mostró de los valientes
Que, henchido el corazon de fe sincera,

Alzaron ante el mundo su bandera
Y juraron morir independientes!

Recuerdos son gloriosos
De la hazaña inmortal que presenciaste,
Que en el alma destellan
La luz de sentimientos generosos,
Rincon y Sarandí, Cerro é Ituzaingo;
Nombres augustos que la fama sellan
De los héroes que en vívidos deseos
De libertad y gloria tú inflamaste.

Veneracion eterna á los varones,
Ínclitos modernos espartanos,
Ante quienes huyeron las legiones
De usurpadores viles,
Como ante los viriles
Soldados de la sabia y libre Grecia,
Huyeron los soldados de la ruina
En Maraton, Platea y Salamina.

Veneracion eterna, y que la lumbre
De tu amoroso rayo,
Preste fulgentes, vívidos destellos
A la inmortal auréola
Que corona sus frentes, en la cumbre
De su Olimpo feliz; que nunca triste
Veas, ¡oh sol! con lánguido desmayo,
La celeste mansion donde residen,
Del sumo patriotismo siendo ejemplo;
Que allá en el templo
Donde vive sin mancha su memoria,
Los genios del recuerdo los circunden,
Mariposas que busquen luz de gloria,
Planetas que con astros se fecunden.

Sólo el santo recuerdo
De sus altas virtudes y civismo
Preservará á la patria del abismo
De las ruines pasiones.—Ciudadanos
Que de hijos blasonáis de aquellos héroes,
Si no queréis que impúdicos tiranos
Profanen con su planta el libre suelo
Que os legaron prolijos
Los que no alimentaron más anhelo
Que patria y libertad, sed siempre dignos
De padres tan ilustres, y en el pecho
El culto conservad de sus virtudes;
Defended el derecho
De los avances del poder; en pugna
Con lo ruin é inmoral, al despotismo
De santa indignacion el anatema
Lanzad que lo anonade;
Que vuestro corazon á nada tema
Del deber en el noble cumplimiento,
Y afrontad el sangriento
Asesino puñal, que si él os hiere,
El hombre morirá, la idea no muere.

Y si extraños audaces se lanzaran
A disputaros la preciada herencia;
Si extranjeros pendones
Humillar pretendieran los blasones
De vuestra libertad é independencia,
¡Oh! entónces, inspirados
En la heróica pujanza
De aquéllos que lucharon cual titanes;
Invocando los manes
De Artígas, de Rivera y Lavalleja,
Empuñad con ardor la férrea lanza,
Al combate volad, y justiciero
Al intruso castigue vuestro brazo;

Y proclame la historia
Cómo defiende el libre su bandera,
Cómo conquista el héroe la victoria.

Sol de la libertad! tiende tus rayos
Hácia esos pueblos de la vieja Europa
Que gimen bajo el yugo
Del César, de la Iglesia, del verdugo.
¡Qué! ¿acaso siempre beberán la copa
Amarga del esclavo? Los rumores
Ya se levantan de la turba inquieta,
De libertad ansiosa; resplandores
Ya llegaron hasta ella de tu brillo,
De santa redencion feliz aurora;
Sacudirá del cuello el duro anillo,
Y temblarán los tronos,
Y el fragor de la lucha redentora
Hará saber al mundo
Que no se oprime al pueblo impunemente,
Que ya no pueden imperar tiranos,
Que los hombres son todos ciudadanos
Y que libres alzar deben la frente!

Sol de la libertad! perenne brilla
Sobre América hermosa, y que tu rayo
Espléndido reluzca
Sobre el suelo uruguayo;
Que tu augusta presencia
Nuncio sea divino
De patria, libertad, independencia;
Ilumina el camino
De los hijos de aquellos esforzados
Que legaron al mundo y á la historia
Laureles en mil triunfos conquistados,
Inolvidables páginas de gloria.

Ilumine tu rayo nuestra senda
Y en nuestros pechos el valor encienda,
Para si, en triste dia,
Peligra, ¡oh sol! la libertad amada,
Al conato de odiosa tiranía;
Ciudadanos altivos,
En santa indignacion hirviendo el pecho,
Corramos en defensa del derecho
Donde el deber sagrado nos reclame,
Y hasta el poeta exclame,
Como el bardo de Albion, con voz airada:
Lira, ¡déjame en paz!... ¡ Venga una espada!

Constantino Becchi.

Montevideo, Mayo 5 de 1879.

HIEDRA Y PALMERA

Ella era una palmera
Que sobre el verde bosque se cernía,
Y él la hiedra rastrera,
Que sus ramas lozanas oprimía.

Con loco desvarío
La hiedra á la palmera se enlazaba,
Y el árbol con desvío
Las hojas de la hiedra rechazaba.

La pobre enredadera
Volvía otra vez á su afanoso anhelo,
Y otra vez la palmera
Arrojaba sus ramas hacia el suelo.

Con gotas de rocío
Empapadas en savia apasionada,
Lloró su sino impío
La planta, sin amparo y sin amada;

Pero volvió afanosa
A enlazar con sus hojas la palmera,
Y al fin la desdeñosa
Sintió el calor de la pasion primera.

Aquel amor profundo
Que la hiedra rastrera le tenía,
Que ni el fulgor del mundo
Ni el embate del tiempo conmovía,

Hirió su pecho tierno
Con los suaves matices de la aurora,
Y del cariño eterno
Arraigó en él la fuente bullidora.

Y cuanto más mostraba
Su pasion la tupida enredadera,
Más esbelto se alzaba
El tallo seductor de la palmera.

El sol les dió sus rayos;
El cielo, sus espléndidos colores;
La brisa, sus desmayos;
Y sus trinos de amor, los ruiseñores.

En vano la tormenta
Con ímpetu sus ramas sacudía.
Como ola que revienta
Contra las rocas de la mar bravía,

Así, fuerte, altanera,
Contra los dos amantes se estrellaba,
Y ni una hoja siquiera
A sus ramas cruzadas arrancaba.

Hoy se alzan amorosas
En el bosque frondoso y solitario;
Las bóvedas umbrosas
Sirven á su cariño de santuario.

Perderá el cielo su color profundo,
Las olas morirán en la ribera;
Pero jamás perecerá en el mundo
El amor de la hiedra y la palmera.

José G. Busto.

LA TOCADORA DE ARPA

En tí escuché el murmurio
Del sauce con las auras,
La queja de las olas
Besando las arenas de la playa;

Esa armonía incierta
Del mar dormido, en calma,
En la hora que la sombra
Con el silencio sobre el mundo avanza;

Ecos tiernos, lejanos,
Que en el espacio vagan,
Y vienen al espíritu
Con el lamento de una voz hermana;

El rumor del desierto;
La silbadora ráfaga
De los vientos que cruzan
Su llanura salvaje y desolada;

Los cantos que saludan
Al asomar el alba;
Rugidos de torrente;
El toque de oracion en la montaña;

El acento, el suspiro
Del corazon que se ama,

Vibrando en el recuerdo
Los himnos de la vida en su mañana;

Del labio amante, trémulo,
La promesa jurada;
En la noche serena
El acorde gentil que al amor llama;

Allá, como un ensueño,
Onda doliente y rápida.....
En el torreon sombrío,
Endechas de cautiva solitaria;

La voz de la inocencia
Que á la ternura encanta;
El ruego de la madre
Por el hijo que corre á la batalla;

Del infelíz proscripto
La despedida amarga,
Dejando cuanto adora
Para morir ausente de la patria.

Tristezas y dulzuras,
Sollozos y plegarias,
En confusion sublime
Cruzaron como nubes por mi alma.

Y en mi delirio plácido,
Me pareciste un hada,
El genio de las musas
Arrullando al poeta en la desgracia.

Y un rayo de consuelo
Sentí que me inundaba,
Como entre ruinas tristes
La suave lumbre de la luna pálida.

Y el mundo de recuerdos,
De muertas esperanzas,
Historia de la vida
Que el corazon en su sagrado guarda;

Todo se estremecía
Al sonido de tu arpa,
Y te aclamé llorando,
¡ Yo que creía no tener más lágrimas !

Antonio Lamberti.

POETAS ARGENTINOS

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono á la noble igualdad.
Se levanta en la faz de la tierra
Una nueva, gloriosa nacion,
Coronada su sien de laureles,
Y á sus plantas rendido un leon.

CORO

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir;
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar;
La grandeza se anida en sus pechos;
Á su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando á sus hijos
De la patria el antiguo esplendor.

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el pais se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel;
Su estandarte sangriento levantan
Provocando á la lid más cruel.

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

¿No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cuál lloran, bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto y llanto y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

A vosotros se atreve, Argentinos,
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa, contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A estos tigres sedientos de sangre,
Fuertes pechos sabrán oponer.

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

El valiente argentino á las armas
Corre ardiendo con brío y valor:
El clarin de la guerra, cual trueno
En los campos del sud resonó.
Buenos-Aires se pone á la frente
De los pueblos de la ínclita Union,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo leon.

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucuman,
La Colonia, el Océano, los Andes,
El Cerrito y muralla oriental,
Son letreros eternos que dicen:
« Aquí el brazo argentino triunfó;
Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló. »

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado á su vista el tirano,
Con infamia á la fuga se dió:
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos á la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran majestad.

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarin,
Y de América el nombre enseñando,
Les repite, mortales, oid:
«Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud»;
Y los libres del mundo responden:
«¡Al gran pueblo Argentino, salud!»

CORO

Sean eternos los laureles, etc.

Vicente López y Planes.

LA CONCORDIA

Deh fate un corpo sol di membri amici,
Fate un capo che gli altri indrizzi e frene.

(*Gerusalemme liberata.*)

¡Ay! proteje, Señor, tu hermosa hechura!
Por tí este pueblo sacudiera el yugo
De servidumbre dura;
Y, en tu inmensa bondad, al fin te plugo
Darle nueva existencia,
Y llamarle á gozar de independencia.

No abandones jamas la tierna planta
Al furor de los vientos, cuando apénas
Lozana se levanta.
Libra á tu pueblo, ¡oh Dios! de las escenas
De discordia inhumana,
Que destruyen la tierra americana.

Si en merecida pena á sus delitos,
Impuso tu justicia á otras naciones
Los males infinitos
Que traen las fraternales disensiones,
El pueblo del Oriente,
Como recien nacido, es inocente.

Sálvale, por piedad: no se marchiten
Jamas sus esperanzas deliciosas;
Sin fin en él habiten
La concordia y la paz, hijas dichosas

De la virtud, consuelo
Al hombre justo, dado por el cielo.

A su sombra benéfica florecen
Las ciencias y las artes bienhechoras;
Los pueblos se engrandecen,
Llenos de vida; y leyes protectoras
La perfeccion alcanzan
Y moderada libertad afianzan.

La concordia es la fuente más fecunda
De los bienes que gozan los humanos;
Y como el sol inunda
Con su fulgor las cumbres y los llanos,
Ella con su influencia
A todo sabe dar nueva existencia.

Al verla se despeñan al abismo
La ambicion prepotente, la ignorancia,
El ciego fanatismo,
La sacrílega y ruda intolerancia,
Y todos los errores
Que las pasiones traen con sus furores.

Ella fué la que un dia dió renombre
A mi patria: por ella el universo
Veneraba su nombre,
Y la historia veraz y el rico verso
En página divina
Honraron la República Argentina.

El cielo la robó tanta ventura.
Llanto y respeto á su fatal estrella;
Y el que, con lengua impura,
Se atreva mancillar su fama bella,
Y su desgracia insulte,
En el profundo averno se sepulte.

Sus males evitad, hijos de Oriente,
De la concordia al delicioso abrazo
Volad alegremente:
Él os estreche con perpetuo lazo,
Ahogando en vuestra orilla
De la anarquía la letal semilla.

La madre entónces besará tranquila
Al hijo de su amor, sin que la muerte
De la rebelde fila
Se lo arrebate en flor, y á dura suerte
Su ancianidad condene,
Y de amargura y de dolor la llene.

Ni temerá el colono que inclemente
El soldado feroz sus mieses tale,
Dejando solamente
La negra huella que el furor señale;
Y de pueblos cubiertos
Los campos se verán que hoy son desiertos.

Mis votos oye, ¡oh Dios omnipotente!
Y una familia sola reunida
Forma en el rico Oriente,
Que á leyes paternales sometida,
La peligrosa rienda
Nunca usurpar con crímenes pretenda.

Ampara tú su juventud dichosa,
Y hostias de paz adornen tus altares;
Con mano bondadosa
Vierte sobre ella dones á millares
De la gloria y ventura.
¡Ay! protege, Señor, tu hermosa hechura!

Florencio Varela.

DE MI MUERTE

Ora benigno me dilate el cielo
Estos momentos que llamamos vida;
Ora le plazca que el presente sea
Mi último dia;

Bien me acostumbre la dolencia larga
A ver de léjos que la muerte llega;
Bien, como rayo que improviso hiere,
Súbita venga;

Ya me arrebate del festin alegre,
Entre los bríndis del lijero Baco;
Ya cuando, á solas, de mi patria lloro
Tristes los hados,

Sin que me aflija roedora duda
Bajaré impávido á la eterna noche,
Y las riberas pisaré tranquilo
Del Aqueronte.

Iré á presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impío turba;
Que por mi causa no corrió en la tierra
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado que evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazon de piedra

Al afligido que á su vista gime,
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros,
Y el pecho blando que me dió natura,
Finge de acero.

Mas como el númen que al mortal espera
En las regiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ajeno,
Mi alma no teme.

¡Oh cielo! escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que sólo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno:

Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y moribundo, con errante mano,
Pulse la lira.

Juan Cruz Varela.

LA CAUTIVA

PARTE PRIMERA

EL DESIERTO

Ils vont. L'espace est grand.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Ándes. El desierto
Inconmensurable, abierto
Y misterioso, á sus piés
Se extiende; triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar cuando un instante
Al crepúsculo nocturno
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Do quier campos y heredades,
Del ave y bruto guaridas;
Do quier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante,
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento-lijeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; ó su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el dia;
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡ Cuánto arcano
Que no es dado al vulgo ver!
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,

Las armonías del viento,
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿ Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza ?
¿ Qué lengua humana alabarlas ?
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en Occidente,
Derramando por la esfera

De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apénas
Sus alas, de aroma llenas,
Entre la yerba bullía
Del campo, que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña;
Rujía un tigre feroz;
O las nubes contemplando,
Como estático y gozoso,
El yajá de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía;
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él
Con luz trémula brillaba

Una que otra estrella, y luégo,
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,
Con su claro-oscuro manto
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El Occidente cubrió;
Miéntras la noche bajando
Lenta venía, la calma,
Que contempla suspirando
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entónces, como el ruido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió.... y luégo violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba,
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto,
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto, que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con lijereza suma
Pasa en ademan atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar alrededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;

Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando: «Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron,
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como ántes,
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad;
Miéntras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

Estéban Echeverría.

EL REY BALTASAR

MELODÍA HEBRAICA

Mane, Thecel, Phares.

En el impío festin
El rey Baltasar estaba,
Con la corona en las sienes
Y sobre un trono de plata.

Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey
Se postraba y exclamaba:
¡ Gloria al Rey !

De Israel los vasos de oro
Que se trajeran mandaba,
Y en ellos el vino beban
Sus concubinas amadas.

De órgullo y lascivia lleno,
Sus ricos mantos desgarra,
Y en la desnudez hermosa
Su disolucion halaga.

Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey
Se postraba y exclamaba:
¡ Gloria al Rey !

—Los ojos verdes del rey
Parecen dos esmeraldas;
La púrpura de la rosa
Sus rojos labios no iguala.

—Dichosa la vírgen bella
Que oye sus dulces palabras;
Dichosa la que en sus brazos
De amor el aliento exhala.

—Prudente y sabio es el rey;
Justicia tan sólo manda;
La tierra adora sus leyes;
Ventura eterna le aguarda.

—¿Qué vale el Dios de Israel
Contra el poder de su espada?
De los míseros judíos,
¿Cuál es la triste esperanza?

Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey
Se postraba y exclamaba:
¡Gloria al Rey!

En esto una horrible mano
Sobre la pared grabara
Sentencia que nadie entiende,
Y el rey Baltasar temblaba.

Era *Mane, Thecel, Phares*
La inscripcion de la muralla,
Y al rey, la corte y al pueblo
Terror de muerte causaba.

A sus magos les pregunta:

—¿Qué dicen esas palabras?
Y ellos responden confusos:
—Nuestra ciencia no lo alcanza.

La reina entónces le dice:
—Llama á Daniel: ¿á qué aguardas?
Es hombre de Dios querido,
Y en él tu padre confiaba.

Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey
Se alejaba y exclamaba:
¡Ay del Rey!

—Si aclaras este misterio,
Que á mi corazon espanta,
Segundo te haré del reino
Y vestirás escarlata.

—Triste mortal, ¿qué me ofreces
Cuando á tí todo te falta?
En esa inscripcion yo leo:
«Tú vas á morir *mañana.*»

En esa inscripcion yo leo:
«El moro y persa *mañana*
Se dividirán tu reino,
Las riquezas de tu casa.

«Pues blasfemaste de Dios,
Tu triste huesa *mañana*
Del último de tus siervos
Será con desprecio hollada....

«El gozo de los tiranos
Es cual fosfórica llama,

Que en la noche tenebrosa
De las tumbas se levanta.

«Sólo un momento es la tierra
De sus caprichos esclava;
Pero él pasa y sus verdugos
Son polvo, gusanos, nada.»

En tanto al mísero rey
La pena y terror desmayan;
Busca á los suyos, y encuentra
Sólo á Daniel, que le hablaba;

Pues damas y cortesanos
Y toda la sierva grey
Se alejaba y exclamaba:
¡Ay del Rey!

José Rivera Indarte.

LA GAVIOTA Y EL CANARIO

Un rico extravagante de mi patria
Puso entre rejas de oro á una gaviota,
Miéntras en jaula de grosero junco
A un canario dulcísimo aprisiona.

Pues sin más razon que ésta, con desprecio
Mira aquélla al cantor, y me lo apoca,
Quien, harto al fin de humillacion y ultrajes,
Así reprende, por su orgullo, á la otra:

«¿Quién eres tú? Recuerda que en el río
Ayer no más andabas con tu tropa,
Tras de inmundo alimento, fastidiando
A todos con tu voz ingrata y ronca.

¿Y porque habitas en dorada jaula
Hoy quieres presumir de gran señora,
Y mirar con desden y menosprecio
Las buenas cualidades que me adornan?

«Pues sabe que yo aquí, como en el campo,
Soy capaz de encantar á cuantos me oigan,
Y tú bajo ese techo, ó por los aires,
No serás más que inmunda y graznadora.»

Nobles modernos que lográis por suerte

A un palacio pasar desde una choza,
No ajéis al pobre, porque puede un dia
Hablar como el canario si se enoja.

Gabriel Real de Azúa.

MONTEVIDEO

Semejante á ondina bella
Su cuerpo airoso descuella.

E. Echeverria.

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan:
El Paraná, faz de perlas;
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes, se inclinan
Ante ellos seibos y palmas,
Y le arrojan flor del aire,
Aroma y flor de naranja.
Así siguiendo su senda,
Sobre sus lechos se arrastran:
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

¿El Plata? y es verdad. Ancha llanura
De bruñido metal que nunca acaba,
Parece el rio cuya diestra lava
De Buenos-Aires el soberbio pié;
Cuya izquierda tendiendo hacia el Oriente,
De una jóven beldad la falda toca;
Beldad guardada por gigante roca,
Que el Plata inmenso desde léjos ve.

Y es fama que esa roca majestuosa
A la bella ciudad pusiera nombre,
Cuando en medio del mar, al verla, un hombre,
Monte veo, del mástil exclamó.
En frente de ese monte nació un pueblo
Con un cinto de muros y cañones,
Do clavaron tres reyes sus pendones,
Que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron los reyes, rica joya,
Y un dia en su corona te ostentaron,
Y al mirarte otro dia, sólo hallaron,
En vez de joya, duro pedernal.
Entónces adornaste la diadema
De la jóven República de Oriente,
Que te muestra á los pueblos en su frente
Desde el Cerro, su eterno pedestal.

Ahí estás, Montevideo,
Extendida sobre el rio,
Como vírgen que en estío
Se ve en el lago nadar.
La Matriz es tu cabeza,
Es la Aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda,
Y tu cintura, la mar.

Ciudad coqueta, sonries
Cuando ves los pabellones
De poderosas naciones
Flamear en rico bajel.
Y les pagas las ofrendas
Que ellos traen á tu belleza,
Con tu campo y la riqueza
Que derrama Dios en él.

En tu puerto á centenares
Mécense los masteleros,
Como bosques de palmeros
Que sacude el vendabal.
Y si en él se ve de noche
Navegar rápida vela,
Parece garza que vuela
De algun lago en el juncal.

En las noches sin estrellas,
Tenebrosas del invierno,
Cuando el mar es un infierno
Que al marino hace temblar,
Tú benéfica iluminas
Sobre tu roca gigante,
Un fanal que al navegante
Seguro norte va á dar.

En otro tiempo los reyes
Levantaron alta valla
De impenetrable muralla,
Para oprimirte, beldad.
Pero el hierro del esclavo
Sacudiste de tus brazos,
Y los muros á pedazos
Derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo,
Del Plata blanca sirena,
Y tu entraña una colmena
Cuya miel es el amor.
Feliz el labio que guste
De tu miel, ciudad de amores,
Que tus hijas son las flores
Que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles
En dulzura y en pureza,
Son estrellas en belleza,
De la vida el íris son.
Por ellas, sólo por ellas,
Eres tú, Montevideo,
De mi memoria recreo,
De mis sueños ilusion.

Y si tú crees en los sueños,
Escucha, oh pueblo, uno mio:
Yo soñé que veía al río
Salir de su ancho cristal,
Y que á ti y á Buenos-Aires
En sus brazos estrechaba,
Y así unidos os dejaba
En un abrazo inmortal!

Si eres sólo un ensueño, dulce idea,
Que fascinas mi ardiente fantasía,
No amanezca jamas el triste día
Que te borre de mí.
Pero no, que en los cielos está escrito
En la página de oro del destino,
La union del Oriental y el Argentino
Que en mis ensueños ví.

Luis L. Domínguez.

CAICOBÉ

Leyenda guaraní

A MI AMIGO EL DOCTOR DON FLORENCIO VARELA

Un árbol hay pequeño de la tierra
Que tiene rama y hoja menudita:
En tocando la hoja ella se cierra,
Y en el punto se pone muy marchita.

(Centenera, *Argentina*, canto 3°, octava 3ª)

Seule parmi les fleurs, devant l'homme craintive;
Sans doute il te souviens que mortelle autrefois
De ta jenne pudeur on méconnut la voix.

(Roucher).

Esas huellas en la arena
Que el viento besa y destruye,
Son de una indiana morena
Que de dos mancebos huye.

En los pasos de la huída
Pone lijereza suma,
Pues va, cual flecha, vestida
De mil levísimas plumas.

Parece nube pintada
De las auroras de estío,

Que deja sombra rosada
Sobre la nácar de un río.

Lleva las trenzas caídas
Y va sembrando corales,
Como las gotas llovidas
Que ciernen los vendabales.

Como torcaz, huye al nido
Cobijado entre las ramas,
Porque ha escuchado el silbido
Que le anuncia astutas tramas;

Y teme perder del seno
Una joya misteriosa,
Talisman contra el veneno
De la serpiente dañosa.

Ya se ha engolfado en las ramas...
La oculta ya el bosquecillo
Con sus verdosas retamas
Salpicadas de amarillo;

Ya circundó la laguna...
Ya atraviesa la cañada,
Cual se desliza la luna
Sobre la linfa parada.

Y no prosigue.... Caída
De cansancio está en la alfombra,
Que extiende yerba florida
Al amparo de la sombra;

Y pone avara la mano
Sobre el agitado seno,
Ardiente como el verano,
Matador como el veneno.

Y al sol, que ya en Occidente
Se aduerme en nubes doradas,
Alza piadosa la frente
Con humildosas miradas;

Y entre perlas de su llanto,
Y entre perlas de su boca,
Así entona un triste canto
Que con sollozos sofoca:

«¡Te vas, esposo, con tus rayos de oro
A enardecer el seno de otras bellas,
Y á mí me dejas, anegada en lloro,
A la pérfida luz de las estrellas!

«Yo soy tu indiana Caicobé, amorosa,
Más que otra alguna por tu amor gozada,
A quien todos del sol llaman esposa,
Y por amarte á tí la más tostada.

«Yo, la que salgo á tu primer destello,
Y alzo la voz en alabanza tuya;
La que llora en la noche y dobla el cuello,
Y como la torcaz tu sueño arrulla,

«Yo quedo sola y perseguida, ¡esposo!
Mano extranjera llegará á mi seno,
Que el talisman que guardo misterioso
No es bastante á evitar todo veneno.

«Tú, que conviertes en vapor los lagos
Y deshaces en aguas las neblinas,
Que crias al calor de tus halagos
Mariposas con alas peregrinas;

«Tú que en la concha de la mar transformas

Gotas lloradas por la aurora en perlas,
Que de vapores de la tarde formas
Fantasmas que placer causan al verlas,

«Cámbiame en rayo de tu luz pintado,
En mariposa que tu luz refleje,
En árbol por la brisa acariciado,
Ó en tórtola amorosa que se queje.

«Así inocente viviré en el aire
Lleno de tu esplendor, de aromas lleno,
Para que torpe mano no desaire
El santo talisman que traigo al seno.»

El sol parece suspenso
En el confin del espacio,
Envuelto en nubes de incienso,
Como al dintel de un palacio.

Tiene una faja azulada
Por diadema de la frente,
De oro y zafir recamada
Por los genios del poniente.

Y de su disco de fuego
Soltando en olas la llama,
Se emboza, como por juego,
Con las nubes que más ama;

Y ellas se agolpan celosas
Demandándole sonrisas,
Para parecer vistosas
En las alas de las brisas.

En tanto, sobre la grama
Yace Caicobé y suspira

Como la azorada gama
Cuando entre lazos se mira....

¡Ay! que se escuchan los pasos
De los mancebos...Ya llega,
Tendiendo membrudos brazos,
Aquél que el amor más ciega;

El de rênegridos ojos,
En forma de almendra hendidos,
Que despiden rayos rojos,
Como carbones prendidos;

Aquél que pone en el ruego
De la amorosa porfía,
El calor que darda el fuego
Del cielo de Andalucía;

Y tiene para la guerra
Un alazan africano
Y una ancha espada que aterra
Cuando amenaza en su mano.

Mas los crespones morenos
Con que la tarde se enluta,
Cuando va quedando en ménos
La luz y más diminuta,

Cayeron precipitados
Sobre el crepúsculo incierto,
Y en lobreguez sepultados
Quedaron cielo y desierto;

Sin que una chispa siquiera
De algun etéreo diamante
En las alturas luciera
Con inquietud rutilante.

Tan negro está, que el mancebo
Que corre sobre la arena
Al apetitoso cebo
De la güaraní morena,

Detiene el paso, y se estrega
Despavorido la vista,
Creyendo que Dios le ciega
Para que en pecar no insista.

Y el santo temor del cielo,
Que en los peligros renace,
Poniendo traba á su anhelo,
Postrar en tierra le hace.

Un árbol, nunca visto en el desierto,
Apareció al nacer de la mañana
Allí donde entre sombras encubierto
Fué el talisman de la inocente indiana.

Este árbol asombroso,
Nacido entre una noche y una aurora,
Tal vez allí creado
Por el Dios de la luz tierno y celoso,
Es fama que atesora
Las virtudes de un pecho recatado.

Ábrese entero á respirar las brisas,
Amoroso se embriaga
Al nacer de la aurora con sus risas,
Y los deseos en su llanto apaga.
Pero así que la mano
Toca en sus hojas, ó el aliento humano,
Las hojas se enrojecen,
Y púdicas se cierran y estremecen.

Juan María Gutiérrez.

LOS TRÓPICOS

FRAGMENTOS DE "EL PEREGRINO"

Y en medio de las sombras
Enmudece la voz del peregrino,
Y el rumor de las ondas solamente
Y el viento resbalando por el lino,
Sobre el Fénix se oía,
Que como el genio de la noche huía
En las alas del viento tristemente,
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.

. . . . . .

¡Qué bello es al que sabe sentir con la natura,
Pasar al mediodía del circo tropical,
Y comparar el cielo de la caliente zona
Con el que tibia pinta la luz meridional!

¡Los trópicos! radiante palacio del crucero (1)
Foco de luz que vierte torrentes por do quier!
Entre vosotros toda la creacion rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creacion tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza, llena de timidez y frío,
Huyendo de los polos, al trópico subió.

(1) Constelacion del Sur.

Y cuando dijo: *basta*, volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entónces como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayan;
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde rios más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,
Se visten con las nubes, de la cintura al pié:
Las tempestades ruedan y cuando al sol ocultan,
Se mira de los montes la esmalterada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna,
No habita ese bandido del Ándes morador,
Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
Tocanos, guacamayos, el leon y la torcaz,
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,
Se duermen sobre el dátil, en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vegetacion exhala,
Formando pabellones para burlar al sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
Del oro y el topacio magnífico esplendor.

Naturaleza vírgen, hermosa, radïante,

No emana sino vida y amor y brillantez;
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro rey;

Así como la niña de quince primaveras,
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

¡ Los trópicos ! El aire, la brisa de la tarde,
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos giros besándonos la frente,
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla
Los trópicos encierran, magnífica: *la luz*.
La luz ardiente, roja, cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿ Á dónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodía, la tarde tropical,
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
Ó del millon de estrellas un astro nada más ?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir:
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová,

Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
É hidrópica de vida, revienta por los poros,
Vegetacion manando para alfombrar su pié.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
Partidas las montañas, fluctuando entre vapor,
Las luces son entónces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor á él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nítido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan el postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color,
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;
Allí se poetiza la voz del corazon;
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la region de Dios.

Un poco más.... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito sér,
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas rubia, cercana, trasparente,
Con íris y aureolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la Vírgen madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesus.

José Mármol.

EL CIGARRO

En la cresta de una loma
Se alza un ombú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asoma,
Y bate, si sopla, el viento.

Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansion pacífica, donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
Y con labios casi yertos,
«¡ Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos !

«Pueda, en fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.

«Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.

«Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro:

Á quien le toca, hijos, quema,
Como el fuego del cigarro.

«No siempre movió en mi frente
El pampero fría cana;
El mirar mio fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana.

«La fama en tierras ajenas
Me aclamó noble y bizarro;
Pero ya, ¿qué soy? Apénas
La ceniza de un cigarro.

«Por la patria fuí soldado,
Y seguí nuestras banderas
Hasta el campo ensangrentado
De las altas Cordilleras.

«Áun mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro.
Pero, ¿qué es la gloria? nada;
Es el humo de un cigarro.

«¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores?
Por la paz, hondas querellas;
Los abrojos por las flores.

«La patria, al que ha perecido
Desprecia como un guijarro....
Como yo arrojo y olvido
El pucho de mi cigarro.

«Las horas vivid sencillas,
Sin correr tras la tormenta;
No dobléis vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.

«No habita la paz más casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadla, que todo pasa,
Y el hombre como un cigarro.»

Florencio Balcarce.

EL SALMO DE LA VIDA

LO QUE EL CORAZON DEL JÓVEN DICE AL SALMISTA

¡Oh! no me digas que la «vida es sueño»,
Triste salmista, en tu cantar amargo,
Porque el alma no vive en el letargo,
Que es de la muerte pálido diseño.

La vida es real y su destino es serio,
Y no es su fin en el sepulcro hundirse:
Que «ser polvo y en polvo convertirse»
No es del alma el divino ministerio.

Ni es del hombre la senda ó el destino,
El reposo, el dolor, ni la alegría,
Sino la accion, para que cada dia
Avance una jornada en su camino.

Que la ciencia es muy larga, el tiempo estrecho,
Y el corazon más varonil y fuerte
Bate el fúnebre paso de la muerte,
Cual velado tambor dentro del pecho.

En el vivac del mundo, alza tu escudo!
En el campo de accion, arma tu diestra!
Sé un héroe de la vida en la palestra,
Y no el rebaño que se arrea mudo!

Del porvenir los pasos son inciertos;
Vive y obra sin tregua en el presente;
Tu corazon en tí, Dios en tu mente!
Deja al pasado sepultar sus muertos!

Los héroes que en tu mente divinizas,
Te muestran que la vida es noble y bella,
Y ellos te enseñan á estampar la huella
Del tiempo en las arenas movedizas.

Tal vez algun hermano fatigado,
Náufrago de los mares de la vida,
Recobre aliento en su alma dolorida
Al encontrar tu paso señalado.

¡De pié, en accion, con varonil pujanza,
Y el corazon dispuesto á todo evento,
Sigamos de la vida el movimiento,
Guiados por el trabajo y la esperanza!

LONGFELOW. *Traduccion de* **Bartolomé Mitre.**

EL POETA Y EL SOLDADO

POETA

Soy el alma divina
Que alienta el corazon de las naciones;
El astro que sus glorias ilumina!
Soy la cancion primera
Que hace flamear al viento su bandera
Y levanta á su sombra sus legiones!

Soy la eterna esperanza
Que en la frente del hombre reverbera
Y á cuya luz la humanidad alcanza,
Desde su cárcel de fatiga y duelo,
A vislumbrar el rastro
Que deja de astro en astro
El Creador de los orbes en el cielo!

Soy el arrullo de la fe sublime
Que en el idioma de los cielos canta
Al alma de los mártires, que gime
En la encendida hoguera,
Y al corazon del Cristo, que redime
Desde su cruz la humanidad entera
Y á su orígen divino la levanta!

Soy el rayo celeste que colora
La bóveda estrellada de la tierra;

Soy el rubor de la inmortal aurora
Que abrillanta y que dora
Cuanto en la vida la ilusion encierra!

Yo canto al mundo las eternas leyes
Que la sublime libertad inspira,
Y al arrancar la estrofa de mi lira
Hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mia
La desolada humanidad despeja
Su doloroso ceño:
Yo acompaño en mis cánticos su queja,
Yo arrullo su agonía,
Yo la cierro los ojos y la enseño,
Del sepulcro á la puerta,
Que la muerte es un sueño
Que en la inmortal eternidad despierta!

Yo soy el arpa que en el triste suelo
Templa de Dios la mente soberana,
Para que cante á la creacion humana.
¡Mortal, álzate al cielo!

SOLDADO

Yo soy la sangre universal que late
De la patria en las venas;
Mi pecho es su muralla de combate!
Yo desnudo la espada
Por su gloria sagrada
Y rompo de su planta las cadenas!

Yo soy su vengador. Yo soy el brazo
Que aplasta la conquista en su sendero,
Y estrella el cráneo del leon ibero
En la nevada sien del Chimborazo!

Yo soy la carne de cañon que alfombra,
Sangrienta y palpitante,
Rota y hecha girones,
El camino triunfante
Que conduce á la gloria sus legiones!

Yo soy la abnegacion desconocida
Y la pena ignorada;
Soy la sangre vertida
Con todo el sacrificio de la vida,
Y sin otra ambicion en su carrera
Que un giron de bandera
Que sepulte mis miembros en la nada!

El amor, el cariño,
Del dulce hogar el apacible encanto,
Las caricias angélicas del niño
Y de la madre el llanto;
Todo lo que encadena
A la tierra y al cielo,
Lo arrojo á la orfandad, lo hundo en el duelo,
Y con frente serena
Marcho al sublime horror de la batalla!...
Cuando el lamento de la patria suena,
Hasta el lamento de la madre calla!

Yo soy el centinela de su gloria,
Yo marco con mi espada su destino,
Yo mismo hago su historia
Regando con mi sangre su camino!

Para que el eco de su nombre vibre
Y cruce su estandarte el mundo entero,
La hago inmortal, y muero
Como un soldado libre!

. . . . . .

¿Cuál es la brecha en que tu lira amante
Batalla por la fe que tanto anhela?

POETA

El destierro del Dante,
La tumba de Varela,
El tajo de la infame guillotina
Que hace rodar la frente iluminada,
Y los dos brazos de la Cruz divina
En la cumbre del Gólgota clavada!

Esa es la brecha que el deber me fija;
La paz universal es mi bandera;
A su gigante sombra se cobija
La humanidad entera!

Mis armas no son armas de la muerte:
Son la fraternidad y la esperanza;
El grito del cañon no es el más fuerte:
Donde él no llega, la razon alcanza!

Allá en el porvenir reluce un dia
Sin hierros, sin banderas, sin cañones:
Esa es la patria tuya! esa es la mia!
¡La patria universal de las naciones!

SOLDADO

La cuna del futuro es el presente
Y la paz es el fruto de la guerra!
Bajo ese sol ¿no brillará mi frente?...
No! yo he caído en la primer jornada,
Al pié de mi bandera idolatrada
Y abrazando mi tierra!

POETA

Sí : ha de brillar en la lejana historia
De la pasada gloria,
En la epopeya de supremo duelo
Que el poeta divino
Cantará á las batallas del camino
Que salva el hombre de la tierra al cielo!

SOLDADO

—Ésa es la gloria mia?

POETA

—Esa es tu palma!

SOLDADO

¡Hasta ese sol, adios! Tú eres mi hermano!

POETA

Adios?.....Jamas! Marchemos de la mano;
Tú eres el corazon, yo soy el alma!

Ricardo Gutiérrez.

LA LUZ Y LA SOMBRA

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.

E. Echeverria.

Rojo el sol, en el ocaso
Sus resplandores hundía,
Y la sombra, que venía
Siguiendo á la luz el paso,

—Pára, luz, y ven conmigo,
Exclamó; ven un momento,
Que há mucho el deseo siento
De conferenciar contigo.

—¿Sí? Pues que cese tu afan,
Dijo la luz á la sombra;
Y sea la verde alfombra
Nuestro mullido divan.

Sombra y luz se reclinaron
Sobre una verde colina,
Y héte aquí la vespertina
Conversacion que entablaron:

— Mira, sombra, empieza ya,
Y trata de ser concisa,

Pensando en que estoy de prisa,
Pues mi padre, el sol, se va.

— Há mucho noto el desden
Con que la espalda me das.
— ¿Y por qué vienes detras?
— Veo que contestas bien.

Pero hazme la confesion
De que tu faz refulgente
Algo tiene de insolente....
— ¡Aprehension, sombra, aprehension!

Haces muy mal en tomar
Mi esplendor por insolencia,
Que es la ley de mi existencia
Brillar y siempre brillar.

Y mira, sombra, lo siento,
Hasta por la paz de tu alma,
Que te arrebate la calma
Envidioso sentimiento.

— ¡Envidiarte yo! ... ¿Y por qué?
— ¿Y lo preguntas, cuitada?
— Tú no eres mejor en nada.
— Que eres ciega bien se ve.

Yo soy la primer mirada
Que el sol á la tierra envía,
Y vengo trayendo el dia
Entre una nube rosada.

Del mar en el horizonte
Apénas voy ascendiendo,
Y ya me están sonrïendo
El agua, el llano y el monte.

Yo tiño de azul el cielo,
Yo arrebolo los espacios,
Yo recamo de topacios
De la blanca nube el velo.

De la mar en las espumas
Yo brillo á la madrugada,
Como una pluma rosada
Entre blanquísimas plumas.

Yo me sé descomponer
En mil variados colores,
Que dan su tinte á las flores
Y su brillo al rosicler.

Soy hermana del calor,
Que fecunda la natura,
É hija del sol, que madura
La espiga del labrador.

Soy la antorcha sideral
Que la creacion ilumina;
Soy la sonrisa pristina
Del mismo Dios inmortal.

—Con atencion escuché
Tu apología orgullosa.
Ahora escucha, luz hermosa:
Tambien quién soy te diré.

Yo soy la viuda del dia,
Que, envuelta en mi negro velo,
Voy derramando en el suelo
Mi dulce melancolía.

Me dan por nombre la noche,

Y á mi misterioso encanto,
Abren las flores su broche
Para perfumar mi manto.

Siempre la verde pradera
Con amor me está llamando,
Y las brisas van jugando
Con mi negra cabellera.

Y no de las flores bellas
El solo tributo tengo :
Fíjate, y verás que vengo
Con mi diadema de estrellas.

Á mis piés traigo la luna,
Compañera del que vela,
Y que en la plata riela
De la plácida laguna.

Del rayo del sol de estío
Neutralizo los rigores,
Regando á frutos y flores
Con suavísimo rocío.

El amor siempre halló en mí
Amiga discreta y fiel,
Y de sus horas de miel
Muda confidente fuí.

Siempre mi tupido manto
Ha velado generoso
Del jornalero el reposo,
Del que es infeliz el llanto.

Traigo á todo corazon
Religioso sentimiento,

Pues que yo á mi paso siento
El rumor de la oracion.

Aquí la sombra calló,
Y su voz áun resonaba
Cuando la luz, que lloraba,
En sus brazos se arrojó.

Depuestos los negros celos,
Luz y sombra se estrecharon,
Y de hinojos adoraron
Al monarca de los cielos;

Jurándose ante ese Dios,
Que, á la hora vespertina,
Siempre al pié de esa colina
Se abrazarían las dos.

Estanislao del Campo.

¡ADELANTE!

¡Ea, muchachos! es la aurora! arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si, como ayer, tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas,
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza,
La viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
El torpe corazon siempre con susto
De perder de su afan el fruto vil.
Miéntras él siembra el odio y la cizaña,
Nuestras robustas manos siembren trigo;
Miéntras ve en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une,
Se apretará con la honradez probada.
¡Sús, al combate, á la conquista ansiada
Del trabajo fecundo en la lejion!
Victoria al más intrépido! Bizarro,
Sus pensamientos en la patria fijos,
Ese llegue á tener hermosos hijos,
Hombres libres de limpio corazon!

La gran naturaleza nos invita
A su festin suntuoso; seamos parcos,
Y al repasar por sus triunfales arcos,
La libertad nos guie con su luz.
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan;
A los valientes que en la lucha mueran,
Un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayéis, conscriptos del progreso;
Rasgue el arado el seno de la tierra;
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio;
Allanemos la ríspida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como haz; la ruta
Nos la haga más liviana el noble canto
Del poeta; las artes con su encanto
Á nuestro rudo afan den galardon.
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,
Invitando á los pueblos soberanos
A seguir de los libres el pendon.

Y dulce será ver en nuestros lares,
De la jornada al fin, todos reunidos,
A los séres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud;
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
Ó elevando sus preces al Eterno,
Que nos da la esperanza y la salud!

Cárlos Guido y Spano.

CANTO AL ARTE

I

Sentimiento y razon! Dualismo augusto,
Gloria y dolor del hombre,
Si sois verdad, ¿por qué luchar cruëles
Miéntras la humanidad vaga perdida,
Náufraga en los océanos de la vida?

¿No hay más allá en el mundo
Tras la prision que la mirada abarca?
Y el vuelo del espíritu, ¿detiene
El horizonte que la ciencia marca?

Lo bello, ¿no es verdad? Acaso el arte
Que creó el sentimiento del poeta,
¿Es un ensueño de la mente inquieta?

La idea que ardorosa
Labra el cerebro y hasta el cielo llega
¿Será quizá engañosa
Transformacion de la materia ciega?

Virtud, justicia, ¿sois tambien mentira,
Atributo del átomo que gira,
Y el Dios, del alma anhelo,
Vana ilusion del miserable suelo?

Sentimiento y razon! Fatal misterio
De la humana existencia!
¿Quién llevará del vencedor la palma
En la lucha del alma contra el alma?

II

¿Qué es el arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende.
Allí sus formas el artista encuentra,
Allí el poeta su palabra enciende;
Y el músico, al buscar sus armonías,
Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,
La ciencia calla, y la razon, postrada,
Se siente por el vértigo atraída
Hacia el abismo de su propia nada.
Allí principia el arte! Allí se eleva,
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva;
Y siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
Se lanza á la region de lo sublime!
Es rápido cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo,
Y que eterno girando
En torno al ideal, el infinito
De esferas en esferas va buscando!

Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,
El artista se templa
En las notas sagradas,
Y es la obra del genio que se admira,
Reflejo de lo eterno que le inspira.

Así bajo el ardiente colorido,
El lienzo mudo vive y se sublima,
Y de suaves formas revestido,
Al duro mármol la pasion anima;
Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente,
Y los vagos acordes
Que al imperio del ritmo se conciertan,
Sed de infinito al corazon despiertan!

III

Sentimientos purísimos que al alma
Sois corona de gloria!
Verdad, justicia! aspiracion perpetua
Que no cabe en la forma transitoria!
¿Qué de vosotros fuera
Sin el arte que al hombre diviniza?
¿Qué deciros supiera
Esa razon que todo lo analiza?....
La ciencia intenta conocer el cielo
Y la unidad descubre de las fuerzas;
Pero mira allí mismo el sentimiento
Y ve los mundos que en su marcha eterna
Una suprema voluntad gobierna.

La razon quiso penetrar al hombre,
Y sólo halló un cerebro;
Pero el arte ha encontrado la conciencia,
Y ha visto á Dios, allí, donde no alcanza
El severo rigor de la balanza!

No! no es una ilusion, no es un delirio
El ideal supremo
Que á la más noble aspiracion responde!
No puede ser mentira
La vision inmortal que el alma esconde!

La fiera en su guarida
Es feliz y perfecta,
Por la gruta ó el bosque protegida;
El águila que sube
Á las regiones de la parda nube,
Los hierros no sospecha
De la atraccion que su dominio estrecha;
El bruto muere sin pavor; en su alma
Elemental no existe
De la severa ley la imágen triste.

¿Por qué al hombre no llega
Esa armonía que al insecto alcanza?
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?
¿Por qué el ideal, si la razon lo niega?
No! no es una ilusion; no es un delirio
La santidad del bien! Luz escondida
De la conciencia humana en el misterio!
Hay algo más que el átomo y la fuerza,
Hay algo más que moles poderosas
Sometidas del número al imperio!

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama:
Lo bello, lo sublime, no es materia!
No es materia el sér que lo proclama!

El canto poderoso de Bethoven,
El pincel de Rafael, de Dante el verso,
Todo eso es inmortal, todo es divino,
Como es luz transformada el Universo!

¿Qué sabe de esto la razon? Qué sabe
La ciencia atea que borrar pretende
Toda virtud y gloria de la tierra?
Lo que sobre el secreto de la vida
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga,
Y el planeta descubre
Que á la paciente observacion se encubre;
Y en el pálido rayo
De la remota estrella,
Sabe leer su presente, y de su historia
Tal vez un dia encontrará la huella

El sentimiento tiene
Tambien sus armonías. Sus acordes
Vagan del infinito á lo creado;
No hay voz que los exprese; pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira
Y á ellos ajusta la inspirada lira;
El átomo pensante se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza.
Es del arpa de Dios sagrada nota,
Que en el misterio de los mundos brota!

Eso es lo que sentimos
Cuando en las horas de silencio y calma,
Vago ideal que en la razon no cabe,
Que se presiente, pero no se sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma.

Gravitacion sublime, á cuyo influjo
Los mundos del espíritu se rigen;

Cadena de armonía, que vincula
El sér creado á su celeste orígen.

V

Cuando en la edad primera,
El hombre de las selvas
Su vida con el bruto confundía
Y el dominio del suelo dividía,
De su cerebro apénas
El rayo de la idea
Vagaba oscuro al labio balbuciente;
Y preso en las cadenas
De la materia ruda,
Al suelo hundía la nublada frente.

Y los tiempos pasaron
En su eternal camino,
Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.

Hasta que al fin la llama creadora
Que al planeta circunda,
Iluminó la noche de su mente,
Como la luz de la primera aurora;
Alzó su faz al cielo,
Que un reflejo inmortal transfiguraba,
Y á la bóveda inmensa
Demandó su misterio,
La frente altiva, la mirada intensa;
Y con grito sin nombre,
Hay un Dios! exclamó; y aquella hora
La hora sagrada fué del primer hombre.

Así la humanidad se alzó del polvo,
Para vencer los tiempos

En inmortal carrera.
Su primer sacerdote fué un poeta;
Un canto al infinito fué la forma
Que revistió la religion primera.

Desde entónces, por siempre,
Como valla insalvable
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imágen del Creador alzada;
Imágen pura, limpia, transparente,
Que la razon no ve, que el alma siente.
Ella es el manantial de lo sublime
Que el corazon en sus raudales baña;
Ella fecunda el pecho de los héroes,
Ella es la fe que al mártir acompaña!

El frio excepticismo
Alza su estéril mano,
Y borrar lo imborrable intenta en vano;
Antes la luz que los espacios llena,
Su propia faz velara,
Y el cáos, el universo sepultara!

No volverán los días
De aquel sér de las selvas primitivo,
Para cuyo existir fuera bastante
La tierra fecundante.
El hombre ya no vive de materia:
Vive de la verdad! Su alma, tocada
Por el fuego divino,
Presa no puede ser de muerte incierta:
Tiene ante sí la inmensidad abierta!
Allí, su aspiracion y su destino!

Artistas, sacerdotes de lo bello!

Vuestra mision sobre la tierra es santa:
Dios es del arte la sublime idea:
Que su revelacion el arte sea!

Suprema luz increada,
Artista de los mundos, yo te invoco!
Hacia la humanidad tu mano extiende,
Y un rayo de tu llama
En los altares de mi patria enciende!

Cárlos Encina.

EL ARPA PERDIDA

Fantasía

I

La ráfaga lasciva
Jugaba con las velas de la nave
De altivo porte y de cortante prora
Que en la tarde serena
Dejó la playa, que con dulces lazos
La retuvo cautiva,
Y que le tiende los amantes brazos,
Que rechaza la amante fugitiva.

Era la hora
En que la mar, la mar gigante siente
Misterioso rumor, honda congoja,
Y tiembla, como el pájaro en el bosque
Y en el árbol la hoja,
Porque bajan las sombras de Occidente,
Con cauteloso paso,
A espiar al sol, que se envolvió en sus ondas
Y duerme en su regazo.

De pié sobre la popa
De la nave gentil, que lenta avanza,
Y que á la luz crepuscular parece
Una ave que se pierde en lontananza

En busca de su nido,
Va el bardo peregrino,
Inquieto como ella,
De las ondas antiguo conocido,
A quien habla la brisa vagabunda
Y sonríe en los cielos una estrella;

Aquella estrella amiga
Que tantas veces en la patria amada
Besó su frente y enjugó sus ojos
Con el dulce calor de su mirada;
Aquella estrella triste
Que á la orilla del Plata
Bajó una noche, y le confió al oído
El dulce nombre de otra estrella ingrata!

Ni una sílaba brota
Del labio mudo del cantor errante;
Ni palpita una nota
En la lira que otrora,
Con acento vibrante,
Alzó á la libertad himno de gloria,
Y saludó aquel astro soberano
Que, rasgando montañas de tinieblas,
Asomaba en el cielo americano.

Algo como el murmullo
Del enjambre interior del pensamiento,
Misterioso aleteo de quimeras
Que con doliente arrullo
Se alejan en las ráfagas del viento,
Celestes bayaderas
Que en bulliciosa tropa
Lo llaman desde léjos,
Percibe el trovador, que yace mudo
Del inquieto bajel sobre la popa.

Al fin, el labio trémulo
Les dice *¡adios!* con efusion extraña!
A las ondas que pasan
En raudo torbellino,
A la negra montaña
Que alarga la cabeza de granito,
Como guardian huraño del destino,
De vela en el umbral del infinito,
Les dice *¡adios!* el bardo peregrino!

Adios al mar, la fiera encadenada
Que revuelve en la sombra la pupila,
Olfateando la tierra descuidada,
Que eternamente afila
El peñasco sombrío,
Hambrienta y negra garra
Con que amenaza al cielo en sus enojos,
Y cuanto pasa alrededor desgarra!

¡Adios! que allá distante,
Como cinta fantástica ceñida
Del horizonte azul á la cintura,
Va surgiendo á sus ojos, palpitante,
De la patria la tierra bendecida,
La tierra de ventura
Que bajo el cielo tropical soñaba,
Y cuyo santo nombre repetía
En otra tierra bella, pero esclava!

II

El Plata se adelanta
Con impaciente y turbulento paso,
A recibir la nave, que desplega
En el alto mastíl la enseña santa;
La enseña que paseó por sus llanuras

El viejo Brown, en raudo torbellino;
La enseña, de los déspotas odiada,
Que parece, flameando en las alturas,
Blanca nube que cuelga de los cielos,
Con un giron del firmamento atada!

Caricias de leon! amor de fiera!
La débil nave cruje entre sus brazos,
Y más la estrecha el rio enamorado
Con lujuria salvaje!
Parece que quisiera
Arrastrarla á sus antros tenebrosos,
Ahogarla en sus espumas,
Y jugar con sus tablas, como juega
De la gaviota con las blancas plumas!

¿Quién ruge por allá, que tiembla el Plata?
¿Quién baja de la altura,
Espolcando las nubes, que parecen
Negros potros que cruzan la llanura?
¿Quién hace ahullar las olas
Como hambrientos lebreles,
Y azota con su látigo de fuego
Las rocas y los frágiles bajeles?

El huracan, que llega
A disputar su presa al Plata inquieto;
El huracan, pirata del abismo,
Que con la voz del trueno,
Lanza á los cielos insultante grito,
Y celoso de Dios, que lo perdona,
Pretende en su locura,
Ahogar con mano impura
La centelleante luz de su corona!

¡Ay de la débil nave!

¡Ay del bardo gentil del arpa de oro!
La nave va saltando de ola en ola,
Como corcel herido
Que lleva en los hijares la cornada
Del iracundo toro!
Y el bardo taciturno
Sonríe con desden á la tormenta,
Fija siempre en las sombras su mirada.

Es que tambien él siente
Otro huracan rugiendo en su cabeza,
Y lleva, aunque sereno,
Como la nave herida por el rayo,
Otra herida mortal dentro del seno,
Que sangra eternamentè:
La herida de la duda,
Por donde el alma arroja á borbotones
Los sueños generosos que encendieron
Las chispas de las dulces ilusiones!

¡Ay de la débil nave!
¡Ay del bardo gentil del arpa de oro,
Que la brisa del trópico suave,
Despidió con tristísimo lamento!
El huracan sañudo
Va tronchando sus mástiles soberbios,
Como podridas cañas!
Asesino feroz, que en su demencia,
Le revuelve el puñal en las entrañas!

Como la inerme res que el duro lazo
Conduce al matadero,
La res desgarretada,
Que áun lucha de rodillas
Con su enemigo fiero,
Aquella pobre nave destrozada,

Gladiador espirante,
Va arrojando á la faz de su verdugo
Girones de su seno palpitante!

III

Horrenda sacudida!
La nave se detiene amedrentrada,
Y temblando de espanto como un niño,
Quiere emprender la huida;
Pero una mano férrea la sujeta:
La zarpa del abismo,
Que juega con las naves, como juega
Con el carro lijero
El brazo formidable del atleta!

Ahí está prisionera
Del escollo traidor que la acechaba!
Y en vano en el terror de la impotencia,
Quiere romper la bárbara cadena
Que la retiene esclava!
En vano se retuerce y forcejea:
El escollo la estrecha entre sus brazos,
Y el huracan feroz la abofetea!

No hay esperanza ya! La pobre nave,
Como un cadáver mutilado flota,
Amarrado al abismo,
Con invisibles lazos!
Las nubes son las aves de rapiña,
Que bajan turbulentas
A devorar su carne á picotazos!

IV

En medio del estrago,
Taciturno y sombrío
Yace el bardo gentil del arpa de oro,
El bardo que cantó del patrio rio
La cólera y la calma,
Y que al fin va á confiarle
Los últimos delirios de su alma !

Desciende de la nave
Con paso firme y ánimo sereno.
A dónde va? Quién sabe!
En el roto mastil posa la planta,
Y con la fe del bueno
Y el arpa de oro al lado,
Se lanza á la ventura,
A las ondas del piélago irritado !

V

Los náufragos oyeron
Largo rato en la sombra que crecía,
Sobre la voz del huracan y el trueno,
Murmullos de celeste melodía,
Notas truncas de música divina,
Como si álguien cantara en lontananza
El himno de las santas alegrías,
El poema inmortal de la esperanza

VI

Desde entonce el viajero
Oye en la noche plácida y serena,
O entre el rumor de la tormenta brava,

Como el eco de dulce cantilena,
Que de léjos lo llama!
Es el arpa perdida,
El arpa del poeta peregrino,
Casi olvidado de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata!

Olegario N. Andrade.

LA CASITA BLANCA

¿Te acuerdas, hermosa amiga,
De aquella casita blanca,
Casi oculta entre las flores,
Los árboles y las zarzas;
Del nido aquel do crecías
Tan tierna, sencilla y casta,
Como en sus nidos de yerbas
Las palomitas torcazas;
Donde el maternal cariño
Daba alimento á tu alma
Con la miel de sus consejos,
De su virtud con la savia?
¿Ya no recuerdas el templo
De tus impresiones castas,
Donde tus labios dijeron
Á Dios la primer plegaria?
Allí tus puros suspiros
Hasta el Señor se elevaban,
Como el incienso bendito,
Desde el altar de tu alma.
Allí nunca el negro cuervo
Del dolor posó sus garras:
Sólo el ave de la dicha
Batía sus blancas alas.
¿No te acuerdas ya del sitio
Donde contenta pagabas
La bendicion de tus padres

Con un ósculo en las canas?
¿Ni de la sombra del árbol,
Debajo de cuyas ramas
Iba, en las tardes de estío,
A besar tu frente el aura?
¿Ni del placer con que oías
Los cantos que en tu ventana
Entonaban los jilgueros
A la suave luz del alba?
Oh! sí, porque esas delicias,
Esos ecos de la infancia,
Son estrofas de un poema
Que ha escrito Dios en el alma!
Son sus bellas armonías
Tan dulces, tan delicadas,
Que el que una vez las percibe
No puede nunca olvidarlas.
¿Y cómo olvidar, Anita,
Que ellas tu existencia encantan,
Si eres tan pura y sencilla
Cual las palomas torcazas
Que hacían nidos de yerbas
Allá en tu casita blanca?

Gervasio Méndez.

POETAS CHILENOS

CANCION NACIONAL DE CHILE

CORO

Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró
Que la tumba será de los libres
O el asilo contra el opresor.

I

Ha cesado la lucha sangrienta;
Ya es hermano el que ayer invasor;
De tres siglos lavamos la afrenta,
Combatiendo en el campo de honor.

El que ayer doblegábase esclavo,
Libre al fin y triunfante se ve;
Libertad es la herencia del bravo,
La victoria se humilla á su pié.

II

Alza, Chile, sin mancha la frente;
Conquistaste tu nombre en la lid;
Siempre noble, constante y valiente
Te encontraron los hijos del Cid.

Que tus libres tranquilos coronen
Á las artes, la industria y la paz,

Y de triunfo cantares entonen
Que amedrenten al déspota audaz.

III

Vuestros nombres, valientes soldados,
Que habéis sido de Chile el sosten,
Nuestros pechos los llevan grabados....
Los sabrán nuestros hijos tambien.

Sean ellos el grito de muerte
Que lancemos marchando á lidiar,
Y sonando en la boca del fuerte,
Hagan siempre al tirano temblar.

IV

Si pretende el cañon extranjero
Nuestros pueblos osado invadir,
Desnudemos al punto el acero,
Y sepamos vencer ó morir.

Con su sangre el altivo araucano
Nos legó por herencia el valor;
Y no tiembla la espada en la mano
Defendiendo de Chile el honor.

V

Puro, Chile, es tu cielo azulado,
Puras brisas te cruzan tambien,
Y tu campo, de flores bordado,
Es la copia feliz del Eden.

Magestuosa es la blanca montaña
Que te dió por baluarte el Señor,

Y ese mar que tranquilo te baña,
Te promete futuro esplendor.

VI

Esas galas, ¡oh patria! esas flores
Que tapizan tu suelo feraz,
No las pisen jamas invasores;
Con su sombra las cubra la paz.

Nuestros pechos serán tu baluarte,
Con tu nombre sabremos vencer,
Ó tu noble, glorioso estandarte
Nos verás, defendiendo, caer.

Eusebio Lillo.

HIMNO DE GUERRA DE LA AMÉRICA

I

¡América, á las armas!
De nuevo á tus confines trae Europa
Oprobio y servidumbre.
¡América, á las armas!
Levanta tu pendon republicano,
Y un solo grito:—libertad y guerra!
Atraviese el Oceano
Y estremezca la tierra
Desde el Estrecho al Golfo Mejicano.

II

A la América libre,
Señora de los Andes,
Reina del Amazonas,
Los déspotas intentan
Traer farsantes y ceñir coronas!
¿Acaso todavía
No conservan el rastro esas montañas
De los héroes y hazañas
Que voltearon la hispana monarquía?
¿No fué en esas laderas?
¿No fué en aquel abismo?
¿No fué en esa llanura do triunfaron
Las rebeldes banderas,

Y el noble patriotismo
Y la noble virtud su premio hallaron?

III

¡América, á las armas!
Lanzas corta en tus bosques,
Templa en tus rios el sagrado acero,
Sube á tus cumbres y la trompa emboca;
Y allí, con el guerrero
Himno de libertad, la alarma toca!
Y que el són se derrame,
Y despierte el valor y encienda la ira
Y levante al infame,
El alma grande del poeta inflame,
Y en arma de pelear cambie la lira!

IV

¿Qué quieren de nosotros
De la Europa los siervos y tiranos?
Al desierto aventar nuestros hogares,
Usurparnos la patria,
Y hacer de nuestros pueblos,
Hoy moradas de libres ciudadanos,
Teatros de lacayos y juglares.
Y aquí, donde altanera,
Mil rios como mares
Desprende esa gigante cordillera,
Madre del Aconcagua y Orizaba,
Esplendor de una raza venidera,
Formar la cuna de una raza esclava!

V

¡América, á las armas!

No con vagos clamores
Se combaten extraños invasores
Y redímense pueblos oprimidos!
Si nuevo oprobio y nueva servidumbre
La vieja Europa trae,
Tu espada al sol relumbre,
Levanta tu pendon republicano,
Y un solo grito:—libertad y guerra!
Atraviese el Oceano,
Estremezca la tierra
Desde el Estrecho al Golfo Mejicano.

Guillermo Matta.

DEBER DEL HOMBRE

¡Vivir es trabajar! Cada hombre tiene
Una santa mision, y al mundo viene
Á completar de Dios la obra divina.
El trabajo encamina
Al bien y á la virtud; la magia encierra
De transformar en cielo la esperanza,
Y á lo innoble y mezquino haciendo guerra,
Con su fuerza vital todo lo alcanza.

Rey de la creacion, por Dios guiado,
El hombre está en el mundo destinado
A vencer imposibles con su empeño.
Del mundo entero dueño,
Todo á cumplir su voluntad se inclina,
Dicta leyes do quier su inteligencia,
Y dócil á su voz, se une y combina
La cadena feliz de la existencia.

¡Miradlo, y lo veréis cual raudo viento
Volar con el vapor y en un momento
Vencer el monte, atravesar el llano,
Circundar el oceano,
Penetrar los secretos más profundos,
De la ignorancia desgarrar el velo,
Con férreo anillo entrelazar los mundos
Y el rayo mismo arrebatarle al cielo!

Su mente es luz! Dejadlo que conciba,
Que del Creador la inspiracion reciba,
Y todo lo podrá!.... Nada hay que asombre
En su grandeza al hombre
Si el genio vive en él. Hoy, atrevido,
Tenaz, el aire dominar ensaya:
Mañana, en el espacio suspendido,
Astro será que donde quiera vaya!

Por eso cuando el pueblo se levanta,
Ávido de grandeza, y se adelanta
Al campo del deber, el fuego brota
Del alma del patriota,
Ver cumplido su sueño le parece,
Coronas ciñe á quien ganarlas supo,
Y, viendo su esplendor, se enorgullece
Del suelo libre do nacer le cupo!

En nuestra hermosa patria no hay esclavos!
Una legion titánica de bravos
Rompió del servilismo las cadenas:
Con sangre de sus venas,
Vertida en cruda lid, nuestros abuelos
La sacrosanta libertad sellaron,
Y al cumplir sus magnánimos anhelos,
Vida, grandeza y patria nos legaron!

Y por los Ándes y la mar velada
Esa patria feliz vive encantada
En medio de sus bosques seculares.
Cien rios como mares
Fecundizan sus campos; lindas flores
Alfombran su extension, y en donde quiera
Se ve un portento, y brillan los primores
De una no interrumpida primavera.

En nuestro cielo azul, la roja lumbre
Se refleja del sol: la blanca cumbre
Del Ándes colosal se alza orgullosa:
Dejad que majestuosa
La estrella de la tarde sus fulgores
Derrame altiva en el azul sereno:
Inmenso en forma, espléndido en colores,
Veréis radiante el tricolor chileno!

Como ese tricolor brillante y puro,
Formado por Dios mismo, es el futuro
Que le aguarda á la patria. En vuestras manos,
Virtuosos ciudadanos,
Apresurarlo está.... Movedle guerra
Al vicio en el taller, dad noble ejemplo
De austero patriotismo, y nuestra tierra
Será de libertad grandioso templo!

¡Nadie sea en su patria un miembro vano!
¡Levántese á vivir el ciudadano,
Ensalce el bien y la maldad combata.
Si la fortuna ingrata
Hinca en su vida su alevoso diente,
Si airada ruje la tormenta fiera,
Sereno en el peligro alce la frente,
Y si es fuerza morir, como hombre muera!...

¡ Soldados del progreso y de la gloria!
El esplendor sin par de nuestra historia,
Con fuego escrito en vuestros ojos leo !
Yo entre vosotros veo
Los O'Higgins del genio; los ungidos
Rodríguez del trabajo; los Infantes
Del sagrado deber ! Los elegidos
Para ser del futuro los gigantes !

¡Entusiasta legion! vuestro destino
Decidida llenad: por el camino
Seguid que os marca la conciencia austera:
    Luchad con fe sincera,
Y nada en el peligro os amedrente,
Que, para conquistar la ansiada palma,
Arde la inteligencia en vuestra frente
Y un pedazo de Dios lleváis por alma!

José Antonio Soffía.

EL ÁNGEL Y EL POETA

El poeta lloraba,
Y en silencio gemía;
La lira entre sus manos muda estaba,
El con triste dolor la contemplaba,
Y en su amarga agonía,
«No canto más, no canto!» repetía.
El mundo no comprende mis cantares;
En medio de sus ruidos,
Se pierden de mi lira los sonidos,
Cuál las brisas en medio de los mares.
Adios, cantos de amores;
Adios, musa querida;
En el festin eterno de la vida
Voy á ocultar con risas mis dolores.
Mis gemidos se apagan cuando lloro
Entre el ruido del oro!»
Su voz entrecortaba la agonía
Y con dulce amargura,
«No canto más, no canto!» repetía.

Un ángel que escuchaba
Su tierno y melancólico quejido,
Le dijo, sonriéndole, al oído:
«Vuelve á tomar la lira:
Tu canto no es del mundo,
Porque el cielo, poeta, te lo inspira.
¿Qué te importan los hombres?

Perecen, y sus nombres
Se pierden bajo el polvo del olvido.
Vuelve á tomar la lira creadora,
Canta á Dios y á la patria en tu desvelo,
Y une tu voz sonora
Á la voz de los ángeles del cielo.»

Volvió la calma al seno del poeta,
Ardió de inspiracion su fantasía,
Y en su ansiedad inquieta,
Sonriendo de alegría,
«Quiero cantar de nuevo!» repetía.
Y al ángel de la altura,
Que irradiaba una luz en su destino,
Preguntó con ternura:
—¿Quién eres, noble espíritu divino,
Que así me animas y me das la mano?
Y el ángel respondióle:—Soy tu hermano.

Luis Rodríguez Velazco.

A GROSFO

Traduccion de la Oda XVI del Libro segundo de Horacio

El que surca las ondas de los mares,
Pide al cielo quietud cuando el nublado
La luna oculta ó la brillante estrella
Que guía al navegante.

Pide quietud el tracio belicoso,
Quietud el medo, á quien adorna aljaba,
Quietud, ¡oh Grosfo! que no compran perlas,
Rica púrpura ni oro;

Pues ni opulencia ni haces consulares
Lanzan del pecho la afliccion penosa,
Ni las inquietas cuitas que revuelan
Por los techos dorados.

¡ Dichoso aquél en cuya frugal mesa
Copa heredada solamente brilla,
Y cuyo sueño la codicia infame,
O el temor no conturba !

¿ Por qué afanarnos con tan corta vida ?
¿ Y por qué recorrer países que alumbran
Astros distintos ? Con huir su patria
¿ Quién se evita á sí mismo ?

La zozobra cruel entra en las naves,
Y á los guerreros en la lid persigue,
Más que el ciervo veloz, y más que el viento
Cuando lanza las nubes.

Quien hoy contento vive, no se inquiete
Por lo futuro, y las congojas temple
Con la alegre sonrisa: que en el mundo
No hay ventura cumplida.

Siega la muerte en flor al claro Aquíles,
A Titon larga caduquez consume,
Y á mí tal vez me otorgará el destino
Lo que á tí te ha negado.

Hatos ciento en tu campo y cien novillas
Oyes mugir, y relinchar tus yeguas,
Y lanas vistes que tiñó dos veces
La púrpura de Tiro.

Diéronme á mí las infalibles Parcas
Un campo reducido, el blando aliento
De griega musa, y de inconstante plebe
Desprecio los furores.

Salvador San Fuentes.

EL ARPA DE DAVID

El rostro se enrojece
Del colérico Rey; débil se inclina
La grey de cortesanos y enmudece.
¡Ya Dios no lo ilumina!

En loco desconcierto,
Como banda de tímidas gacelas
Cuando ruje el leon en el desierto,
Se alejan las esposas,
De su ira temerosas.

Saúl, el soberano,
Se alza del áureo trono:
Ya va á estallar su encono;
Mas David, el pastor, con ágil mano
De su arpa arranca armónico sonido,
Suave como las brisas del Oriente
Que bordan el Cedron de leve espuma,
Triste, como en la tarde, entre la bruma,
De la tórtola amante es el gemido.
Vacila el soberano estremecido,
Y á cada acorde, inimitable acento,
Las nubes se disipan de su frente,
Y, cual mar tempestuoso
Que vuelve á ondear en magestuosa calma,
Vuelve la paz á su alma.

Y David á su rey la paz volvía,
Y el rey lo maldecía,
Porque Saúl, el de purpúreo manto,
Del humilde poeta envidia el canto.
No le importa su cetro ni su gala,
Ni su pueblo que gime,
Ni el enemigo que sus campos tala;
Que todo noble sentimiento muere
Cuando la envidia el corazon inquieta,
Boa fatal que el corazon oprime
Y con robustos lazos lo sujeta.

Las glorias de David al rey espantan:
Los profetas de Rama le predicen
Su futura grandeza, y lo bendicen,
Y de Sion las vírgenes le cantan.

«Es preciso que muera
El cantor de la blonda cabellera.»
Así le ordena el corazon impuro:
Brillan sus ojos, parte de su mano,
Y enclavada en el muro,
Trémula vibra la ligera lanza.
¡La ira del tirano
Jamas del justo al corazon alcanza!

Eduardo de la Barra Lastarria.

POETAS BOLIVIANOS

EN PRESENCIA DE LA ESTATUA DE BOLIVAR

¡Cuán grande la nacion que reverente
De los héroes acata la memoria,
Soberbia presentando ante la história
Testimonio esplendente,
En mármoles ó en bronces colosales,
De su amor por las glorias inmortales!

Y feliz cuando pueda,
Del arte con gran pompa y lucimiento,
Alzar un monumento
Que en esplendor á lo más grande exceda,
Para dar culto á la virtud del hombre
De altas proezas y de heróico nombre.

¡A tí, Bolivar, redentor de un mundo,
De América titan, sol en su cielo;
A tí, alma fuerte, que con santo anhelo
En el fuego fecundo
De libertad templaste tu constancia,
Para hollar de los tronos la arrogancia;
A tí, que entre los grandes
Genios levantas imperial cabeza,
Que en glorias y en grandeza
Fuiste más léjos, cual allá en los Andes
A la de Humboldt triunfante se adelanta

Del Chimborazo en la ascension tu planta;
A tí, Bolívar, cuya sien corona
De libertad el astro centellante;
A tí, del continente más gigante
Guerrero, á quien pregona
La América, ya libre y soberana,
Como el portento de que más se ufana;
A tí, altó genio, de glorioso signo,
Hoy te contemplo aquí, representada
Tu efigie venerada
En un bronce inmortal, de tí tan digno!
Y ante el atleta de renombre èterno,
Descubro mi cabeza...y me prosterno...!

Al ver tan noble y envidiable ofrenda
De gratitud al héroe sin segundo,
Yo con mi acento, en emocion profundo,
De admiracion la prenda
Tributo á la nacion que así le ofrece
Monumento de honor que la engrandece;
Y mi alma, de entusiasmo arrebatada,
Dice del Rimac á la ninfa bella:
«Del porvenir la estrella
Brille en tu frente, cual brilló la espada
Del gran Bolívar, cuya inmensa gloria
Es sol que alumbra la peruana historia.»

Ricardo José Bustamante.

AL ILLIMANI

¡Salve, Illimani! Magestuoso, inmenso,
Solitario, levantas hasta el cielo
Tu frente, que corona eterno hielo,
Do en vano vibra el sol su rayo intenso.

La voz del hombre nunca ha resonado
De tus profundos huecos en el seno:
Sólo al rugir del viento y al del trueno
El eco de tu mole ha contestado.

El águila caudal nunca ha pasado
Los muros diamantinos de tu hielo:
Nunca la leve sombra de su vuelo
Tus fúlgidos cristales ha cruzado.

Unido con los cielos, en la tierra
Inmenso bien derrama tu presencia;
En tu torno difundes la existencia,
Cuyo gérmen fecundo en tí se encierra.

Miro á tu planta selvas silenciosas,
Do el pino, el cedro y el limon se mecen,
Y en donde al lado de la piña crecen
Pálida aroma, purpurinas rosas.

Las flores su fragancia deliciosa
En honra tuya exhalan, y un presente

De gratitud y amor puro, inocente,
Te ofrecen en el aura vagarosa.

De tu cima descuélgase el torrente
Que al saltar se deshace en leve espuma;
Y aparece al traves de blanca bruma,
Un íris nacarado y refulgente.

El agua, que desciende estrepitosa,
Domado su furor, en manso giro
Corre pura, cual es puro el suspiro
Del pecho de una vírgen candorosa,

Burlas al aquilon y á las tormentas,
Que en tí se estrellan con furor insano;
Al gólpe mismo de la fuerte mano
Del tiempo airado, inmoble te presentas.

El luminar del dia á tí primero
Humildemente rinde su tributo;
Y cuando al mundo cubre opaco luto,
Áun brilla en tí su rayo postrimero.

En la noche serena, tu alta cumbre
Baña apacible con su luz brillante
La luna, que embellece su semblante
Al reflejar en tí su clara lumbre.....

Hora corona tu elevada cresta
La nube electrizada que se inflama
Al resplandor del rayo, cuya llama
Muestra tu mole colosal enhiesta.

Los rayos que serpean por tu frente
¿Son para tí cual son los pensamientos
De dolor y amargura, que sangrientos
Y horribles atraviesan por mi mente?

¿Ó son cual la guirnalda que las sienes
Ciñe de los mortales venturosos
Que en el bullicio del festin gozosos
Encontrar juzgan sazonados bienes?

Lo ignoro! Pero siento que el delirio
De la pasion el alma ya no agita;
Siento que el corazon ya no palpita
En la voraz hoguera del martirio.

Bajo la fresca sombra de una palma
He buscado á tu planta dulce asilo:
Ya mi pecho se aduerme más tranquilo,
Gozando de la paz la suave calma.

De Jehová el poder en tí se ostenta;
En tí la cifra de su nombre miro;
En tí su magestad sublime admiro;
Su eternidad en tí se me presenta.

¡Cómo! ¿Cual Dios, eterno tú serias?
¡No! que en la tierra todo desparece,
Excepto el alma, á quien benigno ofrece
Dios en el cielo más dichosos dias.

Cuando Él con su soplo te deshaga,
Yo miraré desde el excelso cielo,
En el cáos perderse tu albo hielo,
Cual blanca vela que la mar se traga.

Manuel José Cortés.

LA CIEGA

¡ Todo es noche, noche oscura !
Ya no veo la hermosura
De la luna refulgente;
Del astro resplandeciente
Tan sólo siento el calor.
No hay nube que el cielo dora,
Ya no hay alba, no hay aurora
De blanco y rojo color.

Ya no es bello el firmamento,
Ya no tienen lucimiento
Las estrellas en el cielo;
Todo cubre un negro velo;
Ni el dia tiene esplendor;
No hay matices, no hay colores,
Ya no hay plantas, ya no hay flores,
Ni el campo tiene verdor.

Ya no gozo la belleza
Que ofrece naturaleza
Lo que el mundo adorna y viste;
Todo es noche, noche triste
De confusion y pavor !
Do quier miro, do quier piso,
Nada encuentro y no diviso
Sino lobreguez y horror !

Pobre ciega, desgraciada,
Flor en su Abril marchitada,
¿ Qué soy yo sobre la tierra ?
Arca do tristeza encierra
Su más tremendo amargor;
Y mi corazon enjuto,
Cubierto de negro luto,
Es el trono del dolor.

En mitad de su carrera
Y cuando más luciente era
De mi vida el astro hermoso,
En eclipse tenebroso
Por siempre se oscureció.
De mi juventud lozana
La primavera temprana,
En invierno se trocó.

Mil placeres halagüeños,
Bellos dias y risueños
El porvenir me pintaba,
Y seductor me mostraba
Por un prisma encantador.
Las ilusiones volaron,
Y en mi alma sólo quedaron
La amargura y el dolor.

Cual cautivo desgraciado
Que se mira condenado
En su juventud florida
A pasar toda su vida
En una horrenda prision,
Tal me veo, de igual suerte:
Sólo espero que la muerte
De mí tendrá compasion.

Agotada mi esperanza,
Ya ningun remedio alcanza;
Ni una sombra de delicia
A mi existencia acaricia;
Mis goces son el sufrir:
Y en medio á tanta desdicha
Sólo me queda una dicha,
Y es la dicha de morir.

María Josefa Mujía.

POETAS PERUANOS

SALMO XVIII

Cœli enarrant.

Con clara voz publican
Los cielos la excelencia
De la gloria de Dios; su omnipotencia
Las obras de sus manos testifican;
Y el claro firmamento
Las declara en armónico concento.

Cada dia, al que sigue
Anuncia su grandeza:
Sus encomios tambien la noche expresa;
La que sucede, el cántico prosigue;
Y este himno permanente,
En todo idioma se oye claramente.

Su armonioso sonido
En la tierra percibe
Hasta el salvaje que en su extremo vive:
Y sólo el temerario, que su oído
Cierra á este lenguaje,
Le niega al Hacedor el homenaje.

Su trono magestuoso,
De clara luz formado,
Parece que en el sol ha colocado;
Pues cual sale del tálamo el esposo,
Así es la bizarría
Del astro refulgente que hace el dia.

Con pasos de gigante
Emprende su carrera
Desde un extremo al otro de la esfera;
La repite gozoso en el instante;
Y al mundo vivifica
Con la luz y calor que comunica.

Sin mácula y hermosa
Más que el sol, la ley santa
Al sumo bien las ánimas levanta;
Y en sus promesas fiel y generosa,
Hace á los pequeñuelos
Que aquí gusten la ciencia de los cielos.

Sus mandatos son rectos;
Dirige las acciones;
Alegra los devotos corazones,
Excitando dulcísimos afectos;
Y es su luz tan activa,
Que á la razon ilustra y la cautiva.

Inspira el temor santo
Que al alma fortalece,
Y que en el justo siempre permanece.
Es muy veraz; no admite algun quebranto;
Y en el premio ó castigo,
Su justificacion está consigo.

Aquesta ley divina,
Más que el oro es amable
Y las piedras preciosas; porque, estable,
Es la felicidad á que encamina,
Y porque más dulzura
Que la miel tiene para el alma pura.

Tu siervo, ¡oh Dios! la observa,

Y tal deleite gusta,
Que todo fuera de ella le disgusta:
Y al que esta santa caridad conserva,
Le tienes preparada
Copiosa recompensa en tu morada.

Mas ¡ay! ¿quién tener puede,
¡Oh señor! sin tu lumbre,
De todos sus delitos certidumbre ?
Haz que de los ocultos libre quede,
Y tu perdon imploro
De los agenos, que contrito lloro.

Mírame, pues, propicio;
Tu indignacion se acabe;
Tu santa gracia mis pecados lave,
Y echa de mí al orgullo, al grande vicio,
Que á ninguno perdona,
Porque á todos los hombres inficiona.

Entónces mis loores
Serán á tu oido aceptos:
Rumiaré en tu presencia los preceptos,
Con grato corazon á tus favores;
Y por ningun motivo
Me apartaré jamas de tu atractivo.

Así, Señor, lo espero,
Porque ya con tu ayuda,
De falsos bienes mi alma está desnuda,
Y sólo quiere amar al verdadero.
A tí se dé la gloria,
Pues tuya, ¡oh Redentor! es mi victoria.

José Manuel Valdés.

FRAGMENTO

DEL CANTO JJJ DEL POEMA "A MAGALLÁNES"

IX

Cálase el yelmo; la pesada lanza
Al aire gira, provocando el reto;
Toma el escudo á la romana usanza;
Se cubre pronto de luciente peto.
Armado ya, sobre su hueste avanza,
La ve y arregla con semblante inquieto,
Y al aire dando placentero *viva*,
Impetuosa marchó la comitiva.

X

Enfrente, al fin, de la enemiga playa
El escuadron valiente de cristianos,
El entusiasmo desbordó su raya,
Provocando á la lid á los indianos.
Ninguno al ver el número desmaya;
El hierro salta en las robustas manos;
Vibran las lanzas, las espadas suenan,
Y el mar vecino con su ruido atruenan.

XI

Al ver ese conjunto de guerreros

Tan membrudos, tan ágiles y armados,
Que en furioso torrente los primeros
Arremeten con ímpetu esforzados,
Se diría que son los que tan fieros
Caballeros intrépidos cruzados,
Godofredo belígero encamina
Sobre los muros de Salem divina.

XII

Llegan, se encuentran, hienden y destrozan;
La sangre hirviente á borbotones brota;
De entre ambos bandos los aceros rozan;
La lanza vuela por el aire rota.
A cada embate todos se alborozan,
Ménos la lid con el horror se acota,
Y en cada vez cobrando más aliento
Dejan en derredor lago sangriento.

XIII

Como impetuoso y montaraz torrente
Que del enhiesto monte se derrumba,
Se abre entre peñas surco suficiente,
Lo arrasa todo, con fragor retumba,
Sigue veloz con ímpetu rugiente
Hasta encontrar en el Oceano tumba,
Y áun allí mismo en raudo torbellino
Lucha por encontrar franco camino,

XIV

Así á la opuesta y formidable valla
Que el conjunto de bárbaros formaron,
En empeñada y desigual batalla
Los valientes cristianos se lanzaron.

Sobre mil picas su furor estalla;
En mil cuerpos sus armas embotaron;
Á cada fuerte y vigoroso empuje,
Mil vidas arrancando, el hierro cruje.

. . . . . .
. . . . . .

XVIII

Cayó como la reina de las aves
Que la tormenta en el cenit espera;
Como en cruda borrasca aquellas naves
Que á toda vela sueltan su bandera;
Como arrancada á las arenas graves
La corpulenta y perenal palmera,
Que opone al huracan tronco tranquilo
Hasta que ensancha su corriente el Nilo.

. . . . . .
. . . . . .

XXIV

Cuando despues de completar la zona
Que en la vuelta del mundo le faltaba,
La flota, á los impulsos de la lona,
Vencedora á la España se tornaba,
Un nombre por las Córtes se pregona,
Ovaciones y honores alcanzaba,
Y quien ciñó el laurel del lusitano
Fué el gran piloto Sebastian de Elcano.

Manuel Nicolas Corpancho.

Á SIMON BOLÍVAR

¡Héroe, semidios, gigante,
Coloso del mundo infante,
Cuyo glorioso laurel
Eterniza ya el pincel
En láminas de diamante;

Ídolo de la victoria,
Tú, que con fama notoria
Tuviste desde la cuna
Por esclava á la fortuna,
Por cortesana á la gloria;

Tú, de los héroes modelo,
Vengador de nuestro duelo,
Que, cual despeñado sol,
Contra el tirano español
Te envió en sus iras el cielo;

Tú, que con ardor bizarro,
De los nietos de Pizarro
Despedazando el pendon,
Manso hiciste á su leon
Tirar de tu triunfo el carro,

Desde la excelsa region
Donde el inmortal varon
Vive en perdurable asiento,

Escucha el débil acento
De la humana inspiracion.

Venturosa tu fortuna
Fué como no fué ninguna;
No el cielo nacer te vió,
Que el destino no colgó
De las estrellas tu cuna.

Tu orígen fué terrenal,
Tu fábrica, material;
Mas tú, naciendo á ser hombre,
Divinizaste tu nombre....
Te hiciste sér inmortal.

¡Triunfar! Tal fué tu destino.
Por eso á temple divino
Fué para tí trabajada
Tu nunca vencida espada.
Fué entre palmas tu camino;

Tu vida, aurora de Mayo;
Tu muerte, del sol desmayo;
El sosiego de tu alma,
Del Océano la calma;
Tu cólera, la del rayo.

En los campos, tu bandera
Volador meteoro era
Que al contrario daba espanto;
Tu nombre, de guerra canto,
Y tu corcel, una fiera.

¡Dios de nuestros patrios lares!
Campos fueron tus altares,
Crudas batallas tus fiestas,

Y tus sonoras orquestas,
Las músicas militares.

Los Andes, que con decoro
Te dan aplauso sonoro;
Los Andes, que el mundo acata,
Cuyas sienes son de plata,
Cuyo corazon es de oro;

Los Andes, esas montañas
Que con su pié las entrañas
Del globo rasgando van,
Páginas son donde están
Bien escritas tus hazañas;

Páginas donde el poeta
Tu vida escrita interpreta
En el idioma del genio;
Y así, cuando aquel proscenio
Recorre su vista inquieta;

Cuando por el panorama
De esos montes se derrama,
Que en eterna duracion,
Columnas de piedras son
Del gran templo de tu fama,

Lee allí toda tu historia,
Donde dejaste memoria
De que tu constancia pudo
Dejar de palmas desnudo
Todo el árbol de la gloria.

¡Tempestad de la montaña,
Rayo vestido de saña,
Que en ímpetu vengador

Estallaste con fragor
Contra las huestes de España!

Recuerda el cuadro severo
De esos dias en que, fiero,
Sobre nuestra frente esclava
El despotismo asentaba
Firme su trono de acero.

Débil nuestra juventud,
Siendo el temor su virtud,
Sola se arrastraba entonce
Ante el ídolo de bronce
De la torpe esclavitud.

Y atada á cadena impía,
La libertad despedia
Tristes quejas y sollozos
En los hondos calabozos
De la negra tiranía.

Nuevo, esperado Mesías,
Tú, en esos funestos dias
Te alzas, y á tu aparicion
Bate el de la destruccion
Genio sus alas sombrías.

Suena tu grito de guerra,
Y cual trueno, por la tierra
Rueda en profundo clamor,
Llenando el valle de horror,
Y estremeciendo la sierra.

Tiembla un momento el tirano;
Mas despues el soberano
Cetro empuña, y centellea

Ya el rayo de la pelea
En su vengadora mano.

Tú vences sus adalides,
Y en unas y en otras lides
Siempre fuerte y triunfador,
Renovadas tu valor
Ve las hazañas de Alcídes.

Vencedor te proclamaron
Cuantos astros te admiraron,
Cuantas montañas te vieron,
Y campos te conocieron
Y rios te contemplaron.

Besó humilde el Amazónas
Tus plantas; las juguetonas
Sirenas del Apurimac,
Las bellas ninfas del Rimac,
Dieron á tu sien coronas.

Rey te aclamó el Chimborazo,
Que el marcial desembarazo
Tuyo asombrado miró,
Y en sus bases retembló
Cuando tú moviste el brazo.

Y esa que en el mar descuella,
Ninfa encantadora y bella,
Esposa del Oceano,
De su imperio soberano
Gala, luz, norte y estrella;

América, ese verjel,
Del mar florido bajel,

Perla á su seno arrancada,
Sirena desencantada,
Te consagró su laurel.

Manuel Adolfo García.

LA LOCOMOTIVA

I

Ni el cóndor de los Ándes, que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul region,
Y rasgando la túnica del cielo,
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulman de tez morena,
Cabalgando en el árabe corcel,
Que corre y graba en la movible arena
La media luna de su herrado pié;

Ni el barco humeante cuyo peso abruma
Y fatiga las olas de la mar,
Que huyen gimiendo en desgarrada espuma,
Como luciente polvo de cristal;

Ni el aeronauta audaz, ni la ligera
Góndola del Adriático veloz,
Aventajan al monstruo en la carrera,
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente,
Que bulle cual la lava del volcan,
Arroja larga flecha de humo ardiente,
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre, arrebatando al infinito
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesí,
Y el monstruo vuela á devorar las horas,
El tiempo y el espacio y el confin.

Más que el torrente que á la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Agitando sus músculos de acero
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apénas que la tierra toca,
Pasando como el rápido aquilon,
Y olas vomita de su ardiente boca,
Jadeante con hórrido estertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el rio,
Todo se ve en un vértigo girar,
Como sombras de un loco desvarío
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce, retemblando el suelo,
Sus huellas de rocío y de carbon,
Miéntras fluctúa en el azul del cielo,
Cual larga nube, su penacho en pos.

II

Terrestre Leviatan! ¡Vuela! Devora!
Con tu ala de vapor azota el viento;
Lleva á la noche el rayo de la aurora
Y al hombre esclavizado el pensamiento!

Como antorcha del siglo brilladora,
Alumbra al pueblo de la luz sediento,
Para que escriba en su pendon de guerra:
«El pueblo es rey y su sitial la tierra!»

Cárlos Augusto Salaverry.

JULIO ARBOLEDA

En la estrecha montaña que una tarde
Regara con su sangre generosa
El héroe de Ayacucho, misteriosa
Y traidora y cobarde,
Para mengua del suelo granadino,
La mano alza otra vez un asesino.
De la sublime democracia en nombre,
Que acepta al bueno, que rechaza al malo,
Se ha asesinado á un hombre...
Al cantor de Pubenza y de Gonzalo!

Eso dirá la historia,
Y el pueblo colombiano será reo
Si en él no se alza un nuevo Macabeo
Que revindique su empañada gloria
Y esa página borre infamatoria.

Si hay turba que el delito deifica
De la guerra civil en la tormenta,
Coronando asesinos,
Vendrá el rayo de Dios, que purifica,
Porque Él en su justicia toma cuenta
Tambien á una nacion, ¡oh granadinos!

¡No! no puede Colombía
Aceptar en silencio el torpe crímen,
Que á protestar de villanía
Bolívar de su tumba se alzaría.

La santa democracia no consiente
El comprado *trabuco* del bandido,
Que ella siempre ha vencido
En combate leal y frente á frente.

Ricardo Palma.

POETAS ECUATORIANOS

TRADUCCION

DE LA ODA XIV, LIBRO PRIMERO, DE HORACIO

¡ Oh, nave ! ¿ dónde vas ? No te amedrentan
Las nuevas olas que á la mar te impelen
¡ Ay ! el peligro es cierto.
Torna, torna veloz, ocupa el puerto.
Tu costado de remos ve desnudo,
Y ve tu mástil roto
Al ímpetu del ábrego sañudo.
¡ Cuál crujen las entenas !
Sin cables, sin timon, la frágil tabla
Resistir podrá apénas
Los asaltos del mar. No hay vela sana,
Ni dios propicio que á tu voz descienda
Y en tu nuevo conflicto te defienda.
No te valdrá tu nombre, ni el ser hija
Del más excelso pino
Que fué honor de las selvas del Euxino.
¿ Y pondrá en vano el tímido piloto
En la pintada popa su esperanza ? . . .
Guarte, nave infeliz: cada momento
Teme ser juego del furioso viento.
Tú, que otro tiempo fuiste
Inquieto tedio á mi ánimo agitado,
Y ahora objeto triste
De mi acerbo pesar y mi cuidado,

Huyé, bajel querido,
Del mar embravecido,
Que entre escollos corriendo peligrosos
De viva roca y de ferviente arena,
A seguro naufragio te condena.

José Joaquin Olmedo.

LA REPÚBLICA

Alza tronos, odiosa tiranía:
Míseros pueblos, la cerviz doblada,
Los sostendrán, llamando afortunada
La suerte vil que los abruma impía.

Tiende, ostentando audacia y felonía,
Demagogia, tu garra ensangrentada,
Y en nombre ¡ ay ! de libertad sagrada,
Grita á la sociedad: «¡ Presa eres mia !»

¿ Y habréis de ser eternos, infernales
Monstruos lanzados por castigo al suelo,
Y ante quienes la dicha huye y se aterra ?

No, que apiadado al fin de nuestros males,
Tornándose al abismo, dirá el cielo:
« ¡ República inmortal, tuya esla tierra ! »

Juan Leon Mera.

DAME TU LIRA

Si á mis piés derramando su tesoro,
Me dijese algun rico de la tierra:
—Escucha, trovador: hé aquí más oro
Que en los abismos de la mar se encierra :

Con él tendrás la dicha y los placeres
Por que tu ardiente corazon suspira,
Y el amor de bellísimas mujeres,
Grandezas y poder; dame tu lira—;

Y si el mayor de todos los monarcas
Arrojase la púrpura suprema,
Y mostrando á lo léjos sus comarcas,
Colocase en mi frente su diadema,

Y me dijese:—Tuyos son, poeta,
Mis vasallos, mis pueblos, mis honores;
Dame el acento de tu lira inquieta,
El arpa en que suspiras tus amores—;

Si el orador me diese la elocuencia
Que á torrentes derrama en la tribuna,
Y el sabio los caudales de su ciencia,
Y el guerrero su bélica fortuna,

A todos, sin dudar, respondería:
—Mi alma esos dones admitir rehusa,

Porque le agrada más la melodía
Y el blando acento de mi triste musa.—

Mas si el tímido y puro adolescente
Me brindase su tierno y casto ardor....
Yo le daría mi laúd doliente
Por la dulzura del primer amor!

Numa Pompilio Llona.

POETAS VENEZOLANOS

Á CRISTÓBAL COLON

Tu frágil carabela,
Sobre las aguas, con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Dó se lanza, llevando de Castilla
La veneranda enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué, ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina á donde el sol acaba?

¿No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que á la costa guia,
¿No ves cómo á deshora,
Del norte amigo y firme se desvía,
Y á Dios y á la ventura el leño fía?

¿Y el piélago elevado
No ves al Ecuador, y cual parece
Oponerse irritado

Á la ardua empresa, y cual su furia crece,
Y el sol como entre nublos se oscurece?

¡Ay, que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente!
¡Ay, que el abismo brama,
Y el trueno zumba, y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente!

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe, contra tu empeño;

Y cual su vocería
Al cielo suena, y cómo en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes, por volver á España.

¡Ay, triste! que arrastrado
De pérfida esperanza, al indo suelo,
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japon buscas en vano;
En vano á Mangi ardiente;
Ni de las hondas aguas del Oceano
Jamas verás patente el grande arcano.

Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,

Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre, el hado incierto.

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¡Colon! clava la entena:
Corre, vuela: no atras, avante mira;
Al remo no des paz: no temas ira.

Y aunque fiero, atronado
Ruja el mar, dance el hombre y brame el viento
Con furia desatado,
Resista el corazon, y al rudo acento,
De tus pinos aviva el movimiento.

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afan y esfuerzo sin segundo,
Así das gloria á Dios y á España un mundo.

¡Oh noble, oh claro dia
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía;
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!

En la tostada arena
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena;
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo.

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente;
Y un culto dar al hombre

Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confin apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona;

La veleidosa plebe,
Humillada á tus piés, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora,
Ángel te llama, y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuanto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra:
Cual divina vision, allí la tierra;

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones;

De ambos polos vecino,
Entre cien mares que á sus piés quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudo, espumoso,
Rey de los otros rios, se arrebata
Marañon caudaloso

Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas y huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro;
Los montes plata, y las arenas oro.

¿Qué tardas? Lleva á Europa
De tamaño portento alta presea;
Hiera céfiro en popa,
Ó rudo vendabal, que pronto sea,
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélago sonante
Abrirá sus abismos; sorda al ruego,
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego,
Y tinieblas y horror y lluvia y fuego.

Y del mar al bramido,
Unirá contra tí la envidia artera
Su ronco, horrible ahullido.
¡Piloto sin ventura! ¿á qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?

O tal vez de las ondas libertado,
¿Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será: el delirio
De férvido anhelar que vence y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora :
Cuanto el hombre aborrece, y cuanto adora.

Mas, ¿qué á tu fe del viento,
Del rayo y la traicion crudos azares?
Levanta el pensamiento:
¡Elegido de Dios! hiende los mares,
Y con nombre inmortal pisa tus lares.

No Árgos más gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Cólcos la famosa,
Ni de Pálas guiado en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierve ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
«¡Colon!» exclama, y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima,
¡Oh rey de Lusitania! los portentos
Y la miés áurea, opima,

Llorando el corazon duros tormentos,
Airados ven tus ojos y avarientos.

De tí y de tus iguales,
El anglo poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales,
¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, agena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni á Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual á ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano,
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?

Dilo tú, que en el templo
Vagas inulta en medio á los despojos,
¡Oh sombra de alto ejemplo!

En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro, y por corona abrojos.

Mas no á la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni á Isabel ceñudo:
No es suya la mancilla;
Que á tí fué abrigo cuando más desnudo;
Al indio, madre; al africano, escudo.

Y unirá su alta gloria
Á tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el eden primero
Volando se creía,
Y eden será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira;
De pueblos, de monarcas,

Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entónces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando y altares;
Y despues de las culpas y el castigo,
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo;

¡Colon! el mundo hermoso
Que de su seno á las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas.

Así de polo á polo
Resuena el canto; extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

Rafael María Baralt.

FRAGMENTO

DE UN POEMA TITULADO "AMÉRICA"

PARTE SEGUNDA

. . . . . .

A tí tambien, Javier Ustáriz, cupo
Mísero fin; atravesado fuiste
De hierro atroz á vista de tu esposa,
Que con su llanto enternecer no pudo
A tu verdugo, de piedad desnudo:
En la tuya y la sangre de sus hijos,
A un tiempo la infeliz se vió bañada.
¡ Oh Maturin ! ¡ Oh lúgubre jornada !
¡ Oh dia de afliccion á Venezuela,
Que áun hoy, de tanta pérdida preciosa,
Apénas con su gloria se consuela!
Tú, en tanto, en la morada de los justos
Sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas
Debido á tus fatigas, á tu celo,
De bajos intereses desprendido;
Alma incontaminada, noble, pura,
De elevados espíritus modelo,
Áun en la edad oscura
En que el premio de honor se dispensaba
Sólo al que á precio vil su honor vendía,
Y en que el rubor de la virtud, altivo
Desden y rebelion se interpretaba.

¿ La música, la dulce poesía
Son tu delicia ahora, como un dia ?
¿ O á más altos objetos das la mente,
Y con los héroes, con las almas bellas
De la pasada edad y la presente,
Conversas, y el gran libro desarrollas
De los destinos del linaje humano,
Y los futuros casos de la grande
Lucha de libertad que empieza, lees,
Y su triunfo universal lejano?
De mártires que dieron por la patria
La vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Traceas, Marco Bruto, Decio,
Cuantos inmortaliza Aténas, Tibre,
Cuantos Esparta y el romano libre;
Los que el Bátavo suelo y el Helvecio,
Muriendo, consagraron, y el Britano;
Padilla, honor del nombre castellano;
Caupolican y Guaicapuro altivo,
Y España osado; con risueña frente
Guatimozin te muestra el lecho ardiente;
Muéstrate Gual la copa del veneno,
Y Luisa el cruento azote;
Y tú, en el blanco seno
Las rojas muestras de homicidas balas,
Heroica Policarpa, le señalas;
Tú, que viste espirar al caro amante
Con firme pecho, y por ajenas vidas
Diste la tuya, en el albor temprano
De juventud, á un bárbaro tirano.

¡ Miranda ! de tu nombre se gloría
Tambien Colombia; defensor constante
De sus derechos, de las santas leyes,
De la severa disciplina amante.
Con reverencia ofrezco á tu ceniza

Este humilde tributo, y la sagrada
Rama á tu efigie venerable ciño.
Patriota ilustre, que proscrito, errante,
No olvidaste el cariño
Del dulce hogar que vió mecer tu cuna;
Y ora blanco á las iras de fortuna,
Ora de sus favores halagado,
La libertad americana hiciste
Tu primer voto y tu primer cuidado.
Osaste, solo, declarar la guerra
A los tiranos de tu tierra amada,
Y desde las orillas de Inglaterra
Diste aliento al clarin, que el largo sueño
Disipó de la América, arrullada
Por la supersticion. Al noble empeño
De sus patricios no faltó tu espada;
Y si, de contratiempos asaltado,
Que á humanos medios resistir no es dado,
Te fué el ceder forzoso, y en cadenas
A manos perecer de una perfidia,
Tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
Resuena aún el eco de aquel grito
Con que á lidiar llamaste; la gran lidia,
De que desarrollaste el estandarte,
Triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.

Andrés Bello.

MEDITACION

Es la hora deliciosa de la tarde.
El sol, envuelto entre dorada nube,
Cual vespertino, espléndido querube,
Hace de su poder soberbio alarde.

Quiebra sus dardos ricos, luminosos,
En el tenue vapor que lo circunda,
Y el suelo, el monte, el mar y el cielo inunda
De sus vários colores misteriosos.

Con regia majestad baja á su ocaso,
Y á proporcion que la tiniebla crece,
Descolorido el mundo empalidece,
Teñido de un color blanco y escaso.

Mas esta palidez encantadora,
Con su vaga, fugaz melancolía,
Lleva hasta el pecho de su calma pia
La languidez feliz y bienhechora.

Horizontes sin límites, profundos,
Ruedan y se dilatan á lo léjos,
Do puso mil colores, mil reflejos,
El escultor sublime de los mundos.

Las estrellas avanzan lentamente
Como flotantes lamparillas de oro,

Con que ilumina el azulado coro
El ángel de la noche transparente.

De los montes las cumbres ondulosas
Flotan en el azul del éter vago,
Cual los abismos del celeste lago,
Sus crestas levantando tenebrosas.

Todo es magnificencia en las alturas:
Globos sin fin la vasta esfera encierra;
Todo es allí grandeza, y en la tierra
Reposo, ambiente, amor y esencias puras.

La creacion parece que despliega
De su nocturna pompa los primores,
Para obsequiar al sér que estos fulgores
Y tanta luz en los espacios riega.

La luna emperatriz, limpia, sin velos,
Es el fanal de paz y de alegría,
Que ilumina la inmensa galería
De esta regia funcion que dan los cielos.

¿Por qué entre tanto yo, triste, turbado,
Sentado de mi valle en la eminencia,
Al contemplar de Dios la omnipotencia,
De mí mismo á pesar, gimo angustiado?

¿Quién á mi delicioso sentimiento,
Quién á mi dulce y celestial delirio,
Quién á mi blanda paz mezcla el martirio
De un extraño pesar?..... Mi pensamiento.

Él me revela, ¡oh Dios! la soberana
Obra de tu poder, que atento miro;
Mas me dice tambien que si hoy la admiro,
Yo, sér mortal, la perderé mañana.

Por él el corazon pretende ansioso
Hallar tu forma y conocer tu esencia;
Mas de su necedad, de su impotencia,
Hasta el abismo rueda tenebroso.

Te busco de la noche entre los velos,
Te busco en el espacio constelado,
Y en esas luces mil que has derramado
En las profundidades de los cielos.

Mas ¿qué me dicen al buscarte en ellas?....
Que cuando hacer el mundo resolviste,
Entre el hombre y tu trono interpusiste
Tu magnífico pórtico de estrellas.

Miro la creacion, y me deslumbra;
En tus obras, Señor, tu poder leo;
Sospecho lo que habrá por lo que veo
En ese mar de soles que me alumbra.

Y al ver resplandecer tanto sistema,
Polvo qne huella tan gigante paso,
Siento la fuerza inmensa de tu brazo,
Y me anonada mi impotencia extrema.

Pienso en el tiempo, en ese mar profundo,
Cuyas ondas se agitan incansables,
Y para cuyos senos insondables
Cien siglos son iguales á un segundo.

Y al comparar mi instante diminuto
Con esa eternidad que te reservas,
Desdeño el sér, ¡oh Dios! que me conservas,
Y mi angustiada vida de un minuto.

Miro el éter azul, ilimitado,

Que cuanto más se mide, más se extiende,
Cuyo confin la mente no comprende
Por más que añada el cálculo cansado.

Miro ese campo inmenso y esplendente
De sistemas sin fin, de orbes flotantes,
Ese enjambre de mundos rutilantes,
Que no hay signo en la tierra que los cuente.

Y al ver la inmensidad de ese conjunto,
Donde el ojo del hombre se extravía,
Siento entónces que yo, polvo de un dia,
Ocupo en él un invisible punto.

Así pasan mis horas silenciosas
Entre la admiracion y el descontento;
En alas vago ya del manso viento,
Ya abandono mis miras ambiciosas.

En el libro inmortal de lo infinito
A veces un reglon de muerte leo,
Y un ¡ay! oculto y fujitivo veo
En sus eternas páginas escrito.

Ved, entretanto, al pobre campesino,
Que entusiasmado de placer delira:
Tambien la creacion absorto admira
Junto á su techo rústico y mezquino.

Nada revela en él pesar ni duelo;
Todo es deleite el venturoso aldeano,
Sostiene el hacha su robusta mano,
Que suelta al fin para mirar al cielo.

Vaga en sus labios plácida sonrisa,
Le interesan la luna y las estrellas

Y del sol que se va, las blancas huellas,
Y el cielo azul y la nocturna brisa.

¿De dónde viene la embriaguez intensa,
Sin mezcla de inquietud, que le domina?
¿Por qué sólo venturas imagina
En cuanto siente y ve?... Porque no piensa.

Bendito el hombre que en los campos mora,
Cuya feliz, pacífica ignorancia,
Le muestra de las flores la elegancia,
Y le esconde la espina punzadora.

Bendito el labrador manso, inocente,
Que oculta su cabaña entre las breñas;
Para ése son las márgenes risueñas
Y el agua que susurra mansamente.

Para ése son los ecos armoniosos,
De las aves errantes el concierto,
Porque ése nunca de un futuro incierto
Intenta alzar los velos misteriosos.

Y para mí serán, no las venturas
Del aldeano feliz que no medita,
Sino la escena de su paz bendita
Y de su fácil vida las dulzuras.

José Antonio Maitin.

LA LIBERTAD

Ceñida de relámpagos
La tempestuosa frente,
Derriba los alcázares,
Y trémula, rujiente,
Escombros y cadáveres
Se sienta á contemplar;
Y besando la flamígera,
La ponderosa clava
Y la orgullosa púrpura
De los tiranos lava,
De roja sangre cálida
En un inmenso mar.

Aténas, noble víctima
De la ambicion, del odio,
La diosa invoca férvida,
Y el valeroso Harmodio
Clava un puñal . . . . Del déspota
Libre á su patria ve.
La formidable Némesis
De Bruto arma la diestra:
Al dictador sacrílego
Colérica la muestra . . . .
Del Tíber la onda rápida
Murmura : «César fué».

¡ Encantadora América,

Region de los aromas,
Donde suspiran lánguidas
De Vénus las palomas,
Despierta! . . . El orbe atónito
Tu yelmo vea lucir.
No más tus glorias ínclitas
Ultrajen los tiranos;
¡ Abre los ojos, míralos!
Imbéciles enanos
Son los que ven tus lágrimas
Con júbilo surgir.

¿ Qué se hizo la titánica,
La raza lidiadora
Que en las gigantes cúspides
Del Ándes, triunfadora
El colombiano lábaro
De redencion clavó?
¿ Dó los clarines bélicos,
Los roncos atambores,
Y dónde el son horrísono
Que en tumbos mugidores,
Allá en Junin las águilas
Iberas ahuyentó?

Sobre tu blanca túnica,
Rota por mano impía,
Tiró su dado pérfido
La negra tiranía,
Y se usurpó famélica,
¡ Oh patria! tu heredad.
¿ Lloras? . . . ¡ Tu llanto cálido
Enjuga, vírgen bella!
De tu infeliz horóscopo
La sanguinosa estrella
Recobrará su prístina,
Serena claridad.

Deja los bosques, ídolo
Del colombiano suelo;
¡ Ven, libertad, seráfico,
Divino dón del cielo !
Rompe los hierros bárbaros
Que forja la opresion.
Mueve tu hueste innúmera,
Aguija tus bridones;
Tu aliento, como el ábrego,
Sacuda los pendones
Que encomendaste al Hércules
Del mundo de Colon.

Ya tu celeste oráculo
Rujir cual trueno escucho:
« Con fraternales vínculos
« Los bravos de Ayacucho
« Uniéronse; no el número
« Les hizo allí vencer;
« Austera virtud cívica
« Nutrió sus grandes almas:
« Así segaron vívidas
« Las triunfadoras palmas,
« Cuyos marchitos vástagos
« Aun pueden florecer.

« ¡ Union ! . . . Y nueva Débora,
« Oh patria agonizante !
« De la victoria el cántico
« Entonarás triunfante,
« Y cual radiosa pléyada,
« Tu gloria brillará.
« En vividores mármoles
« Leerá la edad futura
« Tu portentosa página,
« Tu ingénita bravura,

« Y de tus nobles mártires
« La suerte envidiará. »

¿Oís?.... Desde su trípode,
Ardiendo el ojo en llama,
Con sorda voz profética,
« ¡Union! » la diosa clama,
Y fulminosas ráfagas
Agitan su broquel....
¡Encantadora América,
Region de los aromas,
Donde suspiran lánguidas
De Vénus las palomas,
Despierta!... El orbe atónito
Contempla tu laurel.

Abigaíl Lozano.

EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

A un caballo dió un toro tal cornada,
Que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte,
Quiere vengar su afrenta con la muerte
De su enemigo; pero como duda
Si contra el asta fiera, puntiaguda,
Arma serán sus cascos poderosa,
Al hombre pide ayuda.

«De mil amores, dice el hombre. ¿Hay cosa
Más noble y digna del valor humano
Que defender al flaco y desvalido,
Y dar castigo á un ofensor villano?
Llévame á cuestas tú, que eres fornido;
Yo le mato, y negocio concluído.»

Apercibidos van á maravilla
Los aliados; lleva el hombre lanza,
Riendas el buen rocin, y freno y silla;
Y en el bruto feroz toman venganza.
«Gracias por tu benévola asistencia,
Dice el corcel; me vuelvo á mi querencia;
Desátame la cincha; y Dios te guarde!»

«¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio
Pagas así?»—«Yo no pensé...»—«Ya es tarde
Para pensar; estás á mi servicio;

Y quieras ó no quieras,
En él has de vivir hasta que mueras.»

Pueblos americanos,
Si jamas olvidáis que sois hermanos,
Y á la patria comun, madre querida,
Ensangrentáis en duelo fratricida,
¡Ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
El costoso favor, falaz, precario,
Más de temer que la enemiga saña.
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre.

Andrés Bello.

POETAS COLOMBIANOS

NAPOLEON EN SANTA ELENA

¿Dónde estoy? ¿qué es de mí? Yo, que podía
Ser el libertador del mundo entero,
Mísero y desgraciado prisionero
Entre estas rocas!... Mas la culpa es mia:

Cuando al pueblo mi espada defendía,
Fuí de todos los héroes el primero!
¡Con qué orgullo la Francia á su guerrero
De laurel inmortal la sien ceñía!

Hoy, sin gloria, en destierro ignominioso,
Al sepulcro desciende el soberano
Á quien veinte monarcas se abatieron!

Dijo, cruzó los brazos silencioso,
Y los ojos del fuerte veterano,
De dolor una vez se humedecieron.

José Fernández Madrid.

EN BOCA DEL ÚLTIMO INCA

Ya de los blancos el cañon huyendo,
Hoy á la falda del Pichincha vine,
Como el sol vago, como el sol ardiente,
Como el sol libre!

¡ Padre sol, oye! Por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas gimen
Tus santas aras; yo te ensalzo solo,
Solo, mas libre!

Padre sol, oye! Sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
A las naciones; á matarme vengo,
Á morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
Cuando comiences en ocaso á hundirte,
Sobre la cima del volcan, tus himnos
Cantando libre.

Mañana solo, cuando ya de nuevo
Por el oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
Mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;

Sobre ella el cóndor que en las cumbres vive,
Pondrá sus huevos y armará su nido,
Ignoto y libre!

José Eusebio Caro.

LA NOCHE EN EL MAR

A MI AMIGO A. M. S.

¡ Adios, mi amigo, adios ! El corvo diente
Soltó del ancla el fondo ribereño,
Y henchida el alta lona, flota el leño
Como el nido de un pájaro en el mar.
Mi horizonte se ensancha : es el espacio ;
Mi paso, un vuelo; el aquilon, mi aliento;
Sólo es pequeño aquí mi pensamiento;
Sólo yo traigo aquí duda y pesar.

Vueltos los ojos á la comba playa,
Que en línea azul el horizonte muestra,
Tiendo hacia tí mi abandonada diestra,
Vuelvo á la tuya mi espantada faz.
Pero es en vano ya. Surco de espumas
Rompe en las aguas la tremenda quilla:
Tú te quedas pacífico en la orilla;
Yo vuelo con el céfiro fugaz.

Cual un punto á mi vista desparece
El alto monte, rey de la ribera;
Del mar, en tanto, tras la azul testera,
Grande, redondo, el sol se va á apagar.
La noche viene. Su cordon de estrellas
Cruza en mil cintas el azul del cielo,
Cual lentejuelas del inmenso velo
Que está plegado ante el inmenso altar.

El silencio es tu voz, la paz tu aliento,
Noche, que duermes sobre el mar callado,
Abismo sobre abismo reclinado
En la escala de abismos hasta Dios.
Mas si guardas tambien en tu hondo seno
La voz del duelo y el raudal del llanto,
Desata ese raudal entre mi canto,
Desprende de mis labios esa voz.

Con su perfil de luz se alza la ola
Como la crin del mar que riza el viento,
Y fecunda cual grande pensamiento,
Cien nuevas olas hace borbotar.
El mar, así en sus aguas y sus playas,
Todo horizonte, toda zona encierra,
Y ciñe entre sus brazos á la tierra
En su tálamo hirviente de coral.

Él ve volar el tiempo hora tras hora;
Retrata el cielo estrella por estrella;
Mas ni el cielo ni el tiempo dejan huella
En su hondo seno, ni en su móvil faz.
Si onda de sangre hasta sus ondas corre,
Purifica su linfa en la ribera;
Hoy es terso y azul como ántes era,
El mar de Navarino y Trafalgar.

¡ No ! Ya no quiero el arpa de amargura
Que á el alma sólo su pasion recuerda;
Yo la despedacé cuerda por cuerda,
Y á la distante playa la arrojé.
Brota el mar olas, como el alma ideas;
Con el espacio crece el pensamiento;
Quiero medir el mar, beber el viento;
Aquí ya no suspiro: cantaré.

¡ Oh ! ¿ Quién aquí su bien ó mal no olvida?
¿ Quién del mundo se acuerda ó de sí mismo ?
De un abismo delante y de otro abismo,
Entre el cielo y el mar, no hay sino Dios.
Doquier que el alma en la mirada vuela,
El infinito encuentra, de Dios huellas:
Son las mil ondas y las mil estrellas
Que cada cielo y cada mar da en pos.

El lanza su rumor y su marea,
Que sonante á la playa se desboca;
Mas, ora dé en la arena, ora en la roca,
Quiébrase en ella y vuelve con clamor.
Las aguas llegan y en el linde mugen;
Cada corriente arrastra su cadena;
Y en movedizo círculo de arena
Mueren del mar oleages y rumor.

Del alto monte y de las agrias rocas
Ruedan hasta él hinchados los torrentes,
Y arrastran mujidoras sus corrientes
Los arroyos, los rios hasta él.
Es su manto la aurora; el sol, su estrella;
Los íris, sus rayadas aureolas;
El céfiro, el suspiro de sus olas;
El cielo ilimitado, su dosel . . . .

Por un palmo de tierra divididas,
Las naciones á guerra se llamaron;
Mas los mares entre ellas se lanzaron,
Y dieron por confin la inmensidad;
La inmensidad, que Fulton algun dia
Recojió como un polvo entre su mano,
E hizo un pueblo, anudando el Oceano,
De toda la dispersa humanidad.

¡ Bello eres, mar ! Bajo tu manto de olas
Otro universo inmenso se dilata,
Do en nidos de coral, lechos de plata,
Brílla el delfin y mora el Leviatan.
Y es cada perla de tus hondas fuentes
En tu cáliz de roca desatada,
Globos de vida, límpida morada
Donde mil séres en su mundo están.

¡ Siempre sublime ! Ya cuando la calma
La ola reclina sobre la ola inerme,
Y como infante que en la cuna duerme,
Dueño de las tormentas, duermes tú;
Y ya cuando del fondo de tu abismo,
Arrastrando la muerte entre sus alas,
Brota armada y gigante como Pálas,
La tempestad sobre tu frente azul.

Tú eres, mar, el coloso de mis sueños;
Algo hacia tí mi espíritu atraía;
Mi alma, estrecha doquier, en tí cabía;
Yo concebí, al mirarte, el porvenir.
¡ Qué mucho que, por verte, abandonara
La dulce paz de mis nativos montes,
Cuando viene á tus amplios horizontes
El sol á contemplarte y á morir !

Santiago Pérez.

EL CADÁVER DEL SALVAJE

IMITACION DE WILLIAM CULLEN BRYANT

Llevadle, sí, llevadle á la llanura,
Y sepultad allí su cuerpo yerto,
Que la grama del campo y su verdura
Deben ser la modesta sepultura
Del hijo valeroso del desierto.

Al despojo del hombre y á la muerte
Debe el hombre respeto y sentimiento,
Porque es siempre sagrado el polvo inerte
Que fué templo del noble pensamiento
Y animó Dios con su inmortal aliento.

En su robusto pecho palpitaba
Un corazon magnánimo y altivo,
Y su mirada ardiente reflejaba
El alma que sin mancha conservaba
La grandeza del hombre primitivo.

Del más grandioso sér que ha Dios formado,
Su bella imágen, la criatura humana,
Sólo queda ese resto inanimado,
De cuya yerta sien será borrado
El sello de su mano soberana.

Ese hombre nunca conoció ciudades,

Ni admiró de sus artes el portento,
Porque léjos del mundo y sus maldades,
Vivió errante en las vastas soledades
Bajo el palio turquí del firmamento.

De tierra vírgen hízolo la mano
Que formó nuestra raza, y siempre unido
A su montaña y al florido llano,
Vivió de sus florestas soberano
En el silencio de su aduar querido.

Él amaba las brisas rumorosas
Y de los montes la apacible sombra,
El cielo azul, las noches silenciosas,
Y las fuentes que ruedan bulliciosas
De las llanuras por la verde alfombra.

Hijo de las florestas, las quería
Como á su patria y á su hogar nativo,
Y en medio á la intemperie, allí vivia
Sin resguardarse de la lluvia fria
Ni de los rayos del calor estivo.

Con desden impasible desafiaba
La tempestad y el pavoroso trueno,
Las ondas con su brazo dominaba,
Y con audaz arrojo se lanzaba
De las cascadas al hirviente seno.

Las vírgenes florestas que al salvaje
Dan amparo, solaz, dicha y sustento,
El árbol de magnífico follaje,
Cuyos frutos doblegan su ramaje,
Fueron su anhelo y todo su contento.

Eran sus marchas en la selva umbría

Por los astros hermosos orientadas,
Y con rumor, que él solo conocía,
El suelo silencioso le advertía
Del distante enemigo las pisadas.

¡Valiente raza que ha desparecido
Con su historia y sus selvas seculares!
Una raza rival le ha sucedido
Que altivos monumentos ha erigido
Sobre el polvo infeliz de sus aduares.

Su tierra es nuestra; el agua de sus fuentes
Apaga nuestra sed y nos recrea;
Mieses nos dan sus campos florecientes
Y á nuestras bellas de nevadas frentes
De su selva el ramaje las sombrea.

¡Pobres indios! Sus bosques y el collado
Donde al sol adoraban, son ya ajenos;
Su suelo entero ha sido conquistado,
Y nada, nada se les ha dejado.
¡Que les queden sus tumbas á lo ménos!

Arcesio Escobar.

UN RECUERDO Á LA PATRIA

¡ Bella es la Europa ! Ella guarda
Bajo su manto de gloria,
De cien naciones la historia,
Cual tesoro secular.
Es un santuario inmenso
De arte, de luz y de ciencia,
Cuya mágica opulencia
Puede al alma fascinar.

Pero ¡ ay ! do quier que mi mente
La esperanza va buscando,
Va tambien adivinando
Una triste decepcion....
Porque en medio de esta pompa,
De este mundo de luz y oro,
Le falta el mayor tesoro
A mi amante corazon !

¿ Cuál ? Tú sabes, Josefina:
En ese alfombrado suelo,
Son las montañas, el cielo,
La selva, el viento, la flor;
Todo ese bello conjunto
Que llaman « Patria natía »
Que despierta noche y dia
Nuestros recuerdos de amor.....

Peregrino de otro mundo,
De saber y luz sediento,
De uno en otro monumento
La verdad buscando voy;
Y perdido entre la turba,
A cada voz que profiero,
El eco dice: ¡ « Extranjero! »
Porque en otro mundo estoy.

Entónces, indiferente
Á esta pompa que fascina,
Mi espíritu, Josefina,
Vuela en pos de otra region . . .
Que así cual ninguno iguala
De una madre al dulce anhelo,
Sólo el sol del patrio suelo
Da calor al corazon.

Allá, tras el lomo inquieto
Del Océano profundo,
Alza su mole otro mundo
De esplendor meridional;
Tierra de amor y de vida,
De sempiterna verdura,
De incomparable hermosura,
De grandeza tropical.

¡Colombia! Su sólo nombre
Es de la gloria un emblema;
Su historia es un gran poema
De heroísmo y libertad!
Yo amo su cielo, sus Ándes,
De sus bosques los conciertos,
Sus solitarios desiertos
De solemne majestad;

Su gigantesco Tolima,
Cubierto de limpia escama;
Su estupendo Tequendama,
De magnífica explosion;
Sus selvas donde el arroyo
En blancos hilos asoma,
O el torrente se desploma
Sobre el cóncavo peñon.

Amo su cóndor soberbio
Y sus roncos huracanes,
Sus escarpados volcanes
Cuyo aliento hace temblar;
Y sus rios que descienden
Entre bosques de palmeras;
Sus riquísimas praderas,
Inmensas como la mar ....

Ese es un mundo salvaje,
Pero lleno de esperanza,
Donde asoma en lontananza
Portentoso porvenir.
La libertad es su brillo,
El heroismo su gloria:
Por eso, con su memoria
Siento el corazon latir.

José María Samper.

ORÍGEN DE LA LENGUA CASTELLANA

Una region lindísima demora
Allende el mar, y por el mar bañada,
Que las cadenas del Pirene excelso
Con el antiguo continente enlazan:
La Thársis de fenicios y de hebreos,
La Iberia que sus viajes limitaba,
Del griego mercader última Hesperia,
Del latino invasor altiva Hispania.

Piérdese en la tiniebla del pasado
De esta region la primitiva raza.
Veintiocho siglos há, celtas veían
Nacer el Tajo, el Ebro y el Guadiana,
Viviendo entremezclados con los hijos
De la agreste, la indómita Cantabria,
Cuando ávida, Cartago les impuso
Su comercio á la sombra de sus armas.

Tan rica presa, tan feraz colonia,
Asaltaron las águilas romanas,
Y una vez y otra vez manchó la tierra
Noble sangre vertida en las batallas;
Repitiendo los ecos todavía,
Sin distincion de tiempos ni comarcas,
De monte en monte en funeral lamento,
Las glorias de Sagunto y de Numancia.

Uncida al carro del augusto César,
Por cuatro siglos recibió la España
Lenguaje, ciencias, leyes y costumbres
De la Roma imperial, potente y sabia.
Pero enjambre de bárbaros venian,
Y, á despecho de Roma, la asolaban,
Y de suevos y vándalos hicieron
Huellas de sangre por do quier las plantas.

Y nuevas hordas que brotó la orilla
Del Ponto Euxino y la oriental Asgarda,
Lanzáronse sobre ella, sometiendo
El latino poder á su pujanza.
Dueños los visigodos de la tierra,
Fundó su imperio el animoso Valia,
Y Eurico y Alarico y Leovigildo
Dictaron leyes á la gente hispana.

Del un extremo al otro de la Europa
Dos naciones innúmeras luchaban,
Y las dos lenguas madres, confundidas,
Y en una jerga bárbara mezcladas,
Eran apénas la expresion del odio,
De la necesidad ó la arrogancia;
Y la de vencedores y vencidos
Informe lengua, se llamó *romana*.

Pueblos sin voluntad para el estudio
Del idioma enemigo, en ignorancia
La más profunda, por do quier cercados
De obstáculos sin cuento, que se hallaban
Sin guias, sin fijeza en un lenguaje
Que cada cambio de señor cambiaba,
Al fin hicieron, con sus mil dialectos,
Una nueva Babel de la palabra.

Mas la preciosa fuente primitiva,
Cuyas reliquias el vascuence guarda,
La Fenicia y Cartago enriquecieron,
Y el copioso raudal entró en las aguas
De esa mezcla teutónico-latina,
Que, en distintos dialectos fracturada,
Orígen fué del habla que hoy ostenta
Potente y rica sus egregias galas.

Y cuando del ultraje de Florinda
El conde Don Julian tomó venganza
En Rodrigo, su rey, traidor trayendo
Hasta Jerez las sarracenas lanzas
Y fundando el poder de los Califas
En lo más rico, lo mejor de España,
Refugio y libertad dieron al godo
Los peñascos de Astúrias y Vizcaya.

Y allá tambien con él llevó la informe
Romana lengua, en que lanzó el hosana
De victoria Pelayo en Covadonga,
Y despues de Leon en la esplanada
El católico Alfonso, y Don García
En toda la extension de la Navarra,
Y, andando el tiempo, en el confin del moro,
De Aragon y Castilla los monarcas.

Tantos pequeños reinos, divididos
Por miras y pasiones encontradas,
Que á palmos arrancados en la lucha
Fueron al musulman; las recias vallas
De situacion, distancias y costumbres,
Todo fué parte á confundir el habla,
Y á producir dialectos que ha vencido
La poderosa lengua castellana.

Clara, enérgica, fácil, melodiosa,
Llena de magestad y de elegancia,
De su base latina los sonidos
Al nervio del teutónico y la audacia
Sabe juntar, y amalgamar con ellos
El tesoro poético de Arabia,
Que, en sapiente raudal, la media luna
Por ocho siglos derramó en España.

Todo pueblo naciente cuyos labios
Apénas articulan las palabras,
Mas cuya mente abriga altos designios,
Cuyo pecho acomete empresas arduas,
Sus guerras, sus triunfos, sus desdichas,
Sus caudillos, su amor, todo lo canta :
La poesía, cuna de su lengua,
La nutre, le da forma, la engalana.

Y así en Castilla sucedió : las rimas
De trova montaraz, desaliñada,
Sirvieron al amor, á la belleza,
Al són caballeresco de las armas,
Y al espíritu audaz y religioso
De la Edad Media. Desplegó sus alas
Años despues la musa de Castilla,
Y alzóse al éter sonorosa y blanda.

Los sencillos cantares que enaltecen
Del Cid Vivar las ínclitas hazañas,
Son la joya primera recogida
Por esos tiempos en la ciencia gaya ;
Y Berceo y el sabio Don Alfonso,
El príncipe Manuel, Castro y Ayala,
Y el de Villena y Santillana y otros,
Los arrullos rimaron de su infancia.

Tal fué la cuna, tales los vagidos
Del que ahora en el ámbito de España
Único idioma y absoluto reina ;
Del que reina en la tierra americana
Que descubrió Colon, y sometieron
Los Pizarros, Corteses y Quesadas,
Y del que puede con razon decirse
Que no se pone el sol en sus comarcas.

Si el cielo azul, si escenas pintorescas,
Si el aromoso ambiente y brisas blandas
Diéronle fuerzas, giros y dulzura
Allá donde la mente estuvo esclava,
¿ Qué no podrá esperar de estas regiones
De torrentes y valles y montañas,
Que en veste virginal, con voz sublime,
La libertad del pensamiento aclaman ?

¿ Qué no podrá esperar si en algun dia
Los dispersos fragmentos de su raza,
En la patria comun del patrio idioma,
Dan á las letras y al saber morada ?
Se abrirá nuevo campo á sus conquistas,
De otros lauros será su sien orlada,
Lucirán en su cielo otras estrellas,
Y ecos sin fin pregonarán su fama.

Lorenzo María Lleras.

Á MI PATRIA

Dos leones del desierto en las arenas,
De poderosos celos impelidos,
Luchan lanzando de dolor bramidos
Y roja espuma de sus fauces llenas.

Al estrecharse, erizan las melenas,
Y tras nubes de polvo confundidos,
Vellones dejan al rodar caídos,
Tintos en sangre de sus rotas venas.

La noche allí los cubrirá lidiando . . .
Rugen aún . . . Cadáveres la aurora
Sólo hallará sobre la pampa fria.

Delirante, sin fruto batallando,
El pueblo dividido se devora;
¡ Y son leones tus bandos, patria mia !

Jorge Isaacs.

POETAS CENTRO-AMERICANOS

EL VENADO, LA SERPIENTE Y LA PALOMA

Por una vereda estrecha
Un ciervo se dirigía
Á una siembra de sandía
Que se hallaba ya en cosecha.

Aunque este bruto es hermoso
Por su figura elegante,
Hace muy mal caminante
Por lo cobarde y medroso.

Del más leve movimiento
Entre las hojas, recela;
De un pajarillo que vuela,
Del ruido que causa el viento.

Pausadamente camina;
Á cada paso orejea;
Todo cuanto le rodea
Con atencion examina.

Parando, pues, de este modo,
Y andando por intervalos,
Llegó á una puente de palos,
Puesta por el mucho lodo.

Tímido aquí se retrae,
Y circularmente mira,

Una oreja atras retira,
Y otra por delante atrae.

Elevada la cabeza,
Hiere con la mano el suelo;
Pára el rabo pequeñuelo,
Que sacude con viveza.

Á todas partes se vuelve,
Y no viendo otros senderos,
Continuar por los maderos
Su caminata resuelve.

Pero al dar el primer paso,
Silbó una astuta serpiente,
Diciéndole: «Hola! detente,
« Y evitarás un fracaso.

« Yo vi al hombre fraudulento
« Que estaba con mil fatigas
« Acomodando esas vigas,
« Aunque ignoro con qué intento.

« Con todo, no dificulto,
« Siendo del hombre tal obra,
« En quien la malicia sobra,
« Que ha de haber engaño oculto.

« Si te pareciere vano
« Mi recelo, yo te juro
« Que no pondrás pié seguro
« Donde el hombre ha puesto mano».

No sabe entónces, suspenso,
Qué hacerse el pobre animal,
Porque el dicho lodazal
En longitud era inmenso.

Por el tiro más estrecho
De latitud, es muy largo
Para el salto; sin embargo,
Brinca y se atolla hasta el pecho.

Su corpulencia le vale,
Y con diligencia mucha
Contra el lodo espeso lucha,
Y á la orilla opuesta sale.

Al fin ya de la jornada,
Enlodado, sucio y puerco,
Se vió delante del cerco
De aquella fruta vedada.

Iba á entrar, sin embargo,
Por un portillo, y observa
Que oculto bajo la yerba
Estaba por dentro un lazo.

Suspéndese vacilante,
Y entre las ramas se asoma
Una sencilla paloma
Diciendo: « Pase adelante;

« No ponga reparo, amigo:
« Nada hay aquí que le asombre:
« Yo miro salir al hombre
« Y entrar por ese postigo.

« Siendo él tan sabio y experto,
« Libre va que se expusiera
« Á ningun riesgo, aunque fuera
« Remoto y el más incierto. »

Hé aquí nuestro venado

Se anima, y al punto entra,
Sin saber cómo se encuentra
Por el pescuezo lazado.

Brinca con esfuerzo y salta,
Tira, jala y se despecha,
El lazo más se le estrecha,
Y el aliento ya le falta.

Con voz ronca y oprimida
Dijo por la última vez:
« La prudencia y sencillez
« Son peligros de la vida. »

Tierna juventud humana
De este siglo diez y nueve,
Al Evangelio se debe
La máxima soberana:

Simplicidad imprudente
Es paloma peligrosa,
Y prudencia maliciosa
Es mortífera serpiente.

Llegó al colmo de la ciencia
Quien unir á un tiempo sabe
De este reptil y aquella ave
La sencillez y prudencia.

García Goyena.

POETAS MEJICANOS

LA MAÑANA

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible; el horizonte
Se baña de una luz resplandeciente,
Que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas
A la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba, al parecer, como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes ejes me parece
Que lo siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
No se siente agitado si contempla
La milagrosa luz del almo dia?
Ya comienza á volar el aire fresco,
Y á sus vitales soplos se restauran
Todos los séres que hermosean la tierra.
El ámbar de las flores ya se exhala,
Y suaviza la atmósfera; las plantas
Reviven todas en el verde valle
Con el jugo sutil que les discurre
Por sus secretas, delicadas venas.
Alegre la feraz naturaleza,
Se levanta risueña y agradable;
Parece, cuando empieza su ejercicio,

Que una mano invisible la despierta.
Retumban los collados con las voces
De las cantoras, inocentes aves;
Susurran las frondosas arboledas,
Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco,
Pero alegre murmullo entre las piedras.
¡Qué horas tan saludables en el campo,
Son éstas de la luz madrugadora,
Que los lánguidos miembros vigorizan,
Y que malogran en mullidos lechos
Los pálidos y entecos ciudadanos!
Todo excita en el alma un placer vivo,
Que con secreto impulso la levanta
Á grandes y sublimes pensamientos.
Todo lleva el carácter estampado
De su Hacedor eterno. Allá, á su modo,
Parecen alabar todos los séres
La mano liberal que los produce.
Todo se pone en pronto movimiento:
Cada cual de los simples habitantes
Comienza su ejercicio con el dia.
Tras su manada de corderos blancos
Leda la pastorcilla se entretiene
Tejiendo una guirnalda, que matiza
De várias flores para su alba frente.
El vaquero gobierna su ganado,
Que se dilata en el hermoso ejido.
El labrador robusto se dispone
Para el cultivo del terreno fértil.
Voime al sembrado que la Providencia
Con su invisible diestra me señala;
Sufriré el sol ardiente, pero alegre
Con los frutos sazones y abundantes
Que los sulços me dan: ¡qué beneficio!
Apagado el bochorno de la tarde,
Me volveré á mi choza apetecible,

Morada de la paz y de los gustos,
Donde mi esposa dulce ya me espera
Con sus brazos abiertos; mis hijitos,
Despues de recibirme con mil fiestas,
Penderán de mi cuello. Ciertamente
Que vendré á ser entónces como el árbol
De que cuelgan racimos los más dulces.
¿Y he de trocar, entónces, mi cabaña,
Aunque estrecha y humilde, por el grande
Y soberbio palacio, donde brilla,
Como el sol en su esfera, un señor rico,
Pisando alfombras con relieves de oro?
Nada ménos. Tampoco este instrumento,
Este instrumento rústico y grosero,
Bienhechor, que me da lo necesario
En todas las urgencias de mi vida,
Por el cetro brillante que un monarca
Empuña con su diestra poderosa.
No cabe el gozo dentro de mi pecho,
Ni de alabar me canso en la mañana
Al padre universal de las criaturas,
Que miro en esa luz madrugadora,
Sin dejarlo de ver en las restantes
Producciones tan grandes de su seno.
¡Oh cuántas, cuáles son y qué admirables!
Pero ninguna como el alba hermosa,
Que parece que á todos les da vida,
Enviándoles la luz de su semblante.

¡Oh, risa de los cielos y alegría
De estos campos felices! Precursora
De los rayos del sol, yo te saludo.
Las frescas sombras, las campiñas verdes,
Las fuentes claras, los favonios blandos,
Las aves dulces y las flores tiernas
Te saludan tambien, allá á su modo.

Su faz hermosa la naturaleza
Sacar parece del sepulcro ahora;
Todos sus entes cobran nueva vida
A tu presencia dulce y agradable.
Corren las fieras á sus cuevas hondas,
Brincan las cabras, los corderos balan,
Llaman las vacas á sus becerrillos,
Mugen los toros y responde el eco
Que sale de los montes retumbando.
Los pastorcillos y las zagalejas
Sonoros himnos cantan al eterno
Autor que baña tu semblante hermoso
De tan alegre luz por la mañana.

Fray Manuel Navarrete.

AL GRAN MORELOS

Á combatir te lanzas iracundo;
El español en vano te resiste,
Que en tu mente de fuego concebiste
El pensamiento en glorias más fecundo.

Y despertaste al pueblo del profundo
Letargo en que yaciera esclavo triste,
Cuando con voz de trueno le dijiste:
«¡Viva la libertad del Nuevo Mundo!»

Méjico te comprende, héroe gigante.
Y del trono que eterno parecía,
¿Qué se hicieron las bases de diamante?

Tres siglos de opresion y tiranía
Al brillo de tu espada fulminante
A tus plantas cayeron en un dia

Joaquin Télles.

EN LA MUERTE

DEL GENERAL ZARAGOZA

Pálida está la frente
Que con divino rayo
De luz brillante circundó la gloria,
Al alumbrar su espléndida victoria
El quinto sol del memorando Mayo;

Apagada la ardiente,
Eléctrica mirada
Que al enemigo de terror cubriera,
Que cual vivo relámpago luciera
Para anunciar el rayo de su espada.

Está ya el labio mudo,
Que, apénas se movía,
Agitaba terribles batallones,
Jinetes y corceles y cañones,
Y mandaba vencer, y se vencía;

Yerto el brazo nervudo,
Nunca al afan rendido,
Asolacion del galo aventurero,
Y, al envainar el victorioso acero,
Noble sosten y amparo del vencido.

Inmóvil yace, inerte

Dentro del pecho frio,
El corazon en el valor templado,
De capitan y de último soldado
Noble modelo de constancia y brio.

¡Duerme ya el hombre fuerte
En eterno letargo,
El hijo que á su patria dar debía
Con su victoria el más glorioso dia,
Con su temprana muerte el más amargo!

Hoy el galo se goza,
De vergüenza desnudo,
Viendo que el rostro nos volvió la suerte,
Viendo que aleve derribó la muerte
Al que vencer su ejército no pudo.

« No existe Zaragoza:
« Inerme está la diestra
« Que en ocio vergonzoso nos mantiene.
« Ya murió el vencedor: ¿quién nos detiene?
« ¡A combatir, que la victoria es nuestra!

« Las águilas augustas,
« Que ya han tendido el vuelo,
« Victoriosas do quiera en la pelea,
« En África y en Asia y en Crimea,
« En Magenta, Pallestro y Montebello,

« Agitarán robustas
« Sus alas magestuosas,
« Y, atravesando raudas el espacio,
« Irán á reposar en el palacio
« En que tú, bella Méjico, reposas.

« Allí, en cercano dia,

« De Luis soldados fieles,
« De oro, de gloria y de placeres llenos,
« Reclinaremos en hermosos senos
« Nuestras frentes, cubiertas de laureles ».

Así, con burla impía
Los invasores claman;
Y, al escuchar su risa mofadora,
Olvido este pesar que me devora,
Y la venganza y el valor me inflaman.

Lloremos, mejicanos;
Mas breve el llanto sea,
Y dejemos el llanto por la espada,
¡Ay! para que de Francia la mirada
Estas acerbas lágrimas no vea.

Juntemos nuestras manos
En la tumba que encierra
Los venerandos restos del guerrero,
Y pronunciando nuestro adios postrero,
Sólo se oigan despues gritos de guerra.

¡Guerra, sí, patria mia!
Guerra por tus montañas,
Guerra por tus inmensas soledades,
Guerra por tus caminos y ciudades,
Guerra en los templos, guerra en las cabañas!

Tiempo sobrará un dia
De llorar al que muera;
El soldado inmortal que tú perdiste
Y con su grande espíritu te asiste,
No quiere llanto ya: triunfos espera.

José Fernández.

LA CAMELIA

Hoy que te miro á mi lado
Tan feliz y tan risueña,
Voy á referirte, Mina,
La historia de una camelia.

Doce mayos han contado
Tu juventud hechicera,
Y nunca viste á las flores
Marchitas sobre la tierra.

Siempre del tallo flexible
Las arrancaste contenta,
Sin reparar que en el suelo
Hollabas las flores muertas.

Mas eso no me sorprende,
Y eso tan sólo me prueba
Que tus ojos no han llorado
Y que áun guardas tu inocencia.

I

Allá en el jardin de Celia,
La amiga de tu niñez,
Ostentaba su esbeltez
Una pomposa camelia.

Era la flor un tesoro,
Guardando sus hojas bellas,
Aprisionadas entre ellas,
Semillas menudas de oro.

Celia, con amante exceso
La quiso, y cada mañana
Iba á regalarle ufana
Un pensamiento y un beso.

Sobre del césped tendida,
Halagando sus antojos,
Clavando en ella los ojos
Con el alma embebecida,

En un éxtasis de amor,
Tras emociones sinceras,
Pasaban horas enteras,
Juntas la niña y la flor.

II

Y un dia la dijo Alfredo
(El primo hermano de Celia):
—Prima, ¿me das tu camelia?
Y ella contéstole:—No.

Él entónces suplicante
Ante sus plantas se arroja:
—Dame siquiera una hoja.
¡Ay! y Celia se la dió.

A la mañana siguiente
Alfredo otra vez la mira,
Contempla la flor, suspira,
Y una esperanza entrevió.

—¿No me das la flor entera?
—No, Alfredo, ve que me enojas.
—Dame siquiera dos hojas.
¡Ay! y Celia se las dió.

De nuevo al brillar el alba
Volvió junto á Celia Alfredo:
—¿Me das la flor?—¡Ay! no puedo.—
Mas el galan sollozó.

—¿Me amas mucho, Celia mia?
—Tú sólo á mí me acongojas.
—Dame siquiera tres hojas.
Ay! y Celia se las dió.

III

Luego cuatro y otras más,
Y la flor de lindas hojas,
Perdió aquellas tintas rojas
Que ya no vuelven jamas!....

Sin hojas se queda al fin,
Y Celia, muerta de miedo,
Fuése á esperar á su Alfredo....
Y Alfredo no fué al jardin.

¡Ay desdichada de Celia!
No tiene esperanza alguna,
Pues fué dando una por una
Las hojas de su camelia!

No tiene amante ni flor,
Y allá en las hojas marchitas,
Vió las páginas escritas
De su desgraciado amor!

IV

Hoy que te miré á mi lado
Tan feliz y tan risueña,
Quise referirte, Mina,
La historia de una camelia.

Tú llevas dentro del pecho
Una flor lo mismo que ésa:
De tu corazon las hojas
No malogres como Celia.

Adios, y siempre que mires
Flores mustias por la tierra,
Quiera Dios que nunca llores,
Y que guardes tu inocencia.

José Peon Contreras.

AL PABELLON NACIONAL

Bendito seas, pabellon hermoso,
Pabellon que acaricia la victoria,
Epopeya de un pueblo generoso,
Emblema del honor y de la gloria.

Cuando así te contemplo enaltecido,
Hasta el cielo se eleva el pensamiento,
Y el corazon se agita estremecido
De orgullo, de placer, de sentimiento.

Tú eres la historia, de heroísmo llena,
De este pueblo magnánimo y valiente,
Que rompió, despertando, su cadena,
Del extranjero déspota en la frente.

En tí cifra su gloria y sus amores
La nacion favorita de los cielos:
Tú simbolizas con tus tres colores
La libertad del pueblo de Morelos.

¡ Cuán hermoso y cuán grande me pareces
Cuando al són del airado torbellino,
Orgulloso en la atmósfera te meces,
Al sol brillando tu esplendor divino !

Sigue siempre orgulloso de los vientos;
Sigue flotando así, sigue flotando,

De la patria en los altos monumentos,
La santa libertad simbolizando.

Feliz el que en tu amor siempre ha vivido.
Desdichado el que bárbaro te ofende,
Porque Dios te bendice conmovido
Y un poderoso pueblo te defiende !

Hoy por tí las naciones soberanas
Sobre la Francia arrojan su anatema,
Porque hoy hasta en las zonas más lejanas,
De honor y libertad eres emblema.

Tú alimentas el santo sentimiento
Que á un porvenir espléndido nos guia;
Tú inspiras el valor y el ardimiento;
Tú eres la gloria de la patria mia.

El pueblo, por tu amor, se alza gigante,
Formando donde estás una muralla;
Por tu amor, hasta el niño vacilante
Corre á buscar la gloria en la batalla.

De la muerte el guerrero no se asombra,
Ni de la augustia siente los dolores,
Cuando muere al abrigo de tu sombra,
Mirando, al espirar, tus tres colores.

Bendito sea el inmortal destino
Que el Dios de las naciones te señala;
Bendito sea tu esplendor divino;
Bendito seas, pabellon de Iguala.

Yo, con el ansia de mi amor, anhelo
Que en donde quiera triunfen tus legiones;
Que bendito te mires por el cielo;
Que deslumbre tu gloria á las naciones.

Que ante el valor del pueblo que te adora,
Perdon pidiendo el invasor sucumba,
Y te halle al despuntar la nueva aurora,
Del extranjero ejército en la tumba.....

. . . . . .

Pero ¡ay! deliro; mi ansiedad es vana;
Se apagó nuestro espíritu guerrero;
Y en donde flotas hoy, veré mañana
Flotar el pabellon del extranjero.

¡Ay! de la Francia el águila impaciente
Tal vez mañana volará tranquila
Desde el confin de Yucatan ardiente
Hasta la playa del undoso Gila.

¡Otro estandarte alumbrarán los cielos
En donde hoy victorioso te levantas,
Y gemirán los hijos de Morelos
De un extranjero déspota á las plantas!

¡La libertad á tierra muy lejana
Se irá llorando con dolor profundo;
Y desgarrado tú, serás mañana
El escarnio y la fábula del mundo!

¡Nos mirarán lanzando lastimeros,
Los guerreros de Europa los más bravos,
En vez de la cancion de los guerreros,
El grito de dolor de los esclavos!

¡Implorando del galo una mirada,
Suspiraremos lánguida querella,
Y hundirémos la frente ensangrentada
¡Ay! en el polvo que su planta huella!

Victoriosos y avaros de laureles,
Los nuestros ceñirán los invasores,
Y te hollarán los piés de sus corceles,
¡Sagrado pabellon de tres colores!

¿Será vuestro señor el galo impío,
Será la esclavitud nuestra existencia?.....
¡No!.....Tan inmenso deshonor, Dios mio,
No puede permitir la Providencia.

¡Justo Dios! Que nos hieran tus rigores,
Que ya no tenga compasion la muerte,
Que nos abrasen rayos vengadores.....
Pero no nos humilles de esa suerte!

Ántes que el mundo nuestra infamia vea,
Ántes que llegue tan fatal momento,
Polvo mil veces nuestra patria sea,
Polvo que arrastre sin piedad el viento.

Entre tanto que el galo nos destroza,
No permanezcan quietas nuestras manos:
Desde el cielo nos mira Zaragoza:
O libertad ó muerte, mejicanos!

Hoy en la guerra está la independencia.
¡Guerra, sí, que por siempre al mundo asombre!
¡Guerra para salvar nuestra existencia!
¡Guerra por el honor de nuestro nombre!

Que el corazon altivo nos abrase
Rencor de muerte despiadado y ciego,
Para que halle el frances por donde pase,
Luto y desolacion y sangre y fuego!.....

Soberbio avanza el invasor impío.....

¡Gran Dios! ¡Qué mengua! Nuestra ruina es cierta.
¿En dónde estás, Hidalgo, padre mio?
¡Libertador de Méjico, despierta!

Deja un instante tu sepulcro helado;
Rayos de indignacion lancen tus ojos,
Y á defender levántate irritado,
El pabellon que cubre tus despojos.

Siento que el fuego del valor me inflama,
Siento la dulce fe de la esperanza....
¡Guerra al conquistador que nos infama!
¡Guerra al conquistador, guerra y venganza!

Que nunca, por piedad, haya tiranos
Donde hoy la santa libertad impera;
Que no se vea en extranjeras manos
Nuestra adorada tricolor bandera!

Suceda una batalla á otra batalla;
Enfurecido el hierro se despierte;
Lance el cañon torrentes de metralla....
¡Muerte ó victoria, libertad ó muerte!

Destroza, ¡oh patria! la soberbia impía
De esos soldados que humillarte quieren;
Ánimo y esperanza, patria mia!
¡Dios es Dios, y los pueblos nunca mueren!

Y tú no temas, pabellon querido,
Ya no temas al galo que te ofende,
Porque Dios te bendice conmovido
Y un poderoso pueblo te defiende.

¡Honor y gloria, pabellon hermoso,
Monumento que asombra á las edades,

Epopeya de un pueblo generoso,
Símbolo de las patrias libertades!

Plegue á Dios que, cual nuncio de victoria,
Te respeten los pueblos de la tierra;
Que eternices de Méjico la gloria
En medio de la paz y de la guerra!

Y que siempre en los altos monumentos,
Vencedor de los siglos vencedores,
Te acaricien las ondas de los vientos
Y brillen con el sol tus tres colores!

José Rosas.

POETAS CUBANOS

AL NIÁGARA

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiracion. ¡Oh! cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime;
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé. Ví al oceano,
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir; y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresion que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mia
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamientos rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Ved! llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil íris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afan? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa,
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene.....
Nada, ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible magestad conviene
La palma y mirto y delicada rosa,
Muelle placer inspiran y ocio blando
En frívolo jardin: á tí la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime;
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y áun se siente elevar cuando te nombra.

Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vílos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignacion. Por otra parte
Ví mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena,
Y de terror y admiracion me llena!

¿Dó tu orígen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad!... Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes dias,
Y despierta al dolor!... Ay! agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente, de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este dia
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor.... ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? Oh! si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiracion acompañase!
Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse,
Al sostenerla mis amantes brazos!..
¡Delirio de virtud! Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
Adios! adios! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
A tu débil cantor. Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso,
Viéndote algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

José María Heredia.

Á WASHINGTON

No en lo pasado á tu virtud modelo,
Ni copia al porvenir dará la historia,
Ni el laurel inmortal de tu victoria
Marchitarán los siglos en su vuelo.

Si con rasgos de sangre guarda el suelo
Del coloso del Sena la memoria,
Cual astro puro brillará tu gloria,
Nunca empañada por oscuro velo.

Miéntras la fama las virtudes cuente
Del héroe ilustre que cadenas lima
Y á la cerviz de los tiranos doma,

Alza gozosa, América, tu frente,
Que al Cincinato que formó tu clima
Le admira el mundo, y te lo envidia Roma.

Gertrúdis Gómez de Avellaneda.

DOS LAÚDES

A don Ramon Palma

Sólo y sentado en la mojada peña,
Contempla el pescador la mar tranquila,
Oye su voz armónica, halagüeña,
Y sin saber por qué cuando cavila,
Se abre su labio en contraccion risueña.

Y es que un dulce recuerdo le retrata
La choza paternal de forma chata
Que allá en el fin del arenal divisa;
Ve de su techo el humo, y que la brisa,
En revoltosos giros lo arrebata.

Y todo embebecido en su memoria,
Se pone á ver que fué dia tras dia
Su amigo su batel, la red su gloria,
Y que él, hijo del mar, tiene una historia
Que en noche de huracan divertiría.

Todo esto alegra al pescador honrado;
Pero si viese, cavilando en esto,
Pasar no muy distante, bien pintado,
Otro batel que boga de costado,
Y así va más airoso, y va más presto;

Otro batel que hiende la bahía

Y besan su timon ola tras ola,
Por el valor con que á la mar se fía,
Miéntras que con gentil coquetería
Danzando al aire va su banderola,

Entónces ¡ay! el pescador, quejoso,
Con indecible envidia y amargura
Verá pasar el botecillo airoso,
Y llamará barquero venturoso
Quien da tal vela al viento que murmura.

Así al oir el solitario canto
De ese laúd que dedicaste al llanto,
Al casto amor y á la ilusion tronchada,
De noble emulacion atormentada
Te sigue el alma y se enternece en tanto.

Que yo sentí tambien la dura huella
De algun pesar con que la mente angustio,
Aunque amando los dos distinta estrella,
Tú has evocado al descontento mustio
Y yo he cantado á la esperanza bella.

Y me es dulce pensar que en esta vida,
Saludándose siempre nuestras manos
Como quien dice adios, pero no olvida,
Tú por senda riscosa y yo florida,
En sentir y cantar somos hermanos.

Ámbos latimos con afecto puro
Por esta Cuba, en que la noche mora,
Y como el ave entre el ramaje oscuro,
Al horizonte ensordecido y duro
Pedimos ámbos la benigna aurora.

Ámbos con entusiasmo y embeleso

Notamos ya la claridad que asoma;
Y con el gozo en el semblante impreso,
Vemos que al pié de la difícil loma
Clava la planta el vencedor progreso.

El alma ardiente apresurar querría
Su lento andar por la encumbrada vía:
Por eso mismo al exhalar tu pena,
Tu canto augusto y vigoroso truena
Con relámpagos mil de poesía.

Pero ¡ay! canten á la indignada musa!
No en vano Dios con su bondad profusa
Quiso ligar en comunion sonora,
Con tu gran voz que lamentando acusa,
Mi débil voz que aconsejando llora.

Tal vez quiso mandar que de este modo
El uno y otro sostenidos vamos
Por no caer ni resbalar al lodo.
Así en el bosque en que susurra todo,
Se mecen á la par dos verdes ramos.

José Jacinto Milanés.

LAS DOS OLAS

De blanda brisa impelidas
Como dulces compañeras,
Dos olas del mar salado
Marchaban á la ribera,
Cuando impaciente la una,
Acusando la pereza
De su amiga, así le dice:
«Atrás, taimada, te quedas;
«Así nunca medrarás
«Por andar con las pequeñas:
«Verás cómo ahora me junto
«Con otras olas soberbias,
«Y me levanto del Ponto
«En la superficie tersa,
«Y sumerjo los navíos
«Y me trago hasta la tierra.»
No bien húbose engrosado
Y extendido, cuando envuelta
Por su misma pesadumbre
Quedó en espumas deshecha,
Y así acabó; mas la amiga
Que alzarse la vió tan hueca,
Siguió callada y tranquila
Burlando de su demencia:
Ya un pintado pececillo,
Saltando la sigue y juega;
Ya en ella el suave favonio
Su planta toca ligera;
Y así se va deslizando

Hasta que á la orilla llega,
Donde abraza la cintura
De una preciosa doncella,
Y sube á su rostro y moja
Su flotante cabellera,
Pasando á morir gozosa
En lecho de blanda arena.
Yo, que mis redes cuidaba
En tanto que el sol las seca,
Y he dado en ambas locuras
De pescador y poeta,
Pensé que el mundo era mar,
Y hombres las olas. Aquellas
Que de la calma se apartan,
Desdeñando la pobreza,
Y con los grandes se juntan
Por ostentar preeminencias,
Son trasuntos de los vanos
Amantes de la opulencia,
Que mueren sin alcanzarla
Entre el ansia y la miseria,
Desprendidos de los suyos,
Por seguir quien los desprecia;
Y estas que caminan mansas
Y no ambicionan, ni anhelan
Más bienes que aquel estado
Que les dió naturaleza,
Son los pacíficos hijos
Del deber y la prudencia,
Que ni murmuran, ni envidian,
Ni de los suyos se alejan,
Ni distinguen por colores,
Ni casan por conveniencia,
Ni se envanecen, ni tienen
El trabajar por afrenta.

Gabriel de la Concepcion Valdés.

Á MI AMIGO A. S.

AL QUERER RETRATARME SOBRE UN PEDESTAL, CORONADA DE LAUREL Y PULSANDO UNA LIRA

Mi noble amigo,
El delicado y generoso obsequio
Conmovida agradezco; mas no quieras
Verme subir al pedestal que me alzas
Con la vista inclinada y con la frente
Por tí ceñida de laurel glorioso,
Teñida de rubor. . . . No, amigo mio:
Pinta un árbol más bien, hojoso y fresco,
En vez de pedestal, y á mí á su sombra
Sentada, con un libro entre las manos,
Y la frente inclinada suavemente
Sobre sus ricas páginas, leyendo
Con profunda atencion; no me circundes
De palmas, de laureles y de rosas,
Sino de fresca y silenciosa yerba,
Y en lugar de la espléndida corona,
Pon simplemente en mis cabellos lisos
Una flor nada más; que más convienen
Á mi cabeza candorosa y pobre
Las flores que los lauros.

No me pintes más blanca, ni más bella;
Pintame como soy, trigueña, jóven,
Modesta y sin belleza; y si te place,

Puedes vestirme, pero solamente
De muselina blanca, que es el traje
Que á la tranquila sencillez de mi alma
Y á la escasez de la fortuna mia
Armoniza más bien.... Píntame en torno
Un horizonte azul, un lago terso,
Y un sol poniente cuyos rayos tibios
Acaricien mi frente sosegada.

Píntame así; que el tiempo poderoso
Los años hundirá con rauda prisa,
Y despues que esté muerta y olvidada,
Á la sombra del árbol silencioso
Siempre leyendo encontrarás á Luisa.

Luisa Pérez de Montes de Oca.

ÍNDICE

Pág.

DEDICATORIA. V
AL LECTOR VII

POETAS URUGUAYOS

FRANCISCO A. DE FIGUEROA:
Himno Nacional 3

ALEJANDRO MAGARÍÑOS CERVÁNTES:
La gloria 7

PEDRO P. BERMÚDEZ:
El charrua 13

ADOLFO BERRO:
Poblacíon de Montevideo. 19

JUAN CÁRLOS GÓMEZ:
El tiempo. 25

MELCHOR PACHECO Y OBES:
El cementerio de Alegrete 27

HERACLIO C. FAJARDO:
La azucena 31

AURELIO BERRO:
Al monumento elevado en la Florida en conmemoracion de la Independencia nacional. 35

FERMIN FERREIRA Y ARTÍGAS:
Inmortalidad. 41

JOSÉ SIENRA Y CARRANZA:
El niño. 45

RAMON DE SANTIAGO:
La verdad y la gloria. 49

Pág.

ALCÍDES DE-MARÍA:
Un recuerdo al Club Universitario. 51

JOSÉ PEDRO VARELA:
A la escuela 53

EDUARDO GÓRDON:
El trabajo. 57

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ:
La guerra 59

WASHINGTON P. BERMÚDEZ:
Los treinta dineros. 61

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN:
¡Patria mía! 63

LUIS MELIAN LAFINUR:
Inspiracion 69

AGUSTIN DE VEDIA:
Sombra y luz. 73

LUIS PIÑEIRO DEL CAMPO:
La golondrina y la flor 75

ANACLETO DUFORT Y ÁLVAREZ:
La igualdad 79

VICTORIANO E. MONTES:
El tambor de San Martin. 83

JOAQUIN DE SALTERAIN:
La escuela de la aldea 87

CONSTANTINO BECCHI:
Al sol de la libertad 89

JOSÉ G. BUSTO:
Hiedra y palmera 97

ANTONIO LAMBERTI:
La tocadora de arpa 99

POETAS ARGENTINOS

VICENTE LÓPEZ Y PLANES:
Himno Argentino 105

Pág.

FLORENCIO VARELA:
La concordia. 109

JUAN CRUZ VARELA:
De mi muerte 113

ESTÉBAN ECHEVERRÍA:
La cautiva 115

JOSÉ RIVERA INDARTE:
El rey Baltasar 121

GABRIEL REAL DE AZÚA:
La gaviota y el canario 125

LUIS L. DOMÍNGUEZ:
Montevideo 127

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ:
Caicobé 131

JOSÉ MÁRMOL:
Los trópicos 137

FLORENCIO BALCARCE:
El cigarro. 143

BARTOLOMÉ MITRE:
El salmo de la vida. 147

RICARDO GUTIÉRREZ:
El poeta y el soldado 149

ESTANISLAO DEL CAMPO:
La luz y la sombra. 155

CÁRLOS GUIDO Y SPANO:
¡Adelante! 161

CÁRLOS ENCINA:
Canto al arte 163

OLEGARIO N. ANDRADE:
El arpa perdida 171

GERVASIO MÉNDEZ:
La casita blanca 179

POETAS CHILENOS

Pág.

EUSEBIO LILLO:
Cancion nacional de Chile 183

GUILLERMO MATTA:
Himno de guerra de la América 187

JOSÉ ANTONIO SOFFÍA:
Deber del hombre 191

LUIS RODRÍGUEZ VELAZCO:
El ángel y el poeta 195

SALVADOR SAN FUENTES:
A Grosfo. 197

EDUARDO DE LA BARRA LASTARRIA:
El arpa de David. 199

POETAS BOLIVIANOS

RICARDO JOSÉ BUSTAMANTE:
En presencia de la estatua de Bolívar 203

MANUEL JOSÉ CORTÉS:
Al Illimani 205

MARÍA JOSEFA MUJÍA:
La ciega 209

POETAS PERUANOS

JOSÉ MANUEL VALDÉS:
Salmo XVIII 215

MANUEL NICOLÁS CORPANCHO:
Fragmento del canto III del poema «A Magallánes» . . 219

MANUEL ADOLFO GARCÍA:
A Simon Bolívar 223

CÁRLOS AUGUSTO SALAVERRY:
La locomotiva 229

Pág.

RICARDO PALMA:
Julio Arboleda 233

POETAS ECUATORIANOS

JOSÉ JOAQUIN DE OLMEDO:
Traduccion de la oda XIV, libro primero, de Horacio. . 237

JUAN LEON MERA:
La República. 239

NUMA POMPILIO LLONA:
Dame tu lira. 241

POETAS VENEZOLANOS

RAFAEL M. BARALT:
A Cristóbal Colon. 245

ANDRÉS BELLO:
Fragmento del poema «América» 255

JOSÉ ANTONIO MAITIN:
Meditacion 259

ABIGAÍL LOZANO:
La Libertad 265

ANDRÉS BELLO:
El hombre, el caballo y el toro 269

POETAS COLOMBIANOS

JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID:
Napoleon en Santa Elena 273

JOSÉ EUSEBIO CARO:
En boca del último Inca 275

SANTIAGO PÉREZ:
La noche en el mar 277

ARCESIO ESCOBAR:
El cadáver del salvaje 281

Pág.

José M. Samper:
Un recuerdo á la patria 285

Lorenzo M. Lleras:
Orígen de la lengua castellana. 289

Jorge Isaacs:
A mi patria 295

POETAS CENTRO-AMERICANOS

García Goyena:
El venado, la serpiente y la paloma. 299

POETAS MEJICANOS

Fray Manuel Navarrete:
La mañana 305

Joaquin Telles:
Al gran Morelos 309

José Fernández:
En la muerte del general Zaragoza 311

José Peon Contreras:
La camelia 315

José Rosas:
Al pabellon Nacional 319

POETAS CUBANOS

José María Heredia:
Al Niágara 327

Gertrúdis Gómez de Avellaneda:
A Washington 333

José Jacinto Milanés:
Dos laúdes 335

Gabriel de la Concepcion Valdés:
Las dos olas 339

Luisa Pérez de Montes de Oca:
A mi amigo A. S 341

ERRATAS

En la página 37, donde dice: *Gundaron*, debe leerse: *Fundaron.*

En la página 39, donde dice: *Gertilizando*, debe leerse: *Fertilizando.*

En la página 225, donde dice: *es escritas*, debe leerse: *escritas.*

En la página 267, donde dice: *Aguija tus pendones*, debe leerse: *Aguija tus bridones.*